

Vidas paralelas

José Rodríguez

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© José Rodríguez, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-52-9
THEMA: FBC - FFJ
DEPOSITO LEGAL: M-4361-2025

Quiero comenzar expresando mi más profundo agradecimiento a Dios, quien me ha permitido vivir esta vida llena de aprendizajes, retos y bendiciones, una vida que hoy tengo el privilegio de compartir con ustedes. Su guía y fortaleza han sido el faro que ha iluminado mi camino en cada etapa.

A mis padres, por permitirme perseguir mis sueños. Su amor incondicional y su confianza me formaron y fortalecieron como persona, enseñándome los valores que han sido pilares fundamentales en mi vida. A un país llamado Venezuela, mi tierra adoptiva, donde fui recibido con los brazos abiertos. Venezuela no solo me ofreció un hogar, sino también un lugar donde pude hacer realidad esos sueños que desde niño tenía dentro de mi corazón. En sus paisajes, en su gente y en su cultura, encontré la inspiración, las oportunidades y mi hermosa familia.

A mis hijos, quienes han sido mi mayor motor y mi razón para seguir adelante, les agradezco por todo su apoyo y enseñarme la fuerza del amor incondicional, por ser mi fuente de inspiración constante.

Gracias por impulsarme a ser mejor cada día y por recordarme siempre que la vida tiene un propósito más grande cuando se vive para los demás.

Y a mi amada esposa, mi compañera en este hermoso viaje de la vida, no hay palabras suficientes para expresar cuánto significas para mí. Gracias por caminar a mi lado en los momentos buenos y en los desafiantes, por tu apoyo inquebrantable y por ser mi refugio y mi hogar. Tu amor ha sido mi mayor bendición y el lazo que ha hecho que todo valga la pena.

Finalmente, a ti amigo mío que fuiste usado por Dios para ayudarme en el peor momento de mi vida, gracias por sacarme de ese encierro mental en el que estaba y escribir esta historia.

Introducción

Esta novela está inspirada en la vida de James William, un hombre que supo navegar en las profundas aguas de la existencia, como un río que avanza sin prisa pero sin detenerse jamás. Con los pies firmes en la tierra y el corazón flotando en las corrientes del tiempo, supo saborear cada regalo que la vida le ofrecía. Nada fue dejado atrás: ni las personas que amaba, ni los instantes que parecían pequeños pero que, en realidad, contenían universos enteros. Cada emoción, cada impulso fue domado bajo el yugo del amor verdadero, un amor que no era solo pasión, sino una brújula que lo guiaba hacia lo que más anhelaba. Y cuando lo encontró, se aferró a ello con toda la fuerza de su ser, conservándolo hasta el último latido de sus días.

Pero su viaje nunca fue en soledad. En la travesía, su esposa fue el faro en la niebla, la ayuda idónea, el refugio donde siempre hallaba paz. Ella, con su inteligencia sutil y su paciencia infinita, fue la arquitecta silenciosa de ese amor que los envolvía como una casa cálida en medio de una tormenta. Juntos edificaron una vida que no fue un simple paso por el mundo, sino

una construcción sólida de recuerdos, abrazos y palabras susurradas en la intimidad de las noches. El amor que compartían no era solo suyo: era como un jardín secreto donde florecían las más hermosas flores que los años no lograban marchitar.

Para mí, no es solo un personaje; su vida me ha enseñado a vivir la mía de manera más plena. Es como si su historia fuera un espejo en el que veo reflejada la posibilidad de una vida vivida con intención, de un amor que trasciende los días y se convierte en algo eterno, algo que persiste en las raíces de cada uno de nosotros. También es un testimonio de que los sueños se hacen realidad si tienes el valor de creértelos y perseguirlos.

VIDAS PARALELAS

Mi nombre es James William y nací en tiempos oscuros, cuando el eco lejano de la Segunda Guerra Mundial resonaba incluso en nuestro pequeño pueblo en un rincón de Galicia, al norte de España, donde el intenso frío pelaba la piel y la inagotable lluvia limitaba las caricias de un sol que se escurría entre tantas nubes. Mi llegada a este mundo fue en una familia numerosa: nueve hermanos en total, siendo yo el séptimo entre los hermanos y hermanas, enraizados en la tierra como los cultivos que mi padre, campesino fuerte de manos ásperas por el arduo trabajo para alimentar y cuidar de una familia, mi madre, ama de casa y mirada cansada, nos cuidaban y educaban con mucho amor y esmero. Crecimos con lo justo: nada sobraba, pero tampoco faltaba lo esencial.

Desde muy joven, con apenas ocho años, mis manos pequeñas ya se hundían en la tierra, ayudando a mis hermanos mayores a labrar el campo. Las mañanas comenzaban temprano, con una neblina que se aferraba a las colinas y envolvía los árboles en un silencio profundo. El aire olía a tierra húmeda, y el crujir de

los arados era lo único que rompía esa calma. Mis pies desnudos conocían cada surco, cada piedra de nuestra granja, pero mi alma, aunque aún inocente, soñaba con horizontes lejanos, con un mundo más allá de los límites de nuestro pequeño pueblo.

A veces, bajo el cielo gris, mientras guiaba los bueyes, miraba a lo lejos, más allá de los campos, y me preguntaba qué habría al otro lado de esas montañas que delimitaban nuestra existencia. Aunque mi vista solo alcanzaba los animales y los cultivos que rodeaban nuestra casa, en mi interior nacía una rebelión suave, un anhelo silencioso de escapar. Me resistía a aceptar que mi vida pudiera desarrollarse solo entre los límites de esta tierra que trabajaba día a día y el cielo inmenso pero nublado que cubría nuestros días.

Cuando nos aventurábamos fuera del campo, la imagen del pueblo, con sus calles empedradas y sus pequeñas tiendas, se transformaba en algo mágico. Y fue allí, entre ese bullicio modesto, donde los vi por primera vez: los señores. Caminaban con paso firme, con trajes impecables que brillaban bajo la luz del mediodía. Sus zapatos lustrosos apenas rozaban el polvo del suelo que tanto se aferraba a los nuestros. Me quedaba quieto, observando cómo hablaban entre ellos con gestos elegantes, cómo reían con una ligereza que desconocía. Y en esos momentos, me veía a mí mismo en su lugar, viviendo esa vida que parecía hecha de seda y viento.

Eran solo los sueños de un niño, pero para mí eran tan reales como el aire que respiraba. Esos breves instantes de desconexión con mi realidad se convertían en refugios para mi mente, escapando de la dureza de los días. Soñaba despierto con una vida diferente, una vida en la que no tuviera que madrugar para arar la tierra ni cargar con la fatiga de los años. Una vida donde la ropa no estuviera manchada de barro, sino perfumada de promesas.

Me veo ahora, en el atardecer de mi vida y ya con muchos años sobre mis hombros, miro hacia atrás y sonrío al recordar esos sueños. ¡Qué lejanos parecían entonces!, pero qué intensos los sentía en mi corazón. Me pregunto, a veces, si no eran esos mismos sueños los que me dieron fuerzas para resistir, para no quedarme atrapado en el surco de la tierra. Aunque la vida no siempre cumple las ilusiones de un niño, fueron esas fantasías las que me dieron alas, aun cuando mis pies seguían tocando el suelo.

Habiendo ya cumplido mis dieciséis años, mantenía mis sueños de grandeza, ahora también brota de mi interior el deseo de un amor que fuera eterno una compañera con quien compartir toda esta vida. En mis ensoñaciones buscaba a la persona indicada para estar a su lado: ambos jóvenes y enamorados, dispuestos a recorrer juntos el sendero de la vida. Mis pensamientos estaban repletos de deseos de una familia llena de comodidades en un hogar pleno de risas y amor. El

destino, siempre caprichoso, pareció escuchar mi insistente llamado desde lo más profundo de mi corazón. A tan corta edad, pero con un corazón latiendo desenfrenadamente, decidí pedir el permiso de mis padres para buscar esa vida que tanto soñaba. Con la aprobación dolorosa de mi madre y la bendición de mi padre, emprendí un viaje a otro continente, lejos de toda mi familia y de todo lo que conocía hasta ese momento, solo con ese deseo de una vida mejor a la que me esperaba en mi pueblo natal.

Con un espíritu aventurero y con toda mi fe puesta en esos sueños, llegué a un país extraño pero que me acogió como si fuera propio. Este recién llegado («musiu», apodo que le daban a todos los extranjeros europeos en ese tiempo) se integró rápidamente al dinamismo de la época. Para mí todo era muy diferente, pero mucho mejor que de dónde venía. Viví mis primeros años en una granja de pueblo con muchas limitaciones, y ahora podía estar en una ciudad con mucho crecimiento y grandes oportunidades, un clima tropical donde el sol brillaba durante todo el año y, además, con muchas mujeres hermosas, y playas paradisíacas.

Pronto conseguí trabajo en esta nueva tierra, gracias a otro inmigrante a quien conocí en ese viaje en barco, donde en ocho días pudimos conocernos y formar una buena amistad. Él, mucho mayor que yo, se identificó bastante con mis sueños y admiraba de mí el haberme aventurado a buscarlos siendo tan joven.

Me llevó con él, donde una familia de inmigrantes que había echado raíces hacía poco tiempo y que me acogieron con los brazos abiertos. Sentía que, finalmente, estaba haciendo realidad todos mis sueños.

El clima fue lo primero que me deslumbró: un sol brillante y cálido que disipaba los recuerdos del frío intenso de mi tierra natal. Cada rayo de luz parecía abrazarme y, rodeado de gente tan cálida y amable, me encontraba en un mundo que no me hacía extrañar nada de lo que había dejado atrás, salvo a mis padres, cuya imagen siempre estaba presente en mi corazón. Pero la idea de que, en algún momento, podría buscarlos y traerlos aquí a esta nueva tierra me daban la fuerzas para seguir adelante.

Con la ayuda incondicional de esta familia generosa y mi primer empleo como ayudante en un almacén de ferretería, logré dar uno de los pasos más importantes de mi vida: independizarme. Conseguí un pequeño espacio solo para mí, un refugio humilde pero lleno de sueños, donde cada día comenzaba a construir los cimientos de un futuro que, poco a poco, empezaba a vislumbrarse más cercano.

Esta familia no solo me brindó un techo y una cama donde dormir, sino también su apoyo familiar. Además, me ofrecieron algo aún más valioso: la oportunidad de retomar mis estudios. Gracias a la esposa de este hombre, ella una maestra de vocación en un colegio público, conseguí la admisión a pesar de no tener

más que una libreta de culminación del sexto grado. Mi disposición y ganas de aprender fueron suficientes para que pudiera regularizar mi situación y, así, con esfuerzo y determinación, pude nivelarme y cursé el cuarto y quinto año de bachillerato, alcanzando, a mis dieciocho años, el preciado título de bachiller. En aquel entonces, obtener ese título era como ser un ingeniero hoy en día: un logro enorme, una puerta abierta hacia el porvenir.

No puedo olvidar un consejo que esta pareja, y en especial del señor, que me dijo en más de una ocasión. Con una seriedad que no dejaba lugar a dudas; «Chico, si quieres triunfar, debes estudiar y prepararte. Solo así podrás aspirar a cosas más grandes». Aquel consejo caló profundo en mí, y gracias a Dios y a ellos, pude terminar mis estudios y obtener mi primer gran título: bachiller de la República de Venezuela.

Con ese logro en mis manos, conseguí un nuevo trabajo como chófer de un hombre elegante y adinerado, alguien como esos hombres que solía admirar en mi pueblo. Cada día, al tomar el volante de su coche de último modelo, sentía que la vida me sonreía de una forma que nunca antes había experimentado. Con cada kilómetro recorrido, me transformaba. Las calles, antes grises, ahora eran un desfile de posibilidades; y yo, en mi papel de conductor, me sentía como el protagonista de mi propia película. El murmullo de la ciudad se mezclaba con la música que sonaba en la radio, y,

mientras el lujo me rodeaba, no podía evitar sentirme observado, casi admirado, por las miradas curiosas de las chicas que se detenían a verme pasar. Ese era el brillo de la vida que siempre había soñado, y, en esos momentos, cada sueño parecía al alcance de mi mano.

Este señor se rodeaba de personas que vivían en ese estatus de vida que siempre había soñado, y, aunque mi papel era el de chófer, en mi interior me sentía ya parte de ese mundo. Las conversaciones ligeras que escuchaba en el asiento trasero, las risas despreocupadas que llenaban el auto, alimentaban mi ilusión de pertenecer a algo más grande. En esos momentos, me imaginaba vestido como ellos, participando en sus historias, siendo un protagonista más.

Las noches eran especialmente mágicas. Al caer el sol, las luces de la ciudad se encendían como estrellas caídas en la tierra, y yo recorría las calles con la esperanza de que, un día, no solo fuera el que conduce, sino también el que se sienta en el asiento de atrás, disfrutando del lujo que tanto había anhelado. La vida parecía abrirse ante mí, como un lienzo en blanco, listo para ser pintado con mis ilusiones y mis sueños.

Sin embargo, en la quietud de la noche, a veces me sorprendía pensando en lo que había dejado atrás. Los recuerdos de mi infancia en Galicia, los olores del campo y el calor de la risa de mi madre me envolvían en un susurro de nostalgia. Pero ese susurro no era solo tristeza; era un recordatorio de que mis raíces, aunque

distantes, siempre estarían en mi corazón, impulsándome a seguir adelante, a soñar y a construir la vida que siempre deseé.

Un día, compartiendo con algunos amigos que ya había hecho, nos fuimos a una de estas playas a disfrutar de un día espléndido, lleno de alegría y sueños que palpitaban dentro de mi corazón con emociones que casi no podía contener. Estaba seguro de que conseguiría todo lo que soñaba y que estaba en el sitio adecuado para hacerlo. Era una sensación que provenía de lo más profundo de mi corazón y que me llenaba de mucha paz y alegría. Ese día, en una playa bañada por la luz del atardecer, conocí a dos chicas que rápidamente se convirtieron en mis amigas. Entre risas y conversaciones, comenzó a surgir una conexión especial, aunque había algo en una de ellas que despertaba en mí un sentimiento singular.

A medida que los días pasaban, la amistad se fortalecía. Sin embargo, mis ojos se inclinaban hacia la chica más deslumbrante, aquella cuya presencia iluminaba mis días y hacía latir mi corazón con fuerza. Pero era solo su belleza lo que me cautivaba; no veía en ella esa chispa que había soñado, la promesa de algo más profundo.

Durante semanas, compartimos risas y secretos, aventuras y sueños. Mientras tanto, observaba en la otra chica las cualidades que anhelaba para una vida en común. Había conocido a muchas muchachas, pero

ninguna me ofrecía la tranquilidad que yo buscaba. Quería algo más sólido, más puro, un amor genuino que perdurara en el tiempo.

Una tarde, ya decidido, reuní el valor para confesarle mis sentimientos. Con el corazón latiendo con fuerza, le propuse a la otra chica ser mi novia. Ella, con una mezcla de sorpresa y alegría, aceptó sin titubear, sorprendida de ser ella la elegida. Su amiga, desconcertada por mi decisión, no tardó en buscar respuestas. En privado, en una conversación sincera y llena de emociones, le expliqué que no buscaba simplemente una novia; mi anhelo era más profundo. Deseaba encontrar a alguien con quien formar una familia y compartir una vida entera. Le confesé que, aunque ella me gustaba mucho, sabía que en ese momento solo deseaba diversión y vivir intensamente, algo que yo respetaba, pero que no se alineaba con mis sueños.

Ella me miró sorprendida y con comprensión, admitiendo que tenía razón. No estaba pensando en casarse ni en formar una familia a tan corta edad. Me preguntó, con una mezcla de asombro y ternura, cómo alguien tan joven y lleno de vida podía albergar pensamientos tan maduros. Con una sonrisa suave, reconocí que mi deseo de formar una familia me había acompañado desde hacía mucho tiempo. Finalmente, le propuse seguir siendo amigos, mantener esa conexión especial y continuar compartiendo momentos juntos, los tres. Ella, con una sonrisa cálida, aceptó. Y así, con el

corazón lleno de nuevas esperanzas, los tres continuamos la amistad, enriquecida por la sinceridad y el cariño compartido, mientras la vida seguía desplegando su misterio y belleza ante nosotros.

Pasaba el tiempo y el lazo entre nosotros se fortalecía, consolidando un triángulo de amistad inquebrantable. En ese entonces, mi novia aún no había experimentado las relaciones sexuales, pero tanto su amiga como yo ya habíamos dejado atrás la virginidad. Las reuniones solían ser en la casa de alguna de las chicas, donde pasábamos las tardes oyendo música y jugando juegos que se tornaban cada vez más picantes. En una ocasión, jugamos al espagueti, un juego que consistía en cortar un espagueti crudo poco a poco desde la boca del otro hasta que solo quedaba un trozo tan pequeño que obligaba a tocarse los labios, convirtiéndose en un beso apasionado con mi novia o solo un pico inocente con la amiga. Siendo yo el único chico del grupo, tuve varias oportunidades de besar a ambas, sin que nadie se molestara ni sintiera celos. Aquellos juegos, llenos de coquetería, se hicieron más frecuentes, desplazando los tradicionales juegos de mesa o cartas.

Una tarde, mientras estábamos en casa de mi novia, me preparé para irme a mi hogar. Sin embargo, su amiga me pidió que la esperara, pues quería acompañarme. Ambos nos despedimos de mi novia y caminamos juntos, charlando y riendo sobre los juegos y lo bien que la pasábamos. Al llegar a su casa, que estaba

de camino a la mía, ella me pidió que entrara. No quería quedarse sola, ya que no había nadie en casa. Yo acepté hacerle compañía durante un rato antes de seguir a mi casa, me senté en el sofá mientras ella se cambiaba de ropa. Cuando salió, apenas vestida, se acomodó junto a mí en el sofá y encendió la televisión. De repente, ella se subió a mis piernas, sosteniendo un trozo de chocolate con los dientes, y me preguntó si quería probarlo, incitándome a tomarlo de su boca. Sin dudarlo, acepté y nos besamos con chocolate y todo. Ella me confesó que quería hacer el amor conmigo desde que me conoció y que nadie se enteraría. En ese momento, ya estaba bastante excitado y, dejándome llevar por el momento con besos y caricias, nos fuimos a su cuarto y nos metimos en su cama. Ambos ya teníamos experiencias previas, pero esa vez ella tomó el control, aplicando lo que había aprendido. Yo me dejé llevar complacientemente hasta que estuvimos unidos, disfrutando intensamente del momento. Lo hicimos varias veces en el lapso de una hora, pero cada encuentro fue intenso y apasionado. Finalmente, me fui a mi casa. Al llegar, ella me llamó por teléfono, recordándome que no debía contarle a nadie lo que había sucedido y que hablaríamos más al día siguiente. Yo acepté mantenerlo en secreto, hasta aclarar bien mis ideas.

Al día siguiente, no nos reunimos los tres como solíamos hacer cada tarde. En su lugar, su amiga y yo nos encontramos en su casa para hablar de lo que

había sucedido. Yo me sentía un poco perdido, sin saber cómo manejar la situación, mientras ella parecía muy clara y segura de que podíamos continuar sin que nadie se enterara. Me propuso que siguiéramos viéndonos a solas de vez en cuando en su casa, asegurándome que mi novia, que también era su amiga, no lo sabría. Un tanto nervioso, le expresé mis dudas. No sabía si aquello podría funcionar sin que mi novia se diera cuenta, y realmente no quería perderla. Ella me tranquilizó, diciendo que no quería ser mi novia, que solo le gustaba y deseaba estar conmigo desde que me conoció, y que sabía que yo sentía lo mismo. Me propuso que lo mantuviéramos en secreto hasta que mi novia y yo diéramos el siguiente paso, ya que ella sabía que mi novia aún era virgen. Aunque tenía mis reservas, me dejé llevar y acepté la situación. Esa misma tarde, volvimos a estar juntos. El sexo era espectacular y divino, y la atracción física entre nosotros era innegable. La experiencia me elevaba el ego y, aunque sentía algo de temor cuando estábamos los tres juntos, ella se manejaba con tanta naturalidad que nada parecía fuera de lo común. Incluso continuábamos con nuestros juegos coquetos, aunque había momentos en los que me sentía incómodo por sus insinuaciones delante de mi novia. Sorprendentemente, mi novia no se molestaba ni sospechaba nada.

Con el tiempo, me fui relajando y nuestra amistad siguió su curso habitual. Su amiga y yo nos veíamos

con bastante frecuencia, y la situación se volvía cada vez más excitante y adictiva. El misterio y la clandestinidad añadían un toque de emoción que lo hacía todo aún más irresistible. Una tarde, mi novia me dijo que fuera a su casa al día siguiente por la mañana, ya que no tendría clase y podríamos pasar el día juntos. Tuve que inventarme un malestar estomacal para no ir a trabajar ese día y acepté la invitación. Sin que yo preguntara, ella mencionó que su amiga no vendría porque se iría con su familia a una finca. Así quedamos, y a las 9 de la mañana del día siguiente, estaba en su casa. Ella solía estar sola todo el día porque vivía con su madre, quien, siendo divorciada, trabajaba desde temprano hasta la tarde sin interrupciones. Así que teníamos todo el día libre para nosotros.

Mi novia, deseosa de experimentar nuevas sensaciones conmigo, comenzó a besarme y, poco a poco, nos fuimos despojando de nuestras ropas hasta quedar desnudos. Con más experiencia, yo sabía qué hacer y cómo hacer que su primera vez fuera agradable e inolvidable, así como lo fue para mí. Pasamos el día haciendo el amor, y ambos disfrutamos mucho de la experiencia. Al final de la tarde, ella me dijo que debíamos seguir viéndonos a solas en su casa, sin que su amiga se enterara por el momento. Ella se encargaría de buscar el momento adecuado para decírselo. Acepté, aunque me sentía confundido, ya que ambas

me habían pedido la misma discreción, pero en diferentes momentos y contextos.

Las semanas pasaron, y mi vida se convirtió en un vaivén constante entre el trabajo, mis estudios y ambas chicas. Casi no tenía ni tiempo para dormir ni descansar; toda la semana era un no parar. Un día estaba con mi novia, y al siguiente con su amiga, manteniendo el equilibrio y la discreción. Ninguna sospechaba nada hasta que, después de más de un mes, algo cambió. Una tarde, mientras estábamos en casa de mi novia, ella le pidió a su amiga que estuviera atenta y le avisara si algo sucedía mientras nos encerrábamos en su habitación. Nuestra amiga, en tono de broma, dijo que ya era hora, que fuéramos tranquilos y que ella vigilaría. Entre risas y bromas, vi cómo su amiga me hacía un gesto con la mano para que guardara silencio. Mi novia y yo estuvimos en su habitación un buen rato, y cuando terminamos, ella salió a hablar con su amiga. Fue entonces cuando le contó que llevábamos un tiempo acostándonos juntos, pero que no había querido decirle nada hasta ese momento. La amiga se mostró sorprendida y un poco molesta por no haber sido informada, pese a su íntima amistad. Mientras ellas hablaban de sus cosas, yo me vestí y me preparé para irme a mi casa. Antes de salir, la amiga bromeó diciendo que se iba conmigo.

Caminamos juntos, y esta vez la situación tenía una nueva realidad. Ella, visiblemente molesta y curiosa, me

preguntó por qué no le había contado nada si sabía que ella no se enteraría. Le expliqué que mi novia me había pedido la misma discreción, que no le dijera nada a ella ni a nadie. Lo que no sabía era que mi novia se lo diría de esa manera, y que yo también estaba sorprendido por todo. Le recordé el trato que habíamos hecho: que dejaríamos de vernos en cuanto yo estuviera con mi novia. Pero ella insistió en que no tenía por qué terminar. Según ella, llevábamos más de un mes haciéndolo, y ahora, sabiendo la situación, podría ayudarme a mantenerlo en secreto mejor que antes.

A pesar de mis dudas, no dije nada en ese momento. Ella añadió que no me pedía que me quedara un rato más ese día, ya que venía de estar con mi novia, pero que al día siguiente le tocaba a ella. Le confesé que había estado manejando la situación así todo este tiempo, nervioso por que ninguna de las dos sospechara nada. Con un nuevo plan en mente, ella aseguró que ahora sería más fácil para mí seguir adelante. Me despedí y me fui a casa, con la mente llena de dudas y confusión. Y emoción.

Al día siguiente, decidí no verme con ninguna de las dos. Les dije que tenía compromisos de trabajo esa tarde y que no podría ir a sus casas. Ellas, por su parte, se reunieron como de costumbre. En la noche, llamé a mi novia para saber cómo estaban las cosas y si habían hablado de nuestra situación. La conversación transcurrió con normalidad, sin mencionar nada fuera de lo

común. Colgué después de un rato de charla y llamé a nuestra amiga, quien también me aseguró que todo estaba tranquilo. Me recordó que, aunque no había podido verme ese día, al siguiente le tocaría a ella, y me hizo una broma recordándome que no olvidara nuestra cita. Confundido, pero aceptando la situación, le confirmé que al día siguiente nos veríamos. A pesar de lo complicado de la situación, mantenía el secreto y no compartía nada con nadie. Mis amigos eran bastante habladores, y no quería que esto terminara explotando en mi rostro. Solo me preocupaba si lo que estaba haciendo estaba bien o no. Sin embargo, me dejaba llevar por el día a día, sin reflexionar demasiado sobre las posibles consecuencias de mis acciones.

Al día siguiente, aun con muchas dudas, decidí no verlas a ninguna de las dos. Les expliqué que tenía otro compromiso esa tarde y que no podría visitarlas. Mientras tanto, ellas se reunieron como solían hacerlo. Por la noche, volví a hablar con mi novia en una conversación normal, sin indicios de que hubiera surgido ningún problema. Tras despedirme de ella, llamé a nuestra amiga, quien también me aseguró que todo estaba tranquilo. Me dijo lo deseosa que estaba de verme y, al despedirnos, me repitió la misma broma para que no olvidara su turno.

Así continuamos las relaciones hasta que, durante unas vacaciones, mi novia se fue con su madre a otra ciudad de paseo por una semana. Esa semana, la

amiga y yo nos quedamos y nos vimos todos los días sin pausa. Cuando mi novia regresó y nos reunimos los tres, nuestra amiga le comentó, en tono de broma, que me había cuidado muy bien y que no me había dejado salir solo a ningún lado. Mi novia, entre risas, agradeció el comentario, mientras yo me sentía cada vez más abrumado por la situación. Era como caminar en una cuerda floja, sin estar seguro de nada.

Esa noche, decidí que tenía que tomar el control de la situación y confesarle la verdad a mi novia. Intenté ir a su casa ese día, pero no fue posible. Así que, en lugar de eso, la llamé por teléfono y le pedí que al día siguiente pudiéramos pasar un tiempo a solas. Ella aceptó sin problemas y me dijo que le avisaría a su amiga para que no viniera. Poco después de nuestra conversación, recibí una llamada de nuestra amiga, visiblemente preocupada. Me pidió que no contara nada y que la dejara a ella contarle la verdad a mi novia. Me explicó que no quería estropear su amistad y que debía ser ella quien le revelara la situación. Aunque entendí su posición, le dejé claro que, si ella no decía la verdad, yo lo haría.

Al día siguiente, yo no fui y ellas hablaron, dos días después fui convocado a una reunión con las dos chicas, sin saber con exactitud qué esperar. La tensión me invadía mientras me dirigía a la casa de mi novia, sin tener idea de lo que habían hablado entre ellas. Cuando llegué, me encontré con un ambiente cargado

de nervios. Mi novia y su amiga se sentaron frente a mí, y mi novia, con una expresión seria, me preguntó con cuál de las dos quería estar. Me sorprendió la pregunta, pero respondí con sinceridad que quería estar con ella, que siempre había querido estar con ella. Antes de que pudiera decir nada más, su amiga me interrumpió, aclarando que lo ocurrido entre nosotros solo había sido un momento de calentura y que nunca su intención había sido quitarle su novio. Ella subrayó que, aunque tuvimos sexo, había sido solo eso. Lo que ella realmente deseaba era aclarar que todo había sido solo un deseo momentáneo y que no pretendía nada más. Aseguró que yo solo tenía sentimientos por mi novia y que el encuentro con ella no significaba nada en comparación con lo que yo sentía por ella.

Escuchar esto me permitió comprender que, aunque la amiga había revelado parte de la verdad, no había contado todo, pero sabía que esa confesión, al menos, era un primer paso. No dije nada más y confirmé que era verdad, que lo que había sucedido entre nosotros había sido solo sexo y atracción física, nada más. Mi novia, al escuchar esto, pareció aliviada y me pidió disculpas, pidiéndome que me fuera para que pudiera hablar a solas con su amiga. Sin hacer más preguntas, me despedí y regresé a mi trabajo, sin saber cómo se resolvería la situación. Esa noche, mi novia me llamó para decirme que ya habían resuelto las cosas y que me pasara por su casa al día siguiente para hablarlo todo.

Acepté y le prometí que iría al terminar de trabajar. Después de colgar, llamé a nuestra amiga para obtener más detalles, pero ella también se mantuvo enigmática, sugiriéndome que esperara hasta el día siguiente para obtener respuestas. La espera se me hizo interminable, y la ansiedad me consumía mientras contaba las horas para el encuentro del día siguiente.

Llegué mucho antes de lo previsto, ansioso por la conversación que me esperaba. Me senté debajo del edificio donde vivía mi novia, aguardando su llegada. Pronto vi a las dos amigas caminando hacia el edificio, que estaba a solo a unas pocas calles de su instituto. Al verme, se sorprendieron, pero me saludaron con una mezcla de sorpresa y humor. Subimos juntos los tres los seis pisos en el ascensor, el trayecto se me hizo interminable. La ansiedad me dominaba, temeroso de que todo lo que había vivido fuera solo una broma cruel y que me expulsaran de sus vidas. Finalmente, dentro del apartamento, mi novia y su amiga se volvieron a sentar frente a mí, preparadas para abordar el asunto. Mi novia comenzó la charla con una calma sorprendente. Me explicó que entendía lo que había sucedido y que no pasaría nada más. Propuso que continuáramos nuestra relación en el contexto que habíamos creado, pero con una condición: que siempre estuviéramos los tres juntos. No habría momentos a solas entre su amiga y yo. Nuestra relación seguiría siendo la de novios, y solo con ella podía estar a solas; los encuentros sexuales

con su amiga serían cuando ella estuviera presente, sin que eso quisiera decir que fuera al mismo tiempo, y que nadie debía saber nada de eso, que solo se compartiría entre los tres.

La propuesta me dejó paralizado. No sabía si estaba hablando en serio o si era una forma de burlarse de mí. Me quedé sin palabras, asimilando una idea tan inusual, este nuevo mundo me seguía sorprendiendo. Aunque no era lo que había planeado para mi vida, algo en la propuesta me intrigaba. Me planteé nuevamente si alguna de ellas podía ser la persona con la que quisiera construir una familia, pero en ese momento, sin tener claridad sobre nada, acepté la situación.

Las reuniones continuaron con normalidad, aunque ya no había juegos sexuales; ahora se trataba de tener sexo alternadamente con cada una. Al salir de allí esa tarde, mientras caminaba hacia mi casa, me asaltaban preguntas inquietantes. ¿Era este el modo en que quería vivir? ¿Podía hacer esto indefinidamente? ¿Qué tipo de familia podría construir en estas circunstancias? Pero no encontraba respuestas claras. Con el tiempo, la situación se volvió tan familiar que dejé de cuestionarme. Me limité a disfrutar del momento, reconociendo que, en verdad, vivía algo que podría ser el sueño de cualquier hombre. La intimidad entre los tres se volvió cada vez mayor, y nadie sospechaba nada. Para mantener las apariencias y despistar a otros, nuestra amiga a veces invitaba a otro amigo o asistía a eventos con sus

amigas del instituto. Así, el trío que vivíamos permanecía oculto y fuera de la vista de quienes nos rodeaban.

Pasaron dos años inmersos en esta vida compleja y, al llegar ellas a la universidad, la dinámica cambió drásticamente. Cada uno de nosotros estaba en una institución distinta, ubicada bastante lejos de casa. Además de cuidar mis estudios, debía atender mi trabajo, ya que era mi sustento de vida, y yo estaba solo y sin familia en este país. Además, la distancia hacía que fuera cada vez más difícil coincidir los tres al mismo tiempo. La situación se complicaba aún más cuando las universidades imponían un ritmo frenético que a menudo nos obligaba a permanecer en el campus durante todo el día, en lugar de regresar a casa. Durante los pocos días que mi novia podía estar en casa, nuestra amiga no estaba disponible, y yo trataba de ajustarme para estar con ella, incluso si eso implicaba perder alguna clase.

A medida que pasaba el tiempo, comenzaron a surgir problemas. Una conversación de fin de semana entre los tres reveló la dificultad de mantener nuestra situación. Nuestra amiga propuso que, dado que yo tenía una mayor flexibilidad, nos repartiéramos los días: yo pasaría dos días con mi novia mientras que ella solo coincidiría conmigo una vez a la semana. La idea, en principio, parecía razonable, y acepté la propuesta. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los celos y los problemas comenzaran a surgir. La diversión y

la armonía de antes se desmoronaron, y empezamos a distanciarnos. La complicación se hizo evidente, y cada vez era más difícil vernos. Mientras tanto, mi relación con la amiga se volvió más frecuente en ausencia de mi novia. Lo que antes era un día a la semana se convirtió en tres tardes semanales juntos, sin que mi novia tuviera conocimiento de ello.

Una noche, decidí hablar con mi novia y me dirigí a su casa. Le pregunté directamente si estaba considerando terminar nuestra relación. Ella, visiblemente conflictuada, admitió que ya no encontraba la situación agradable ni cómoda. Aunque había estado de acuerdo con todo al principio, ahora se sentía incómoda y deseaba tiempo para aclarar sus ideas. Me pidió que le diera espacio para pensar y que luego hablaríamos nuevamente. Durante dos semanas solo hablamos un par de veces por teléfono. Comenzaba a aceptar la posibilidad de que nuestra relación estaba llegando a su fin. Nuestra amiga me sugería que la dejara tranquila, argumentando que los celos se debían a la carga pesada de su universidad, que estaba mucho más lejos y tenía un horario extenuante, en contraste con el nuestro, que era más flexible y cercano a casa. Las distancias y horarios eran un factor crucial en nuestra dinámica.

Mientras tanto, el tiempo y la distancia también trajeron nuevas experiencias. En las universidades comenzamos a conocer a otras personas y, aunque la conexión con la amiga seguía siendo fuerte, no me veía

construyendo una relación seria con ella. Sentía que, si nuestra situación continuaba y eventualmente formalizábamos algo, podría aburrirse y terminar alejándose. Así, empecé a mirar a mi alrededor, conociendo a nuevas chicas en la universidad y compartiendo momentos con ellas, explorando nuevas posibilidades mientras la relación con mi novia se desmoronaba lentamente.

Durante esos meses, conocí a una chica con la que empecé a relacionarme más a fondo. Estudiábamos juntos y vivíamos relativamente cerca uno del otro. A veces, los padres de ella le prestaban el carro, lo que nos permitía salir juntos y con más frecuencia después de clases, los fines de semana, a menudo íbamos al club donde ella era socia, y disfrutábamos de tardes soleadas en la piscina. Era una relación divertida y sin complicaciones, y empecé a disfrutar mucho de su compañía. A pesar de esta nueva conexión, no podía negar que todavía sentía algo por mi novia. Mi interés y sentimientos eran evidentes, y a veces mi nueva amiga notaba mi ambivalencia.

Un sábado por la noche, mientras estaba en una fiesta en casa de un amigo de la universidad, recibí una llamada de ella. No había teléfonos móviles en ese momento, por lo que la llamada fue a través del teléfono fijo de casa. Ella también tenía su número porque estudiaba con nosotros y, adrede, no había ido a la fiesta. Me pidió que fuera a su casa en ese mismo momento porque necesitaba hablar conmigo.

Mi amigo, al escuchar la llamada, me animó a ir. Me dijo que parecía que ella estaba realmente interesada en mí y que no debía dejar pasar la oportunidad. Sin pensarlo demasiado, me dirigí rápidamente a su casa, casi con la misma prisa con la que me había ido a la fiesta. Cuando llegué, ella me recibió con una expresión de seriedad y emoción. Parecía que estaba a punto de decirme algo importante. Mi mente estaba llena de anticipación y nervios, y me preguntaba qué podría ser tan urgente como para llamarme a esa hora un sábado por la noche. Me sorprendió mucho ver que sus padres no estaban en casa. Ella había preparado una velada especial con una botella de vino, velas y cojines esparcidos por el suelo en el salón de su bella y elegante casa. La atmósfera era íntima y acogedora. Ella estaba vestida de manera muy sugerente. Me recibió con un beso largo y apasionado, y me condujo hacia los cojines en el suelo.

Empezamos a desvestirnos y ella me confesó que nunca había tenido una experiencia sexual y quería que yo fuera su primera vez. Acepté su confianza con cuidado y respeto; me aseguré de que la experiencia fuera lo más placentera posible para ella. La noche estuvo llena de pasión y ternura, y la disfrutamos al máximo. La conexión que compartimos me hizo pensar que tal vez ella podía ser lo que realmente buscaba en una pareja. Me sentí completamente satisfecho y aliviado de las complicaciones anteriores. Pasamos unas horas

inolvidables que me dieron mucho en qué pensar. Me acosté a dormir hasta tarde, sin pensar en mucho más. Sin embargo, cuando me desperté, mis compañeros de piso me informaron que tanto mi novia como nuestra amiga me habían llamado varias veces por teléfono. Decidí no devolver las llamadas, ya que estaba absorto en lo que había vivido la noche anterior y no quería enfrentar la realidad de mis compromisos actuales.

Pasé el resto del día fuera de casa con amigos, tratando de desconectarme de la situación. Regresé a casa muy tarde y sin hablar nada con nadie me encerré en mi habitación. Aunque mis amigos me vieron preocupado y triste, no quise compartir nada con ellos. La chica con la que pasé la noche no era alguien que había presentado antes, y pocos la conocían. Decidí no dar explicaciones. Después de cenar, me fui a mi cuarto y me acosté, prefiriendo evitar las conversaciones incómodas y el drama que podría surgir. Pasé toda la siguiente semana muy distante. Solo hablé y me vi con esta chica que estudiaba conmigo. Ella notaba que algo me ocurría y, aunque no me lo preguntaba, se mostraba interesada en que yo lo hablara y lo compartiera con ella. Pero yo prefería seguir con todo eso dentro, tratando de resolverlo solo.

Las cosas estaban cambiando rápidamente en mi vida, y me encontraba en una encrucijada emocional. Mi relación con mi novia y mi amiga ya se había diluido de mi interés, mientras que la nueva conexión con esta

chica me ofrecía una alternativa atractiva, pero también venía con su propio conjunto de complicaciones. La necesidad de tomar decisiones claras se volvía cada vez más urgente, pero por el momento, opté por seguir evitando el conflicto y disfrutar del presente.

Ese fin de semana jugaba un torneo en el club al que yo pertenecía. Como era todo el día, decidí darme ese tiempo a solas para pensar bien las cosas. Tras una larga jornada de celebración ese fin de semana y con la mente agotada, me levanté ese lunes con un sentimiento de inquietud. La victoria en el torneo había sido un gran logro, pero el peso de las decisiones no tomadas y el dolor de las relaciones destrozadas seguían presentes. Sabía que tenía que enfrentar las consecuencias de mis acciones y decidir cómo proceder con cada una de las chicas involucradas.

Al llegar a la universidad, me encontré con mi compañera de clases la chica con la que había pasado la noche del sábado. Su alegría y entusiasmo contrastaban con el estrés que yo estaba sintiendo. Me recibió con un abrazo y un beso, felicitándome por la victoria en el campeonato del domingo. Me sorprendió que, en lugar de reprocharme el no haberla llamado en todo el fin de semana, parecía genuinamente feliz por mí. Su reacción positiva me hizo sentir un poco más aliviado, aunque la preocupación por cómo resolvería el resto de la situación seguía presente.

Su presencia me recordaba lo que había sucedido y el impacto de mis decisiones recientes. No quería que la situación se volviera más complicada de lo que ya era, así que decidí mantener una actitud reservada. Ella, como toda mujer, esperaba una llamada en algún momento durante todo el fin de semana, y yo no la hice. Ella se alegró mucho de mis triunfos y no me reclamó nada; me dejó tranquilo, a la espera de que yo la buscara cuando estuviera listo. Sabía que algo me pasaba y me dio el espacio espontáneamente sin pedírselo. Lo aproveché para centrarme y aclarar, en mí mismo, todo esto que ya me afectaba mucho. Tenía que enfrentar a las tres personas involucradas y darles una explicación, pero primero debía empezar por mí, no solo por el respeto que les debía, sino también para aclarar la situación y tratar de solucionar el enredo emocional en el que me había metido.

A lo largo del día, me preparé mentalmente para las conversaciones que debía tener. Primero, tenía que enfrentar a mi novia. Decidí llamarla al final del día, después del trabajo. No fue fácil, pero sabía que era necesario. Le expliqué que había estado ocupado y que no había devuelto sus llamadas por el torneo que había disputado, y que necesitaba hablar con ella para aclarar las cosas.

La conversación con ella fue difícil. Se mostró herida y decepcionada, pero traté de ser honesto sobre la situación. Le dije que había estado tratando de

encontrar una solución para nuestra relación y que el tiempo había sido complicado para ambos. Esto, sumado a que su madre no me quería cerca de ella y menos dejarla salir los fines de semana conmigo. Acepté mi parte de culpa y le expliqué que había pasado la noche con otra persona, que noté su distanciamiento y que, al pedirme tiempo y espacio, yo entendí que quería dejarlo y romper conmigo. Aunque entendió parte de lo que le expliqué, se mostró molesta por la falta de comunicación y la falta de respeto hacia ella. Le dije que había sido ella quien me pidió tiempo y distancia, y que no entendía en qué la había irrespetado. Le dije que me sentía desechado y aceptaba el cariño de otra persona realmente interesada en mí. Me pidió que lo habláramos en persona y que tendríamos que ser honestos. Quedamos así, y esperé a que me dijera cuándo.

Aproveché ese momento y, al colgar con mi novia, llamé a nuestra amiga. Sabía que esta conversación sería igualmente complicada, aunque era la que menos me preocupaba, aunque también era importante. Le expliqué que la situación se había vuelto más difícil de lo que imaginábamos y que había estado viendo a otra chica. Le pedí disculpas por cualquier dolor que le hubiera causado y le expliqué que no sabía cómo manejar la situación y había terminado involucrado en un enredo emocional muy desgastante. Le dije que me tomaría mi tiempo para ordenar mis ideas, pero que, fuera cual fuera lo que decidiera, no iba a continuar en

ese triángulo amoroso. Ella, un poco desilusionada, lo entendió y, apartándose, aceptó solo mi amistad.

Finalmente, enfrenté a la chica que estudiaba conmigo. Le dije que necesitaba tiempo para resolver mis problemas personales y que no podía entrar en ninguna relación por ahora. Mi honestidad era por lo bonito y especial que vivimos, y porque se merecía a alguien bien situado y leal a su lado. Le expliqué lo que vivía con mi novia y lo que aún sentía por ella. Fue difícil para ambos, pero le conté que había cometido algunos errores aceptando cosas en las que no estaba convencido ni seguro y que necesitaba ordenar y aclarar mi vida antes de seguir con cualquier tipo de relación.

Enfrentar la realidad y las consecuencias de mis actos fue un paso doloroso pero necesario en mi proceso de maduración y entendimiento de lo que realmente quería en una relación y en mi vida en general. Recordar sus reacciones individualmente con respecto a un mismo acontecimiento me dio que pensar. Solo me esperaba una conversación con la persona que más me importaba y la única que me dolía perder. Así que nos pusimos de acuerdo para hablar más en profundidad sobre nuestra relación, cuando ella no tuviera clases y pudiéramos estar tranquilos. Quedamos en vernos en su casa para discutir cómo estábamos y qué queríamos para el futuro. Aunque estaba aliviado de que ella hubiera entendido parte de la situación, el peso de la conversación aún era grande.

A los días, me encontré con mi novia en su casa para nuestra conversación. Era crucial que ambos fuéramos sinceros sobre lo que habíamos experimentado y hacia dónde queríamos ir. A pesar del alivio que sentía al haber puesto fin a la complicada situación con nuestra amiga, sabía que la conversación con mi novia sería determinante para entender cómo seguir adelante y si era posible reconstruir nuestra relación. Tuvimos una conversación crucial esa tarde, en la que ambos pudimos expresar claramente nuestros sentimientos y aclarar la situación. Fue un alivio para ella saber que había acabado con la relación con su amiga sin que ella me lo pidiera, y aunque su enfado por lo otro podría necesitar más tiempo para disiparse, ambos acordamos que lo mejor era dejar atrás el triángulo que había complicado nuestras vidas. A pesar del alivio que sentía por haber resuelto una parte del enredo emocional, también estaba reflexionando sobre lo que había vivido con mi compañera de clase. La conexión que sentí con ella fue significativa y me había dejado con una sensación de que había algo especial en esa relación, que se había desarrollado de manera natural y auténtica.

Con mi novia y mi compañera de clase presentes en mi vida de diferentes maneras, decidí mantener la calma y seguir evaluando la situación. Me di cuenta de que había manejado situaciones similares en el pasado, y ahora era cuestión de observar y analizar con qué relación me sentía más alineado con mis metas y deseos

a largo plazo, especialmente en cuanto a formar una familia. Con el tiempo, me propuse explorar bien mis sentimientos y la viabilidad de cada relación. La clave era encontrar el equilibrio adecuado y evaluar cuál de las dos conexiones me ofrecía la mejor oportunidad para construir una vida en común. Mientras continuaba viendo a ambas personas y compartiendo tiempo con cada una de ellas, me mantenía enfocado en lo que quería en el futuro. Sabía que no sería fácil tomar una decisión definitiva, pero sentía que tenía las herramientas necesarias para tomar la mejor decisión, o al menos para ese momento. Enfoqué mis esfuerzos en conocer mejor a cada una, respetando en lo posible mis sentimientos y los de ellas, mientras buscaba el camino hacia una relación que pudiera cumplir con mis deseos y expectativas para el futuro.

Pero me engañaba a mí mismo. Yo estaba enamorado de mi novia. Aún ahora mis sentimientos eran profundos, aunque opacados por las vivencias y ese debate entre la moralidad y la honestidad muy marcado en una educación muy tradicional. Decidí enfrentar una situación difícil entre lo que sentía por ambas mujeres. Pero, como no estábamos solos en este mundo y las familias también cuentan, el contexto social y familiar en el que me movía con mi compañera de clase no era el más adecuado para mí. La presión social, las diferencias en la forma en que me sentía acogido y la sensación de no encajar en su entorno de mucha opulencia

y dinero —algo que en el pasado me atraía— hoy me marginaba por no tener un apellido relevante ni una familia pudiente. Esas vivencias familiares me llevaron a reflexionar sobre lo que realmente buscaba en una relación.

El contraste con mi novia era evidente. Aunque no todo era perfecto con ella (como el trato de su madre), el ambiente familiar en general era más cálido y menos cargado de expectativas sociales. Habíamos pasado mucho tiempo juntos y compartido experiencias significativas. Esto me hizo sentir que, a pesar de las dificultades que habíamos enfrentado, ella seguía siendo la mejor opción para formar una familia. Busqué el momento adecuado para terminar la relación con mi compañera de clase. Aproveché las vacaciones de Semana Santa para tener una conversación honesta y sincera con ella. A pesar de la tristeza y el dolor, ella comprendió y me agradeció mi honestidad y por cómo la había tratado. La decisión de terminar la relación fue difícil, pero sentía que era lo correcto.

Después de esta conversación, me enfoqué solo en mi novia. Aunque el camino hacia la reconciliación y el perdón no iba a ser inmediato, decidimos reconstruir nuestra relación. Aunque podría llevar tiempo y esfuerzo, y sin garantías, estaba dispuesto a trabajar en ello. Estaba decidido a avanzar con una mayor claridad sobre lo que quería en mi vida y en mi futuro, tomando

en cuenta las lecciones aprendidas y las experiencias vividas.

Nuestra relación se fortaleció con todo esto y se definió claramente como el camino correcto hacia un futuro juntos. A pesar de las tentaciones y oportunidades que se presentaban con otras mujeres, me mantuve enfocado en ella y en la relación que estábamos construyendo a lo largo de los años. La decisión de consolidar nuestro compromiso y construir una vida juntos fue un paso significativo.

Habiendo avanzado en mis estudios y ya a la mitad de la carrera, un profesor de la universidad, del cual me hice buen amigo, me ofreció una oportunidad a mí y a otro compañero de clases. Con su ayuda, pude conseguir trabajo en una buena e importante empresa, con muy buen sueldo y proyecciones de futuro claras. Al fin podía tener estabilidad financiera, y me sentí preparado para dar el siguiente paso en mi vida. Quería formalizar mi noviazgo ante todo el mundo y sobre todo ante su familia, ambos queríamos caminar hacia un futuro juntos con un compromiso claro y firme, su madre lo acepto a duras penas, pero nos permitió salir y disfrutar más juntos los fines de semana, poco tiempo después ella también consiguió un empleo en la misma empresa donde trabajaba su madre. Sentimos que era el momento adecuado para el matrimonio. Aunque había un poco de nerviosismo, nos sentíamos listos para este nuevo capítulo. Mientras nos preparábamos para

darle esa noticia a nuestras familias, mi novia quedó embarazada. La reacción de su madre, que nunca me quiso ni aprobaba completamente la relación, complicó las cosas. Sin embargo, la noticia del embarazo cambió las circunstancias. Aunque su madre continuó con su actitud negativa y de rechazo hacia mí, el resto de su familia nos apoyó mucho. El embarazo y la inminente llegada del bebé dieron un nuevo enfoque a la situación. La boda se adelantó para coincidir con el final del semestre en la universidad. Con la decisión más importante que habíamos tomado, nos embarcamos en la vida matrimonial y en la paternidad.

Adaptarme a esta nueva etapa no fue fácil, pero me centré en construir una vida juntos. La distancia con mis amigos y de las mujeres que antes me rodeaban fue una forma de comprometerme completamente con mi mujer y mi familia en mi nueva realidad. El esfuerzo por crear una vida estable y feliz con mi esposa y mi hijo se convirtió en mi prioridad. En resumen, me embarqué en una trayectoria de madurez y compromiso. La transición de ser un joven musiu extranjero sin nada a ser bachiller y estudiante universitario, para ahora establecer mi propia familia y una carrera exitosa, fue un cambio significativo. Ya no estaría solo en esta nueva tierra, y a pesar de los desafíos, todo había valido la pena. Nos mantuvimos enfocados y unidos en lo que queríamos construir.

Con nuestros trabajos y la independencia económica que habíamos alcanzado, logramos alquilar un pequeño apartamento, un lugar donde construiríamos nuestro nuevo nido familiar. Era un sitio modesto, pero acogedor. La luz de la tarde se colaba por las cortinas blancas, iluminando las paredes vacías que pronto llenaríamos de recuerdos. El espacio era pequeño, pero el calor que sentíamos dentro lo hacía parecer un refugio perfecto.

La familia de mi esposa nos envolvió en un apoyo incondicional. Su cariño fue como una manta en los momentos en que más lo necesitábamos. Todos, menos su madre. Ella aún no lograba aceptarme, y su silencio en reuniones familiares a veces pesaba más que cualquier palabra. Había días en que sentía esa incomodidad como una sombra, una duda persistente que se interponía entre nosotros. Sin embargo, el amor y el respaldo del resto de su familia, especialmente de su padre, apagaban esa incertidumbre. Él fue una roca firme para mi mujer, dándole la fuerza que necesitaba para mantenerse erguida frente a cualquier adversidad. Yo, en silencio, agradecía tenerlo cerca.

Con nuestro propio espacio y la boda a pocas semanas de celebrarse, decidimos irnos a vivir juntos mientras llegaba el momento, así tendríamos un poco más de paz para enfrentar todo lo que se nos venía encima, nos envolvimos en una burbuja de paz y felicidad. Cada día era un sueño hecho realidad.

Recuerdo nuestra primera noche en el apartamento: llegábamos cansados del trabajo, pero eso no importaba. Preparábamos juntos algo de comer; el aroma de la cena se mezclaba con el murmullo de una película en la televisión. Después, nos entregábamos el uno al otro, exhaustos pero plenos, como si el amor y la alegría fueran nuestra única realidad. Despertar a su lado al día siguiente era un pequeño milagro que no dejaba de maravillarme. La dicha que sentía era tan profunda que parecía irreal, como si viviera en una burbuja de felicidad pura.

Un sábado, decidimos ir al centro comercial cercano a nuestro nuevo hogar para hacer una llamada a mis padres. Quería compartir con ellos a través de una llamada y no con cartas la alegría que me desbordaba, aunque fuese desde lejos. No tenía los medios para traerlos y estar conmigo en esos días tan importantes, pero deseaba que mi madre conociera a mi futura esposa, aunque fuera a través de la distancia de una llamada. Mi hermana menor contestó el teléfono. La escuché y sentí un nudo en el pecho; habían pasado tantos años sin escuchar su voz y sin saber mucho de ellos, era la primera llamada telefónica desde que me fui de allá, hablamos con mucha emoción y cariño y le pasé a mi mujer para que la conociera mientras llegaba mi madre a casa. Charló mucho con ella, rompiendo esa distancia con una calidez que me reconfortaba, mientras yo escuchaba en silencio, lleno de emoción.

Luego fue el turno de mi madre. El sonido de su voz me rompió el alma; era una mezcla de llanto y nostalgia. Las palabras no salían con facilidad, pero poco a poco, al calmarnos logramos hablar y contarle un poco del paso que íbamos a dar, luego pudo hablar con mi mujer. Le contó sobre mí, como solo una madre puede hacerlo, y le dio consejos que nacían de la experiencia y el amor. Esa llamada fue larga y costosa, pero en ese momento, nada más importaba. Mi felicidad se sentía completa, como si todo en mi vida hubiera encontrado su lugar.

Pero la vida siempre encuentra la manera de traer una sombra, incluso en los días más luminosos. Al preguntar por mi padre, supe que no estaba en casa. Me informaron que había sido hospitalizado el día anterior por problemas pulmonares, consecuencias del cigarrillo, ese vicio que lentamente estaba consumiendo su vida. El golpe fue inmediato. No pude hablar con él, pero pedí a mi hermana que me mantuviera informado. Nos despedimos entre sentimientos encontrados: la alegría de lo que estaba construyendo en mi nueva vida y la preocupación por lo que estaba pasando con mi padre.

Dos días después, volví a llamar. Gracias a Dios, mi padre ya estaba en casa, aunque conectado a una máquina de oxígeno que lo mantenía recluido en casa. Pude hablar con él y sentí alivio al escucharlo, aunque su respiración entrecortada no dejaba de recordarme

lo frágil de su salud. Sabía de mis logros y de la boda que se aproximaba. Aunque no pudo conocer a mi esposa en esa ocasión, ya que ella estaba trabajando, me pidió con voz apagada que lo llamara de nuevo para que pudieran hablar con ella, aunque solo fuera por teléfono. Esa conversación dejó una marca en mi corazón. La impotencia de no poder estar allí, de no tener los recursos para traerlos a este nuevo capítulo de mi vida, me llenaba de tristeza. Sin embargo, me tranquilizaba saber que, al menos por ahora, estaba mejor.

Nos despedimos con la promesa de que el sábado siguiente le haría una nueva llamada. Esta vez sería junto a mi mujer, para que pudiera conocerla. Me quedé con emociones encontradas: la dicha de lo que estaba construyendo con la persona que amaba y la preocupación constante por los que dejé atrás. Sabía que el tiempo no volvería atrás, que no podría recuperar esos momentos con ellos en persona, pero el sonido de sus voces y la promesa de una nueva llamada mantenían vivo el lazo que nos unía, a pesar de los kilómetros que nos separaban.

Mientras nos preparábamos para la boda y equipábamos nuestro nuevo apartamento, cada paso estaba lleno de ilusiones, aunque con un velo de tristeza que envolvía mi corazón debido a la salud de mi padre. Cada día pedía a Dios y al cielo que le devolvieran un poco de salud y, a mí, las posibilidades económicas para volver a verlo. Desde el fondo de mi alma, ese era

mi mayor anhelo; habían pasado más de quince años desde la última vez que los vi. Ese deseo se convirtió en una oración constante, como un murmullo silencioso que acompañaba cada decisión, cada compra, cada pequeño preparativo.

El siguiente fin de semana, mi mujer y yo volvimos a llamar a mis padres. Esta vez, ella logró hablar con mi padre y, para mi sorpresa, casi todos mis hermanos estaban allí. Sabiendo que iba a llamar, se reunieron en casa de mis padres, deseosos de escuchar mi voz después de tantos años. A solo una semana de nuestra boda, nos desearon dicha y felicidad. Mi mujer fue recibida con los brazos abiertos, y la conexión entre ellos fue inmediata. Todos quedaron encantados con ella, y sentí una alegría inmensa al ver cómo mi familia, que tanto extrañaba, la acogía con tanto cariño. Lloramos todos, pero esta vez las lágrimas eran de felicidad.

Cuando colgamos el teléfono, mi mujer, con los ojos aún brillantes por la emoción, me miró y me dijo: «Tenemos que ahorrar, no para seguir comprando cosas, sino para viajar y conocer a tu familia». En ese momento, sentí que un ángel había pasado y bendecido esa petición. Era un deseo compartido, un sueño que empezaba a tomar forma.

Una semana después, nos casamos, y fue como ver cómo parte de nuestros sueños se hacían realidad ante nuestros ojos. Recibimos muchos regalos de amigos y familiares, la mayoría en dinero, para que compráramos

lo que deseáramos. Pero el regalo más inesperado vino del padre de mi esposa. Conociendo la situación de mi padre y el afecto que había desarrollado hacia mí, se superó con su generosidad: nos regaló los boletos para viajar a España y reencontrarme con mi familia. Al escuchar eso, no pude contenerme. Me derrumbé en llanto frente a todos, abrumado por la emoción y el agradecimiento. Era un gesto tan grande para mí, tan inesperado, que sentí que el peso de tantos años lejos de casa se desvanecía en ese instante. Lloré largo rato, y cada uno de los presentes se unió a mi emoción. Me abrazaron, me dijeron que me lo merecía, que admiraban todo lo que había vivido desde que dejé mi tierra.

Había alcanzado un nivel de felicidad que nunca antes había experimentado. Nos casamos en el mes de agosto y rápidamente planeamos nuestras vacaciones en el trabajo y universidad para que coincidieran con el inicio del otoño en España. No queríamos ir en invierno, ya que el frío limitaría mucho nuestro viaje, y en verano todo sería más caro y bullicioso. El plan estaba claro: iríamos a finales de septiembre y pasaríamos un mes entero en casa de mis padres.

Antes de concretar, fuimos al médico familiar para asegurarnos de que el viaje no afectaría el embarazo de mi esposa y saber qué precauciones debíamos tomar. Yo quería que conociera mi tierra de verdad, sin limitaciones. Así que, con todo en orden, cuadramos todo: un viaje que se sentía como un regalo del destino.

El día después de la boda, con el corazón todavía rebosante de emociones, llamamos a mis padres para contarles que iríamos a España a finales de septiembre. La emoción en sus voces era palpable, como si el aire entre nosotros vibrara de alegría. Nos dijeron que no nos preocupáramos por nada: teníamos un lugar donde quedarnos y un coche para movernos a donde quisiéramos. Todo estaba dispuesto, y el viaje, ese reencuentro tan soñado, ya no era solo un deseo; era un plan real, lleno de emoción y esperanza. Las piezas finalmente encajaban, y por primera vez en mucho tiempo, sentía que todo lo que había anhelado estaba a punto de cumplirse.

Todo se acomodó perfectamente. Logramos unir nuestras vacaciones del trabajo con los permisos por matrimonio, concentrando un mes y medio continuo de descanso. Con los regalos de boda y el dinero de nuestros trabajos, pudimos planear una estadía plena en España. Pasamos nuestra primera noche de casados en nuestro apartamento, viviendo ese día a día nuevo, lleno de ilusiones y la esperanza de un viaje maravilloso. En ese mes y medio previo al viaje, lo dedicamos a actualizar pasaportes, papeles y todo lo necesario para el viaje. Cuando finalmente tuvimos fechas exactas, llamamos a mis padres para contarles. La felicidad en sus voces fue inmensa al saber que pronto nos volveríamos a ver.

Llegó el día del viaje. Su padre y sus tías nos llevaron al aeropuerto. Ninguno de nosotros había volado en avión antes, y ella nunca había salido del país. Yo, la última vez que crucé el Atlántico, lo hice en un barco, por lo que ambos estábamos nerviosos, pero llenos de emoción. El vuelo fue más placentero de lo que imaginaba. A bordo de ese coloso de metal, no se sentía casi nada; parecía flotar en el aire. Como era de noche, no sabía si nos movíamos o estábamos quietos. A pesar de eso, la ansiedad no me permitió cerrar los ojos en todo el viaje. A mitad del trayecto, sentí una sacudida que me alarmó, pero alguien en tono de broma comentó que habíamos pasado por un «bache aéreo». En mi ignorancia, lo creí, aunque no dije nada. Mi esposa, en cambio, dormía tranquilamente, mientras yo seguía despierto, observando por las ventanas diminutas la oscuridad exterior.

El viaje se me hizo corto comparado con mis recuerdos del barco: ocho horas frente a los ocho días que me había tomado cruzar el océano en aquel entonces. Al amanecer, la luz se colaba por la ventanilla, anunciando nuestra llegada a Madrid. Después de aterrizar, tomamos otro vuelo hacia Galicia, esta vez en un avión más pequeño que rebotaba con cada turbulencia. Casi todos los pasajeros sufrían de vómitos y mareo, incluida mi esposa, pero, por suerte, solo fue un vuelo corto, aunque horrible, durante toda una hora.

Al llegar al aeropuerto de Vigo, estábamos exhaustos. Pero toda la fatiga desapareció en cuanto vi a mis hermanos esperándonos. A pesar de los años, pude reconocerlos a todos. Nos fundimos en un abrazo lleno de lágrimas y risas. Mis hermanas, emocionadas, se apoderaron de mi esposa, mientras yo recibía más abrazos y besos de mis hermanos. Tres coches nos esperaban para llevarnos a la casa de mis padres, y al llegar, el reencuentro con ellos fue un momento que jamás olvidaré. Mi madre no dejaba de besarme y de mirarme con orgullo, mientras yo abrazaba a mi padre, estaba asombrada de lo mucho que había cambiado. Me fui siendo apenas un joven campesino, y ahora volvía como un hombre casado y esperando un hijo.

Los días que siguieron fueron un festejo constante. Mis hermanos se turnaban para tomarse días libres y llevarnos a conocer Galicia. Pude ver a todos ellos con sus familias, esposas, esposos e hijos. Yo era el último en formar la mía, pero tenía tantas historias, tantas aventuras que contarles, que me escuchaban con fascinación. Mis dos hermanos menores, aquellos a los que solía cuidar, se deslumbraban con mis relatos, viendo cómo aquellos sueños de infancia se habían hecho realidad.

Mi esposa, por su parte, estaba encantada con mi familia, y ellos con ella. La cuidaban con esmero y le daban consejos sobre lo que le esperaba en su embarazo. Las mujeres de la familia la rodeaban, compartiendo

sus experiencias y enseñándole cosas que le serían útiles cuando llegara el momento de dar a luz. Fue un mes intenso, lleno de emociones, donde cada día era una nueva oportunidad para reconectar y celebrar la vida. Pude pasar mucho tiempo con mis padres y hermanos, nos reuníamos todos para comer los fines de semana, una mesa enorme donde estábamos todos juntos, aunque verlo atado a su máquina de oxígeno me causaba dolor, me reconfortaba saber que estaba feliz de verme cumplir mis sueños. Mi madre, siempre a su lado, no se separaba de él, por las noches después que todos se marchaban a sus casas, nos sentábamos juntos a hablar, recordando el pasado y compartiendo todo lo que había vivido.

Contarles sobre la tierra que me acogió y lo afortunado que me sentía por haber encontrado a mi esposa les llenaba de alegría. Ella se ganó el corazón de toda mi familia, y ellos, sin duda, ganaron el suyo. Al final del mes, cuando llegó el momento de regresar, todos fueron al aeropuerto para despedirnos. Fue una despedida cargada de tristeza, pero también de gratitud. Sentía paz en el corazón, sabiendo que ese viaje había sido posible gracias a la bondad de tantos, y que no tuvimos que preocuparnos por nada mientras estuvimos allí. Fue un regalo completo, en todos los sentidos.

Al regresar a casa, usamos los regalos que habíamos recibido para terminar de equipar nuestro hogar

a nuestro gusto, cerrando un capítulo de nuestra vida con satisfacción y empezando otro lleno de promesas.

Volvimos a nuestras rutinas de trabajo y a nuestra nueva vida, pero cada día tenía un brillo especial. Mi felicidad crecía al mismo ritmo que el vientre de mi esposa, y con cada cambio en su cuerpo, sentía que el amor entre nosotros se hacía más fuerte. La emoción fue indescriptible cuando supimos que esperábamos una niña. Desde entonces, empezamos a preparar todo con cariño y dedicación, comprando lo necesario para su llegada. El cochecito, me lo regalaron mis hermanos en España. Nos llevaron a una tienda y nos obligaron a que escogiéramos uno que nos gustara que igual nos lo iban a regalar y preferían que fuera el que nos gustara a nosotros, ese fue el regalo de mis hermanos, era un cochecito muy bonito, bastante cómodo y moderno.

Gracias a Dios, no nos faltaba nada. Teníamos su habitación lista, su cuna esperándola, y cada pequeño detalle estaba pensado para hacerle sentir nuestro amor desde el primer día. Durante esas semanas de preparación, nuestra relación se fortaleció aún más. Cuidaba de mi esposa con esmero, compartiendo cada momento, disfrutando de los pequeños gestos y las conversaciones nocturnas sobre cómo sería nuestra vida cuando nuestra pequeña llegara al mundo. Eran días llenos de esperanza, amor y unión, que nos conectaban más profundamente mientras esperábamos el milagro de nuestra hija.

El nacimiento de mi hija marcó un hito en mi vida y en la de mi esposa. A los treinta y tres años, cumplí uno de mis sueños y el más importante. Mi mundo se centró en ellas. La alegría y el orgullo que sentía al tener a mi hija en brazos eran indescriptibles. Creí que no había un nivel de alegría más alto que el de volver a ver a mis padres, pero este lo fue. La idea de formar una familia completa con una niña y luego vendría un niño era un deseo que me acompañaba, desde que la había escogido como la madre de ellos, ese sueño de tener una pareja llena y se arraigó muy dentro de mi corazón desde ese entonces.

Pero decidimos esperar un poco y priorizar los estudios y trabajos en lugar de apresurarnos con más hijos. La decisión de continuar con los estudios mientras nos adaptábamos a la vida como padres fue algo sensato por nuestra inexperiencia y limitaciones que teníamos en esos momentos, fue una elección consciente para asegurar un futuro mejor para nuestra familia. La planificación y la organización, junto con la ayuda de la familia, nos permitieron equilibrar las responsabilidades de la crianza de nuestra hija con el compromiso académico y profesional.

Casi un año después de nuestra visita a España, recibí la noticia que temía: mi padre había empeorado y finalmente falleció. Fue un golpe duro, una mezcla de dolor y tristeza profunda que me invadió por completo. Sentí un vacío enorme al saber que ya no podría

traerlo a esta tierra, como siempre había deseado. Sin embargo, me consolaba el hecho de que, antes de partir, pudo verme convertido en un hombre hecho y derecho, casado con una estupenda mujer, a la que pudo conocer a través de nuestra visita y haber visto fotos de nuestra hija que le hicimos llegar a través de cartas de correo. Sabía que él había leído las cartas que le envié, donde compartía con él cada avance de nuestra pequeña, y eso, de alguna manera, me brindaba un poco de paz.

A pesar de todo, su ausencia dejó un hueco imposible de llenar. Mi madre, ahora sola en aquella gran casa que una vez estuvo llena de vida, empezó a sentir el peso de la soledad. Todos mis hermanos ya estaban casados y ocupados con sus propias familias, y aquella casa que un día parecía insuficiente para albergarnos a todos, ahora parecía desbordarse en su vacío. Mi madre, sumida en su soledad, comenzó a deprimirse, y yo, a pesar de la distancia, trataba de estar pendiente de ella a través de mis hermanos y llamándola con más frecuencia.

Era difícil escuchar su voz apagada, saber que sufría por la pérdida de mi padre y el cambio en su vida. Pero en cada llamada, intentaba darle ánimos, recordarle los momentos felices, hacerle sentir que no estaba sola, que tenía muchos nietos de quien ocuparse y una gran familia que compartía con ella los fines de

semana y sabía también de mí, aunque me encontrara tan lejos.

Con el tiempo, la vida fue tomando su curso y las piezas comenzaron a encajar. Mi esposa, siempre tan decidida y organizada, empezó sus estudios antes que yo para que la transición fuera más suave. Se adaptó rápidamente a la nueva rutina y yo a la mía, eso nos permitió avanzar de manera constante. Tres años después, cuando nuestra hija comenzó el kínder, ya habíamos logrado una estabilidad económica que nos llenaba de tranquilidad. Nuestros sueldos eran buenos, teníamos un hogar consolidado y acabábamos de comprar un apartamento propio y más grande. Fue en ese momento cuando sentí que se daban las condiciones perfectas para traer a mi madre a vivir un tiempo con nosotros, para apartarla de la tristeza que la envolvía desde la partida de mi padre.

Recuerdo hablarlo con mi esposa, quien, con su bondad habitual, estuvo completamente de acuerdo. Sabía lo importante que era para mí y comprendía que tener a mi madre cerca sería un alivio tanto para ella como para mí. Llamé a mis hermanos para poner el plan en marcha, pidiéndoles que me ayudaran con los documentos necesarios allá en Galicia, mientras yo me encargaba de comprar y enviarle el boleto de avión. Mi madre, ya con 73 años, nunca había salido de Galicia. Nunca había viajado ni en barco, ni en coche, y mucho

menos en avión. Así que lo primero era saber si estaría dispuesta a hacer un viaje de esa magnitud.

Con el corazón en un puño, mis hermanos le comentaron la idea. Para mi sorpresa y alegría, ella se llenó de ilusión. Dijo que le encantaría venir, que ya era hora de ver el mundo más allá de su pequeña aldea. «Preparen todo», dijo con una energía que nadie esperaba, «que me monto en ese avión y me voy a América». Esa respuesta me llenó de emoción y esperanza. Verla ilusionada, después de tanto tiempo sumida en la tristeza, me hizo sentir que este plan no solo sería un alivio para ella, sino un regalo de vida para ambos. Sabía que tenerla con nosotros sería un capítulo especial en nuestra historia familiar.

Mi madre llegó a Venezuela en noviembre, justo a tiempo para mi cumpleaños. Me hice el regalo más preciado: la oportunidad de cumplir un deseo que había guardado en mi corazón durante tanto tiempo. Ella llegó vestida de negro, en señal de luto por mi padre, pero su rostro brillaba con alegría al volver a vernos. Con el tiempo, tuvo la oportunidad de conocer a toda la familia de mi esposa y, por supuesto, a su nieta. La conexión fue instantánea; mi madre se ganó rápidamente el corazón de nuestra pequeña y se convirtió en un apoyo invaluable en nuestra vida diaria.

Además, la relación con mi suegra empezó a transformar su dinámica. Con la llegada de mi madre, se estableció una paz que comenzaba a solidificarse en

nuestro hogar. Mi suegra, que antes había mantenido una actitud distante, se unió a este nuevo ambiente, dispuesta a compartir momentos de cariño y colaboración. La presencia de mi madre y el amor de nuestra hija parecían haber suavizado cualquier tensión previa, abriendo un nuevo capítulo en la relación entre mi suegra y yo.

Con esta nueva armonía familiar, pude retomar mis estudios. Todo parecía más manejable gracias a la ayuda de mi madre, que con su llegada también trajo consigo un aire renovado de esperanza y alegría. Juntos, como un equipo, comenzamos a enfrentar el desafío de ser padres, mantener nuestros trabajos y completar nuestros estudios.

Ese periodo requirió dedicación y sacrificio, pero también nos ofreció la oportunidad de crecer y fortalecer nuestros lazos familiares. Cada día era un nuevo aprendizaje, un nuevo reto que nos unía aún más. Nos encontramos apoyándonos mutuamente, enfrentando las adversidades con amor y esfuerzo, y disfrutando de cada pequeño momento que compartíamos juntos. La vida, aunque llena de retos, se había transformado en una hermosa aventura familiar.

La historia de cómo construimos una vida y superamos los obstáculos es un testimonio de nuestra determinación y amor. A medida que continuábamos con los estudios y nos establecíamos más en nuestras carreras, la felicidad y el orgullo que sentíamos por nuestra

hija seguían siendo el centro de nuestra vida junto con los logros obtenidos. La vida seguía su curso con su propio ritmo frenético: entre el trabajo, la universidad nocturna y el cuidado de mi madre y de nuestra hija, las semanas pasaban a una velocidad que me dejaba apenas tiempo para reflexionar sobre mi situación. Los encuentros con mi esposa se volvían cada vez más limitados y, aunque disfrutábamos los fines de semana juntos, la distancia emocional entre nosotros se iba haciendo cada vez más palpable.

A los seis meses de que mi madre estuviera con nosotros, comenzaron a surgir algunos problemas de salud. Al principio, parecían ser molestias menores, pero con el tiempo se volvieron más preocupantes. Me di cuenta de que sus problemas podían estar relacionados con la comida y el agua a la que nunca se había acostumbrado. En Galicia, ella había vivido siempre rodeada de la frescura de su huerto y disfrutaba del agua pura de un manantial cercano. Ahora, en esta ciudad industrializada, la realidad era muy diferente.

A pesar de sus esfuerzos por ir al mercado, donde elegía cuidadosamente las verduras, estas no lograban tener la misma frescura ni los nutrientes que estaba acostumbrada a consumir. Y aunque el agua embotellada era una alternativa, nada se comparaba con la que había bebido toda su vida. La adaptación a este nuevo entorno estaba resultando más difícil de lo que

habíamos anticipado. Ver su salud deteriorarse fue desgarrador.

Finalmente, decidimos que lo mejor era llevarla de regreso a su hogar. A pesar de lo feliz que había estado con nosotros, entendí que su bienestar era lo más importante. Me despedí de mi esposa y de nuestra hija, y tomé la difícil decisión de acompañarla en ese viaje. Pedí permiso en el trabajo y utilicé parte de nuestros ahorros para costear el viaje. Sabía que necesitaba estar a su lado, para ayudarla en lo que pudiera y asegurarme de que llegara bien a su tierra.

Mientras organizábamos todo, una mezcla de preocupación y tristeza me invadió. Dejar atrás la vida que habíamos construido juntos en tan poco tiempo no sería fácil, pero comprendía que era necesario. Al final del día, el amor por mi madre y el deseo de verla bien superaban cualquier otra consideración. Decidí tomarme quince días para llevarla y asegurarme de que estuviera bien acomodada antes de regresar. Mi esposa, en un acto de amor y comprensión, se quedó a cargo de todo mientras yo cumplía con mi deber como buen hijo que era.

Al llegar a España, la llevamos directamente a su médico de toda la vida. Las noticias no fueron tan malas como había temido; él confirmó que sí eran problemas digestivos y que, a su edad, ya no procesaba tan bien los alimentos. Sin embargo, me dio un rayo de

esperanza al señalar que el clima tropical había tenido un efecto positivo en su salud.

Con esas noticias, me despedí de ella con un nudo en la garganta. Llevaba la esperanza de que compartiríamos mucho más tiempo, de que habría más días, más historias por contar. Sin embargo, en el fondo de mi corazón, agradecía profundamente aquellos ocho meses que pudo estar con nosotros, conociendo mi vida, mi hogar, mi familia, viendo con sus propios ojos lo que había construido. Durante esos días compartidos, nos dedicamos a examinar nuestras vidas paralelas. Comparábamos mis pasos con los de mis hermanos, aquellos que decidieron quedarse. Ningún camino era mejor o peor; simplemente, eran distintos. Esa reflexión nos permitió valorar lo que habíamos vivido y comprender que, aunque los destinos fueran diferentes, el cariño que nos unía nunca cambió.

Al regresar, la realidad se presentó como una marea que arrasaba con todo: había que ponerse al día, sobre todo en el trabajo. En la universidad logré readaptarme con facilidad, como si el conocimiento y la rutina me esperaran. Pero en el empleo fue diferente; los engranajes se habían desajustado un poco y me costó más esfuerzo ponerme al ritmo que mis compañeros llevaban. Mi esposa, por su parte, también estaba sumergida en sus estudios y su trabajo. La rutina de nuestra vida familiar era como una cuerda que se tensaba cada vez más entre la necesidad de avanzar y

el deseo de encontrar tiempo para estar juntos. Todo se sentía como girar en una rueda incesante, como la de un hámster encerrado en su jaula: un ciclo interminable de productividad que dejaba poco espacio para respirar.

A pesar de ello, había en nosotros una determinación que iba más allá del cansancio, una fuerza que solo el amor más profundo podía sostener. Sabía que, aunque nuestra vida era un torbellino de obligaciones, cada pequeño momento compartido, cada gesto cotidiano, tenía un valor incalculable. El reto estaba en encontrar un equilibrio entre la responsabilidad y la felicidad que hallábamos en las cosas simples, en la compañía junto a nuestra hija, en esos instantes que pasaban tan rápido como un suspiro.

Dos meses después de mi regreso de España, recibí la noticia que me desmoronó por completo: mi madre había enfermado repentinamente y fallecido. La noticia me rompió. Recordaba haberla dejado bien, sonriente, con la paz de quien ha cerrado ciclos. No supe de su enfermedad; solo supe de su muerte. No pude estar con ella, ni con mis hermanos, en sus últimos momentos. Ellos, tratando de consolarme desde la distancia, me dijeron con amor: «Quédate tranquilo, hermano. Ella fue a despedirse de ti, y a conocer a su nieta. Cumplió su voluntad y partió en paz, como quería desde que papá se fue». Esas palabras, aunque llenas de consuelo, no podían borrar mi tristeza. Lloré

su pérdida, y al segundo día, me levanté. Mi hija y mi esposa fueron el refugio en el que encontré fuerzas para seguir adelante, las que con su amor me ayudaron a salir de la sombra que la tristeza había proyectado sobre mí.

El tiempo pasó, y con él la rutina, que se entrelazó con un éxito económico creciente. Pero con ese florecimiento vinieron también tentaciones, sutiles y peligrosas. Los coqueteos y las insinuaciones de aventuras pasajeras empezaron a surgir, ofreciendo un alivio fugaz a la presión que sentía. En esos momentos, me dejaba llevar por la emoción del instante, por la promesa de una libertad que parecía tan lejana en medio de la responsabilidad. Pero tras cada escapatoria, el vacío volvía a instalarse en mí, profundo y persistente. La satisfacción de esos encuentros nunca duraba, y al final del día, solo me quedaba el peso de lo que estaba en juego: mi familia, mi compromiso, mi propia integridad.

Era un juego peligroso, uno que me empujaba al borde de un abismo invisible. Sabía que cada vez que caía en la tentación, arriesgaba lo más valioso: mi esposa, mi hija, todo lo que habíamos construido juntos. Había momentos en los que me preguntaba si algún día sabría de dónde provenía ese vacío y si desaparecería por completo, si encontraría la manera de mantenerme firme. Pero entonces, al mirar los rostros de mi familia, comprendía que, aunque el deseo de escapar volviera

a surgir de vez en cuando, había algo más fuerte que me sostenía: el amor, ese lazo inquebrantable que me anclaba a lo que realmente importaba. Y, por ahora, eso era suficiente.

Las mujeres con las que me involucraba en mi entorno no eran todas solteras. Muchas de ellas estaban casadas y, en algunos casos, tenían familia. Esta realidad añadía una capa extra de complejidad y riesgo a las situaciones en las que me encontraba. Aunque la adrenalina de estos encuentros prohibidos me mantenía al borde de lo racional, no podía escapar del sentimiento de culpa que se colaba en mi mente, ni del miedo latente a las consecuencias. Sabía que estaba jugando con fuego, y cada vez que me sumergía en esa aventura, sentía cómo el calor abrasador se acercaba un poco más, amenazando con consumirlo todo, había adquirido un vicio y no lo sabía.

Las fiestas de trabajo, las reuniones informales y los eventos sociales se convirtieron en escenarios perfectos para estas escapadas. La emoción de lo prohibido, la facilidad con la que podía obtener lo que deseaba, me mantenían atrapado en un ciclo de adicción. Pero, con el paso del tiempo, estas escapadas comenzaron a tener un precio. El desgaste de mi matrimonio se hizo más evidente, reflejándose en la distancia física que se abría entre nosotros. Mi esposa, atrapada también en esa misma rueda implacable de productividad, se hundía cada vez más en compras compulsivas, gastando en

cosas que no necesitaba, mientras se desatendía física y emocionalmente. Por mi parte, adicto al sexo, ambos nos descuidábamos mutuamente. El desgaste acumulado en nuestro matrimonio comenzaba a erosionar lo que una vez habíamos construido con tanto esfuerzo.

La pregunta sobre cómo seguir adelante con mi vida empezó a convertirse en una presencia constante, una sombra que no me dejaba en paz. Me encontraba en una encrucijada, atrapado entre el deseo de mantener mi matrimonio y la compulsión de seguir explorando mis necesidades más oscuras y profundas. Lo que en el pasado había considerado un infierno, ahora se presentaba como una especie de alivio, una píldora momentánea para el estrés que me ahogaba. Pero no había una solución clara. En momentos de introspección, me planteaba cambiar mi comportamiento, romper con esos hábitos destructivos, pero al regresar a mi vida cotidiana, las tentaciones siempre estaban allí, presentes, incitantes, haciendo que vacilara una y otra vez.

No supe reconocer en su momento que el éxito profesional también conlleva una carga, un peso que cada vez se hacía más difícil de sobrellevar. A medida que todo esto se desarrollaba, mi rol como padre y esposo seguía estando en el centro de mi vida. A pesar de mis errores, el amor por mi hija permanecía intacto, inquebrantable, como la única ancla que me mantenía aferrado a la realidad. Pero esa lucha entre el deseo y la responsabilidad se volvía cada vez más intensa, como

dos fuerzas opuestas que tiraban de mí en direcciones contrarias. Cada decisión que tomaba parecía tener consecuencias que se filtraban en todos los aspectos de mi vida, afectando no solo mi matrimonio, sino también mi relación conmigo mismo.

La encrucijada seguía ahí, acechando, y yo, sin respuestas claras, continuaba caminando por ese filo estrecho entre lo que quería y lo que debía hacer. Cada paso que daba dejaba huellas profundas, y en algún momento, tendría que enfrentar las consecuencias de mis decisiones.

Con el paso del tiempo, la tensión entre el deseo y la responsabilidad se volvió casi insoportable. Mi vida parecía dividida en compartimientos estancados: el padre y esposo dedicado, por un lado, y, por el otro, el hombre que se dejaba arrastrar por sus impulsos más oscuros. Esta dualidad comenzó a destrozarme por dentro. En el trabajo, seguía manteniendo la fachada de éxito, pero en mi interior, me sentía como un náufrago a la deriva, sin saber realmente hacia dónde dirigirme.

Los problemas en casa seguían creciendo. Mi esposa, cada vez más absorbida por sus compras compulsivas y su creciente deuda, se alejaba de mí tanto emocional como físicamente. Su indiferencia hacia sí misma y hacia lo que alguna vez compartimos juntos se diluía, aunque sabía que yo mismo era en gran parte el culpable de esa fractura. Aun así, cada día que pasaba me encontraba buscando una justificación para seguir

con esas escapadas, aferrado a esa falsa sensación de alivio que me proporcionaban.

Había momentos en los que me sentía sofocado, atrapado en una vida que ya no reconocía como propia. Me decía a mí mismo que esas aventuras pasajeras eran solo eso: pasajeras, insignificantes en comparación con todo lo que había logrado. Pero era una mentira que cada vez me costaba más sostener. Sabía, en el fondo, que estaba poniendo en riesgo lo más importante. Mis encuentros extramatrimoniales me ofrecían un escape temporal, sí, pero también me alejaban de la persona que yo quería ser. El abismo entre lo que aparentaba y lo que realmente sentía se hacía más profundo con cada nuevo desliz.

A medida que me hundía más en esa vida paralela, el amor por mi hija seguía siendo mi único salvavidas. Ella, con su inocencia y su risa despreocupada, era la única constante que me recordaba que aún quedaba algo de pureza en mi vida. Pero incluso eso empezó a verse amenazado. Las noches que llegaba tarde, las ausencias cada vez más frecuentes, las promesas no cumplidas... todo comenzaba a pasar factura. No era solo mi matrimonio el que se resquebrajaba, sino también mi papel como padre. Empezaba a ver el desconcierto en los ojos de mi hija, esa mirada inocente que poco a poco se teñía de dudas. ¿Qué ejemplo le estaba dando? ¿Qué imagen le estaba dejando de lo que significa ser un hombre, un esposo, un padre?

El desafío de reconciliar mis deseos personales con mis responsabilidades familiares se volvió más complejo de lo que imaginaba. La introspección y la búsqueda de un equilibrio entre lo que quería y lo que sabía que era correcto se transformaron en una constante en mi vida diaria. Cada decisión que tomaba repercutía no solo en mí, sino también en las personas que amaba, lo que hacía que la carga emocional creciera de manera insoportable.

Mi esposa, más enfocada y con una tenacidad admirable, pudo reaccionar y mantener nuestros sueños a flote. Aunque se desvió un poco de los planes que habíamos trazado juntos, pudo redireccionar su vida, incluso cuando yo me perdía en el caos de mis propios conflictos. Mientras yo me debatía en silencio, ella estaba remando por los dos. Fue ella quien tomó la iniciativa cuando vio que teníamos finalmente la estabilidad económica necesaria para agrandar nuestra familia. Sin decirme nada, dejó las pastillas y empezó a buscar ese segundo hijo que tanto habíamos soñado. Cuando finalmente quedó embarazada, me lo anunció con una mezcla de orgullo y esperanza, pero yo me quedé paralizado. Creía que ella seguía cuidándose, y la revelación de que llevaba casi un año intentando tener otro hijo me dejó completamente desconcertado.

El nuevo embarazo llegó en un momento crítico, cuando ya no sabía lo que realmente quería para mi vida. Mi existencia se dividía entre dos realidades:

un matrimonio que se desmoronaba bajo el peso de la rutina y la distancia emocional, y una relación con una compañera de trabajo que se había convertido en algo más profundo de lo que había planeado. Lo que comenzó como una escapatoria para dar rienda suelta a mis placeres carnales, se transformó en una relación intensa y adictiva, algo que nunca había esperado ni buscado conscientemente. Pero ahora, con la noticia del embarazo, ese conflicto interno se intensificó aún más. Mientras mi esposa cargaba con la esperanza de que este nuevo hijo restauraría lo que habíamos perdido, yo me debatía entre seguir fingiendo normalidad o enfrentar la realidad que me estaba consumiendo.

Con cada mes que pasaba, y a medida que su embarazo avanzaba, la distancia entre nosotros se hacía más evidente. Ya no éramos la pareja que había comenzado con sueños compartidos; éramos dos personas que se movían en direcciones opuestas. El resentimiento de heridas pasadas se filtraba en nuestras conversaciones cotidianas, y las culpas acumuladas salían a la superficie en momentos de tensión. Mis ausencias eran cada vez más difíciles de justificar, y aunque mi esposa intentaba ocultar su dolor, no podía negar que algo estaba profundamente mal.

Por otro lado, mi relación con mi compañera de trabajo, que había sido un refugio emocional, se intensificaba. Lo que al principio parecía una simple distracción ahora tenía un peso emocional que no podía

ignorar. Me sentía atraído no solo por la pasión, sino por la sensación de conexión que compartíamos. Estar con ella era un chute de adrenalina a mi vanidad de hombre que hacía tiempo no sentía, pero también incrementaba mi confusión. Sabía que no podía mantener ambas relaciones, pero me resultaba imposible tomar una decisión definitiva. ¿Cómo abandonar a mi esposa, a la madre de mis hijos, justo cuando ella más me necesitaba? ¿Y cómo renunciar a alguien que me hacía sentir vivo de nuevo?

Las presiones aumentaban, tanto dentro como fuera de casa. Mi esposa, cada vez más frustrada y cansada, notaba mis cambios de humor, mis ausencias, y aunque no hablábamos abiertamente de lo que ocurría, la tensión era palpable. Su familia, siempre observadora, comenzó a notar el deterioro de nuestro matrimonio, lo que añadía más presión a una situación ya insoportable. Además, la expectativa de tener otro hijo trajo consigo una realidad inescapable: estaba a punto de ser padre por segunda vez, y eso me ataba más aún a la vida que había construido, aunque ya no supiera si era la vida que realmente quería.

Fue entonces cuando un golpe de realidad me alcanzó de lleno. Un domingo, mientras estábamos en casa de unos amigos, mi esposa, algo cansada, y nuestra hija dormida, decidió que se iría a casa para descansar. Me pidió que me quedara un rato más si así lo deseaba. Yo, casi sin pensar, acepté. La vi marcharse

con nuestra hija medio dormida en el carro, mientras yo permanecía allí, atrapado en esa falsa normalidad.

Pero en el fondo, una idea oscura ya rondaba mi mente. Aprovechando la oportunidad de que me quedaba solo y en casa de un amigo cómplice de mis comportamientos, le pedí prestado el teléfono de su casa y llamé a mi compañera de trabajo para pedirle pasar un rato juntos en ese momento. Ella, ansiosa, casi con el mismo deseo y ganas que yo, me dijo que se alistaría rápidamente para que la recogiera. El plan estaba hecho: iríamos directamente a un hotel, sin más dilación. Así que, sin pensar en las consecuencias, salí de inmediato hacia su casa.

Todo sucedió demasiado rápido, o quizás demasiado lento, según cómo lo mire ahora. Después de recogerla y estar ya camino al hotel, un estremecimiento recorrió mi espalda: noté que un carro muy parecido al de mi esposa venía detrás de mí. Al principio, no quise creerlo. Pero al detenerme en un semáforo y mirar con más atención, no hubo dudas. Era ella. Mi esposa, con nuestra hija, justo detrás de nosotros. Pude verlas claramente. Y ellas, a mí.

El aire se volvió denso, irrespirable. Tragué la culpa como un veneno, pero traté de disimular. Fingiendo calma, di la vuelta en una esquina y dejé a mi compañera en una panadería cercana. Luego, me dirigí directamente a casa, evitando cualquier otro desvío. Al llegar, el ambiente estaba cargado de una tensión que podía

cortarse con un cuchillo. La mirada de mi esposa... No puedo olvidar su expresión. Dolor, rabia, traición. Todo en un solo gesto. Nuestra hija, aunque pequeña, ya intuía que algo no estaba bien, y aunque se quedó tranquila jugando con sus muñecas, sus ojitos expresaban una mezcla de desconcierto y temor.

Mi esposa, tratando de mantener la compostura, encendió la tele y le dijo a nuestra hija que se quedara allí, mientras nosotros «hablábamos» en el cuarto. Cuando cerramos la puerta, el silencio fue roto por sus lágrimas, por su grito sofocado. En su desesperación, me preguntó entre sollozos si era con aquella mujer con quien le estaba siendo infiel. Y luego vino la pregunta que me rompió el alma: «¿Por qué?».

Yo, ya descubierto, no tuve otra opción que confesar. Sentí asco de mí mismo, de mis decisiones, de todo. Ella, con su vientre abultado por el embarazo, se desmoronó frente a mí. Sus lágrimas parecían infinitas, y en ese mar de llanto, le supliqué que me perdonara, que intentáramos hablar con calma. Pero ella no quería escuchar, no podía. En su frustración, solo pensaba en irse de casa, a donde su madre, llevándose a nuestra hija.

Me planté frente a la puerta de la habitación; no quería que saliera en ese estado. No podía permitir que nuestra hija la viera así, rota. Intenté abrazarla, contenerla, pero ella me rechazaba con la misma intensidad que el dolor que sentía. Sin embargo, no la solté. La

mantuve entre mis brazos hasta que, poco a poco, su furia se transformó en cansancio. Y entonces, en medio de ese torbellino de emociones, por fin pudimos hablar.

Nos sentamos en el borde de la cama, sin mirarnos, como si el peso del aire entre nosotros fuera demasiado denso. Sabía que el dolor de ella iba mucho más allá de la rabia; era el vacío que la traición dejaba, una sensación de que todo lo que habíamos construido podía desmoronarse en un instante.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, su voz ya quebrada, como si la respuesta que esperaba nunca fuera suficiente para curar la herida que le había causado.

Yo no tenía palabras que pudieran arreglar nada. Solo tenía la verdad, cruda y miserable. Sabía que cuanto más intentara justificar lo injustificable, más se rompería algo entre nosotros. Así que me limité a decir lo que era cierto, aunque doliera. Le confesé todo. Cada detalle.

Ella me miró, y sus ojos ya no estaban llenos de ira, sino de una tristeza que dolía más que cualquier grito. Su mano, temblorosa, acarició su vientre, como buscando en él la fuerza para seguir adelante, para encontrar algún consuelo en ese pequeño ser que crecía dentro de ella.

—Estamos bien —susurró, como si se lo dijera a sí misma o a nuestro hijo, intentando convencerse de que aún había algo que salvar. Pero sus palabras

sonaban frágiles, como si fueran a quebrarse en cualquier momento.

El silencio que siguió fue como un abismo. Sentía su dolor como un puñal que se hundía cada vez más. Sabía que había destrozado algo sagrado, algo que nunca volvería a ser igual.

Intenté acercarme, poner mi mano sobre la suya, pero la retiró con una delicadeza que dolió más que cualquier rechazo violento. No había odio en sus gestos, solo una profunda decepción que me dejó sin aire.

—No sé si podré perdonarte —dijo al fin, con la voz rota—. No sé si quiero hacerlo.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, pesadas. Yo, sentado frente a ella, sentía que cualquier cosa que dijera sería inútil. Había destruido algo que quizás no podría reconstruir nunca.

Al final, no la retuve más. Sabía que mi abrazo no bastaría para sanar sus heridas. Se fue al baño, cerrando la puerta tras de sí con un silencio aplastante. Yo me quedé allí, solo, en esa habitación que de repente parecía enorme, vacía. Afuera, nuestra hija seguía frente al televisor, pero su presencia inocente se sentía lejana, como si entre ella y yo también se hubiera abierto una distancia imposible de salvar.

El reloj avanzaba, y cada segundo era una losa de culpa que caía sobre mí. Al salir del baño, sus ojos aún brillaban por el llanto. Me miró directamente, y su pregunta fue tan afilada como inevitable:

—¿Qué vas a hacer? ¿Te quieres ir con ella? ¿Ya está todo acabado entre nosotros? Dime, para saber qué haré yo.

Cada una de sus palabras caía como un martillo sobre mi conciencia. En ese momento, sentí el temor de perderlo todo, de que no hubiera vuelta atrás. El miedo me asfixiaba, pero también me hacía ver con una claridad brutal. Le dije que acabaría con aquello inmediatamente, que no quería perderlas a ellas, que arreglaría lo que estaba roto dentro de mí. Le confesé ese vacío que a veces me ahogaba, esa sensación de estar perdido sin entender por qué, y que mi adicción a esa adrenalina torcida del sexo como escape, era lo que me hacía sentir vivo. Y, sin embargo, reconocí lo enfermo que estaba con eso.

Le pedí tiempo, tiempo para arreglar lo que estaba mal en mí, y le supliqué que no me dejara, que se quedara a mi lado, ustedes dos son la única familia que tengo yo aquí, no me dejes le pedí.

—Has sido el amor de mi vida —le dije con la voz quebrada—. Llegué aquí sin nada, y me ha costado tanto construir todo esto contigo. No sé por qué hemos llegado hasta aquí, o por qué he hecho lo que he hecho, pero te prometo que lo descubriré y lo arreglaré... siempre que estés conmigo, que sigamos juntos y me ayudes a cruzar este infierno.

Ella me miró, y detrás de su dolor, aún brillaba ese amor incondicional que siempre me había dado.

—Estaré contigo —dijo—, hasta que tú así lo quieras. Mi amor no es mezquino. Si tú me deseas a tu lado, estaré aquí. Pero quiero que sepas algo: mi mayor deseo es que seas feliz, aunque eso no sea conmigo.

Sus palabras atravesaron mi corazón de una manera que no esperaba. No había rabia ni reproches en su voz, solo una ternura que me desgarraba el alma. Yo, quebrado, lloré. Y entre lágrimas, nos abrazamos, compartiendo un dolor profundo, pero también un entendimiento nuevo. Lloramos juntos, en ese pequeño rincón donde lo perdido y lo encontrado se mezclaban, en ese abrazo sentí algo que me devolvió una esperanza que ya creía muerta.

Con el tiempo, el llanto se fue calmando, y finalmente, cuando nuestros semblantes fueron recuperando algo de paz, nos recostamos, aún abrazados. No hablamos más por un rato. Las palabras ya no eran necesarias.

Después de un tiempo que se sintió eterno y, a la vez, breve, salimos del cuarto. Allí estaba nuestra hija, inmersa en sus comiquitas, ajena a la tormenta emocional que habíamos vivido. Nos sentamos a su lado, y los tres juntos, en ese acto cotidiano y sencillo, seguimos viendo la televisión. Por un instante, el mundo parecía haberse detenido. Y en medio de esa pequeña escena familiar, sentí que algo, quizá muy pequeño, aún podía salvarse.

La decisión de poner fin a estas relaciones paralelas y enfrentar la realidad de mi matrimonio y la nueva vida que estaba esperando con mi esposa había sido mi decisión. A pesar de los esfuerzos por mejorar nuestra relación, era evidente que los cambios necesarios para salvar nuestro matrimonio a mí me estaban costando mucho, así que tuve que buscar ayuda profesional y empezar a ir a una terapia con otras personas con el mismo problema que yo.

El desafío de reconciliar mis deseos personales con mis responsabilidades familiares se volvió más complejo de lo que imaginaba. La introspección y la búsqueda de equilibrio entre lo que quería y lo que sabía que era correcto se transformaron en una constante en mi vida diaria. Cada decisión que tomaba repercutía no solo en mí, sino también en las personas que amaba, lo que hacía que la carga emocional creciera de manera insoportable. Fue un trabajo duro durante varias semanas, pero a los tres meses ya había mejorado mucho y veía que sí lo podía superar.

El cambio en nuestra vida familiar fue drástico, pero también se convirtió en el catalizador que necesitábamos para encontrar un nuevo equilibrio. Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, y la verdad es que en mi caso fue así. Hubo un momento en que todo parecía perdido o, al menos, yo estaba perdido, pero, como siempre, el amor de mi esposa y mi hija me volvieron a guiar al camino correcto.

El tiempo, sin embargo, tenía sus planes. La vida nos regaló un motivo más de alegría: nuestro hijo nació en el mismo mes que nuestra hija, ambos en febrero. Él el once, ella el quince. Tener a la «parejita» que tanto habíamos soñado y que llegaran casi al mismo tiempo, con solo ocho años de diferencia entre ellos, fue como si el destino jugara a darnos pequeños milagros. Lo que una vez fueron solo anhelos difusos ahora eran realidades que podía besar, abrazar y proteger. Mi familia estaba completa. Tenía un buen trabajo, un hogar lleno de amor y la estabilidad que tanto necesitábamos.

Sin embargo, dentro de mí persistía ese deseo profundo que nunca había desaparecido del todo: ser empresario, ser independiente. Crear empleos y oportunidades, como aquellos hombres que admiraba en mi infancia, en mi pequeño pueblo natal, cuando apenas tenía ocho años. Eran imágenes de grandeza que habían marcado mi vida desde entonces, sueños que, aunque parecía que ya lo tenía todo, seguían ahí, recordándome que aún había algo más por lograr, una cima más alta por escalar.

A veces, cuando todos dormían, me encontraba a mí mismo soñando despierto. Me imaginaba caminando por una fábrica, saludando a la gente de mi propio negocio. Era como si una parte de mí viviera en ese futuro, mientras la otra permanecía anclada al presente. Y aunque el miedo de arriesgarme me detenía, sabía que era cuestión de tiempo antes de que diera el salto.

Pero el tiempo y el destino siempre tienen su ritmo. La empresa donde trabajaban mi esposa y su madre quebró; todo se desmoronó de la noche a la mañana. Diez años de esfuerzo y dedicación desaparecieron de repente, dejándola sin trabajo, sin ingresos y con algunas deudas aún acumuladas de esos tiempos difíciles. Al principio, sentí que el peso de todo recaía sobre mis hombros, pero a medida que los días pasaban, me di cuenta de que esta crisis, en lugar de hundirnos, nos estaba ofreciendo una oportunidad para recomenzar.

Mi esposa, lejos de caer en el abatimiento, mostró una fortaleza que no había visto en años. Se adaptó rápidamente a la nueva realidad, enfocándose en reorganizar nuestras finanzas y buscando cómo hacer que las cosas funcionaran en casa. Su madre, jubilada y bastante lejos del día a día en nuestras vidas, decidió izar definitivamente la bandera blanca y ayudarnos a cuidar a los niños, aligerando la carga que habíamos estado llevando. Esta nueva dinámica, aunque forzada por las circunstancias, nos permitió reconectar como pareja y como familia.

Por mi parte, dejé aparcado a un lado mis ambiciones de emprender y de salir tanto, reduciendo los encuentros sociales que antes habían servido como excusa para escapar de los problemas en casa. Empecé a enfocarme más en ahorrar y en asegurar un futuro más estable para mi familia. El trabajo, que antes me parecía una fuente de estrés, se convirtió en una vía para

construir algo más sólido. La quiebra de la empresa me enseñó lo frágil que puede ser todo lo que damos por sentado y me impulsó a valorar lo que realmente importaba: mi familia y el esfuerzo por mantenernos unidos.

Las tentaciones ese fruto prohibido que me incitaba a pecar seguían ahí, claro, pero el proceso de terapia y esta nueva realidad me hizo reafirmar el compromiso que había tomado de ser honesto conmigo mismo, todo esto me ratificaba lo que ya tenía que entender, que esas aventuras pasajeras nunca iban a llenar el vacío que sentía. Era algo que aun siendo consiente de eso no lograba librarme de él. Sabía que lo que realmente me daba paz, lo que me permitía seguir adelante, era saber que estaba trabajando por algo real y duradero.

Poco a poco, los problemas que habíamos arrastrado durante tanto tiempo empezaron a resolverse. No fue fácil, y hubo días en los que me preguntaba si realmente sería capaz de seguir adelante, pero cada pequeño paso hacia la reconciliación era una victoria.

La nueva situación también trajo algo inesperado: más tiempo para estar juntos. Sin la obligación diaria de salir a trabajar, mi esposa y yo comenzamos a pasar más tiempo en casa, compartiendo tareas, cuidando a nuestros hijos y simplemente hablando, algo que habíamos dejado de hacer hacía unos años. Las largas conversaciones nocturnas que habíamos perdido en el caos de la rutina de la productividad y las responsabilidades

volvieron a ser parte de nuestras vidas. Redescubrimos aspectos de nosotros mismos que habíamos olvidado y, con ello, poco a poco, también renació el cariño que había quedado enterrado bajo el peso de la ambición y la vana gloria de la vida.

El embarazo de nuestro hijo, que al principio había representado una fuente de presión en un momento de fragilidad, se convirtió en una oportunidad para recomenzar. Cuando lo veía dormir en su cuna o reírse con su hermana mayor, entendía que esos momentos eran el verdadero motivo por el que luchaba. No por las aventuras fugaces ni por el placer momentáneo, sino por el futuro que estábamos construyendo juntos.

Las dificultades no desaparecieron de un día para otro, y aún teníamos mucho por resolver, pero habíamos dado el paso más importante: reconocernos como una familia, con nuestras debilidades, pero también con una fortaleza renovada. La quiebra de la empresa fue un golpe duro, pero, al final, se convirtió en el impulso que necesitábamos para reordenar nuestras prioridades. Nos mostró que, aunque a veces el mundo a nuestro alrededor puede colapsar, si tenemos la voluntad de cambiar y el amor para sostenernos, siempre podemos salir adelante.

La vida, con sus altibajos, nos empuja a enfrentar desafíos que muchas veces nos parecen insuperables, pero también nos ofrece segundas oportunidades. Y en nuestro caso, fue esa crisis inesperada la que nos

hizo reevaluar todo y entender que lo más importante no es lo que perdemos, sino lo que esas pérdidas traen de regalo y lo que elegimos construir juntos.

Con el tiempo, la rutina se fue transformando en algo más saludable. Los antiguos hábitos, que nos habían alejado tanto, fueron dando paso a nuevas dinámicas más conscientes, más orientadas al bienestar común. El dinero, que antes parecía ser un problema constante, ahora dejaba de ser una fuente de tensión y pasaba a ser una herramienta para fortalecer nuestra familia. Mi esposa y yo comenzamos a hablar más sobre nuestros sueños y aspiraciones, algo que, ante todo lo que habíamos atravesado, había quedado relegado a las sombras del cansancio diario.

La relación con mis hijos también se fortaleció. Con la llegada de nuestro hijo varón, sentí una renovada responsabilidad como padre, algo que, en medio de todo lo que había ocurrido, parecía haber quedado difuso. Estaba allí, en cada sonrisa, en cada mirada curiosa de mi hija mayor y en las risas de mi hijo pequeño, recordando lo afortunado que era al poder ser parte activa de sus vidas. Mi amor por ellos era más profundo que nunca. Quería ser el ejemplo de integridad, de esfuerzo y, sobre todo, de redención. Sabía que, aunque aún había mucho que resolver dentro de mí, al menos ahora tenía la experiencia, una razón poderosa para cambiar y mejorar.

El proceso de sanación, tanto personal como en pareja, no fue lineal. Hubo momentos de tensión, de dudas, de miedo al futuro, pero también hubo momentos de intimidad real, de apoyo mutuo, de pequeños logros que nos hacían sentir que, a pesar de las sombras del pasado, había luz al final del túnel. Mi esposa, con su persistente fortaleza, continuó demostrando que, a pesar de los daños que habíamos sufrido, su amor por mí y por nuestra familia seguía intacto. Y yo le debía tanto por la paciencia y el empeño con los que me acompañaba en este viaje de reconstrucción.

Había aprendido que el verdadero valor no se encontraba en el dinero o en los placeres momentáneos, sino en la capacidad de amar y ser amado, en la autenticidad de una relación construida con esfuerzo y con vulnerabilidad. Las pruebas de la vida nos habían mostrado nuestras debilidades, pero también nuestras fortalezas. Y ya no estaba dispuesto a perderlas.

A lo largo de ese proceso, fui tomando conciencia de que la vida no siempre da segundas oportunidades y que, cuando uno tiene la suerte de recibirlas, es crucial saber aprovecharlas. Aprendí que mis errores no definían mi futuro, sino las decisiones que tomara a partir de ese momento. Y eso me dio una renovada esperanza.

Los meses fueron pasando y, aunque no todo era perfecto, comenzamos a vivir con una paz que antes nos era ajena. Aprendí a valorar más a mi esposa, a

mis hijos y, sobre todo, a mí mismo. A veces, lo que necesitamos para salir de la tormenta es dejar de huir y empezar a enfrentarnos a lo que nos está esperando, sin más máscaras ni mentiras. La honestidad y la vulnerabilidad fueron las claves que nos permitieron recomenzar de nuevo.

La estabilidad que habíamos logrado no era solo una cuestión de dinero o trabajo, sino una cuestión emocional y afectiva. Ya no éramos dos personas intentando sobrevivir, sino un equipo que, aunque imperfecto, había aprendido a luchar juntos por un futuro mejor. Sabíamos que el camino no estaría exento de desafíos, pero ahora estábamos mejor preparados para enfrentarlos, con las cicatrices del pasado como testigos de nuestra evolución.

Así, la vida nos enseñó que las segundas oportunidades no siempre vienen envueltas en regalos o soluciones fáciles. A veces, vienen con lecciones duras, con cambios dolorosos, pero también con la posibilidad de renacer. Y fue en ese renacer donde, por fin, encontramos nuestra verdadera fortaleza.

Finalmente, encontramos la paz después de todo. Las lecciones aprendidas nos llevaron a madurar, a comprender mejor el poder del dinero y su influencia en nuestras vidas. El éxito nos había tomado por sorpresa, inexpertos y vulnerables, pero gracias a esa experiencia llegamos a entender cómo nos descuidamos, cómo estuvimos al borde de perder lo realmente

valioso. En mí nació un compromiso sincero de cambiar, mientras ella, con su fortaleza inquebrantable, ya estaba cumpliendo con lo que le correspondía. A su manera, ambos renacimos.

Esta nueva estabilidad me dio el impulso necesario para considerar seriamente lo que llevaba tiempo en mi corazón: montar mi propia empresa, trabajar para mí. Lo hablé con mi esposa. Al principio, su reacción fue una mezcla de incredulidad y preocupación. «¿Estás loco?», me preguntó, recordándome que ella estaba sin trabajo, que vivíamos únicamente de mi salario y que, además, ya teníamos otro hijo y más responsabilidades. La incertidumbre nos rodeaba, y la seguridad parecía el único camino. Me pidió que no lo hiciera. Viendo la realidad, comprendí que podría no ser el momento adecuado. Así que decidí esperar, aunque dentro de mí ese sueño nunca dejó de arder.

Cuando mi hijo cumplió su primer añito y mi niña sus nueve, la inquietud en mi pecho ya era insoportable. Una tarde, mientras observaba cómo él jugaba con su hermana, recibí una llamada de un amigo para que le asesorara en una obra que quería hacer, entonces lo supe con certeza: había llegado el momento. Le dije a mi esposa que sentía que las oportunidades se estaban abriendo ante mí, y no quería dejarlas pasar. «He esperado, como me pediste», le dije, «pero creo que ahora es el tiempo. Tenemos algunos ahorros, y siento que, si no lo hago ahora, nunca lo haré». Ella

me miró, con algo de miedo en sus ojos, pero también con la comprensión de quien comparte tus sueños más profundos.

Mi esposa siempre ha sido mi ancla y mi brújula. Aunque el miedo la invadía, veía en sus ojos el mismo anhelo de algo más, la misma chispa de sueños que se niegan a morir. Con un suspiro profundo, me dejó dar ese paso. Así, finalmente, comencé mi propia empresa.

Esperar había sido como sembrar en la primavera: no veía el fruto, pero sabía que, bajo la superficie, la semilla se preparaba para brotar. Y ahora, con su apoyo y la convicción de que era el momento adecuado, di el salto. Fue el comienzo de algo grande, no solo para mí, sino para nosotros como familia. Porque cada paso que di, lo di sabiendo que a mi lado había más que un sueño personal: había una vida compartida, un futuro que construir juntos.

Pasamos alrededor de ocho meses en los que gastábamos más dinero del que entraba. Aunque generaba facturas, los pagos grandes tardaban en llegar. Fue en ese momento cuando supe que este nuevo nivel también traía sus propios retos y complicaciones. Pero, a pesar de todo, nunca perdí la fe. Cada vez que miraba hacia atrás, veía cómo había llegado sin nada y cómo, paso a paso, había construido lo que hoy tenía. Todo había sido posible por perseguir mis sueños y creer firmemente que lo lograría. Sabía que cada reto podría ser más duro, más desafiante, pero en esos momentos

de incertidumbre, flaquear no era una opción. La persistencia y la disciplina ya formaban parte de mis valores y principios. Así que, aunque con algo de temor, seguí adelante. Y, gracias a Dios, después de ocho largos meses, el dinero comenzó a fluir, y no se detuvo más.

Un año después de haberme independizado, me encontraba en un nivel completamente distinto. Mis sueños, todos esos que alguna vez parecieron inalcanzables, se habían hecho realidad. Mi esposa, ahora más tranquila, me ayudaba en casa mientras yo, con la misma determinación de siempre, seguía comiéndome el mundo, como siempre lo había hecho.

Durante ese tiempo, mientras ella buscaba trabajo, mi empresa seguía creciendo. Mi esposa comenzó a involucrarse más en el negocio, haciéndolo también suyo. El país estaba pasando por una época convulsa, con muchos cambios e inestabilidad, pero eso no nos detuvo. A través de un familiar cercano, surgió la posibilidad de trabajar con el nuevo gobierno. Como ya mi empresa estaba consolidada, aceptamos el reto. Ella, desde casa, se encargaba de los contratos y la administración, mientras yo ejecutaba las obras. Mientras el país se desmoronaba a nuestro alrededor, nosotros cada día prosperábamos más, con más trabajo y nuevas oportunidades. Fue un tiempo de florecimiento exponencial, aunque en el fondo sabíamos que el futuro del país era incierto, y no sabíamos cuánto duraría aquella bonanza.

Con el crecimiento de la empresa, también comenzaron a crecer nuestras necesidades. El espacio en el que vivíamos ya no era suficiente. Siempre había soñado con una casa independiente, alejada del bullicio de los vecinos, con espacio para crecer tanto en lo personal como en lo profesional. Las reuniones de la junta de propietarios, en las que nunca nos poníamos de acuerdo, me habían agotado. Quería independencia en todos los sentidos. Así que propuse la idea a mi esposa: construir nuestra propia casa. Ella, sin embargo, prefería un apartamento más grande, más cómodo. Después de muchos debates, fue la casa la que ganó. Y como ya éramos cuatro en la familia, la decisión se tomó en equipo. Nuestra hija, con sus diez añitos, también opinaba y, a menudo, rompía los empates con su voto, mientras mi hijo, en su adoración hacia mí, siempre votaba lo que yo quería.

Con esa complicidad familiar, comenzamos la construcción. Tardamos un año en terminarla, un año de decisiones compartidas, de sueños dibujados en planos y, finalmente, hechos realidad en ladrillos. Una vez mudados, con mucho más espacio, más independencia y lejos del ruido de la ciudad, encontré una tranquilidad que hacía tiempo anhelaba. Cada uno tenía su propio espacio, su propio rincón. Y, aunque estábamos un poco alejados de todo el mundo, esa distancia me hacía sentir más en paz.

Después de tres años trabajando sin parar, comenzamos a pensar en un plan B por si todo eso terminaba. Sin embargo, teniendo a los niños pequeños, no era tan dramático tener que irnos del país, especialmente mientras hacíamos dinero. Nos quedamos tranquilos y viajábamos de vacaciones a posibles destinos donde pudiéramos mudarnos sin problemas.

Con nuestros hijos ya crecidos, finalmente decidimos realizar el tan esperado viaje a Disney y los Estados Unidos. Nunca habíamos ido ni conocíamos el país. Alguna vez lo habíamos contemplado, pero preferimos esperar a que los niños fueran mayores para que pudieran disfrutarlo plenamente. Ahora parecía el momento adecuado: podíamos evaluar con calma las opciones de destino. Nos sacamos la visa y partimos hacia Orlando, listos para descubrir todo lo que ese lugar tenía para ofrecer.

El viaje estuvo lleno de expectativas. Nuestra hija, ya con dieciséis años, y nuestro hijo, con ocho, estaban en la edad perfecta para disfrutar de los parques y sus incontables aventuras. Todos nos sentíamos como niños otra vez, contagiados por la emoción de estar allí. A mí me embargaba una felicidad inmensa; mis expectativas eran enormes. Mi esposa, aunque ansiosa y preocupada por los itinerarios, los alojamientos y la duración del viaje, también compartía la emoción del momento.

Llegamos a Orlando en octubre, ya que nos habían advertido de evitar el verano, pues las multitudes en los parques harían imposible disfrutarlo plenamente. Seguimos el consejo y, efectivamente, en ese mes la afluencia de gente era moderada, permitiéndonos disfrutar de la experiencia sin agobios.

El primer día, mientras conducíamos el auto que habíamos alquilado en el aeropuerto camino a Disney, todo comenzó a sentirse diferente. Las calles, los letreros, el aire mismo, parecían distintos. Nos dejamos llevar por la emoción mientras admirábamos lo hermoso que se veía todo. Al llegar a Disney, tuvimos que cruzar un lago en un barco de ruedas, como los antiguos del Mississippi. A lo lejos, se alzaba el imponente castillo de Blanca Nieves, un destello de magia que nos dejó a todos boquiabiertos.

Estábamos sobrecogidos por la maravilla que el ser humano había construido. Había niños por todas partes, y adultos que, como nosotros, no podían dejar de asombrarse. Al llegar al otro lado del lago, nos encontramos con esa ciudad hecha de sueños y colores. Nuestros hijos, felices y maravillados, no podían contener su alegría. Recorrimos el parque y nos subimos a muchas atracciones. Ellos, incansables, repitieron varias. Yo, con el estómago revuelto por las montañas rusas, preferí tomarme las cosas con más calma para no marearme. Mi esposa, igual que yo, decidió no forzar el

cuerpo, mientras los niños, llenos de energía, recorrían el parque por su cuenta.

Al caer la noche, el parque nos sorprendió con un espectáculo final de luces y fuegos artificiales. Ese despliegue de colores me hizo recordar a mi madre, a las fiestas del pueblo donde los cohetes de luces iluminaban el cielo, algo que a ella siempre le fascinaba. En ese instante de felicidad, le dediqué esos fuegos artificiales con el corazón lleno de gratitud, confiando en que, de alguna manera, esa energía alcanzaría el cielo donde ella se encontraba.

Pasamos tres días inmersos en los parques de Disney World y Universal Studios. En Universal, mi hija se volvió loca con la ciudad que habían creado allí dentro y mi hijo con la adrenalina de las atracciones más fuertes que había allí. Había una montaña rusa gigante, súper fuerte, a la cual ni mi esposa ni yo nos subimos, y otra que nos ponía de cabeza mientras giraba a alta velocidad. La atracción era nueva y tuvimos la suerte de verla en su primer año de inauguración. Todo fue mágico. Cada noche, agotados por el cansancio, caíamos rendidos en la cama del hotel, durmiendo profundamente hasta el día siguiente.

Después de los parques, comenzamos a explorar la ciudad. Visitamos a algunos amigos que ya vivían allí y aprovechamos para evaluar las posibilidades y la economía que necesitaríamos si alguna vez decidíamos vivir en Estados Unidos. Recibimos muchas opiniones

diversas, pero logramos formar nuestra propia perspectiva. Sin embargo, aunque nuestros planes incluían regresar cada año para disfrutar de la ciudad y su dinámica, este primer viaje fue como un aperitivo que nos dejó encantados. Todos lo disfrutamos muchísimo.

El año siguiente, decidimos viajar a España, a mi tierra natal, Galicia. Nos alojamos en la casa de mis padres, que mi hermana mayor había cuidado con esmero y la mantenía en excelente estado. Sin embargo, para mis hijos, la idea de quedarse en un pequeño pueblo y en una casa antigua, aunque bien conservada, no les resultó tan emocionante. El contraste con la experiencia vivida el año anterior en Estados Unidos los impactó profundamente; además, creo que venían con expectativas muy altas, que se desvanecieron de repente.

Al día siguiente, conocieron a gran parte de la familia, incluidos mis sobrinos, algunos de ellos de edades similares a las de mis hijos. Poco a poco, comenzaron a sentirse más cómodos y abiertos a disfrutar del viaje. Mi hija, en especial, se unió rápidamente a dos de mis sobrinas y juntas se escapaban a las fiestas y discotecas de Vigo, una ciudad cercana a Redondela, el pueblo donde estábamos. Mi hijo, por su parte, pasaba horas jugando a los video juegos con tres de mis sobrinos. Mientras ellos se entretenían, mi esposa y yo aprovechamos para ponernos al día con mis hermanos, planeando salidas y viajes para redescubrir cómo estaba todo después de tantos años. La última vez que

habíamos estado allí había sido hacía casi dieciocho años, y todo había cambiado muchísimo, para bien, gracias a Dios.

Mi hermano menor nos prestó un coche, y durante la semana recorrimos toda Galicia. Les mostré lugares que yo había visto cuando era joven y otros que visité junto a mi esposa cuando vinimos de luna de miel. Al salir del pueblo y ver sitios más modernos y actuales, mi hija comenzó a animarse más y a interesarse en la idea de quedarse en España. Los fines de semana, junto con mis hermanos y sus familias, recorríamos otros lugares, y nos alentaban a considerar la posibilidad de mudarnos allí. Disfrutamos mucho de esos momentos en familia, y mi esposa y yo comenzamos a convencernos de que quizás España podría ser una mejor opción que Estados Unidos.

Sin embargo, yo recordaba el frío y la humedad de Galicia, algo que siempre me había costado soportar, y no podía evitar resistirme a la idea de volver a vivir en ese clima. Entonces, le sugerí a mi esposa que bajáramos a Valencia y Alicante para ver cómo era el sur de España, ya que nunca habíamos estado por esa zona y queríamos explorar todas las opciones.

Tomamos un vuelo un lunes, con la idea de regresar el viernes para poder pasar el fin de semana con la familia, ya que durante la semana les resultaba difícil. Al llegar a Valencia, nos sorprendió lo agradable del clima y la luminosidad del sol. Las playas eran preciosas,

de fácil acceso, y todo estaba muy bien comunicado. Decidimos alquilar un coche para aprovechar al máximo esos cinco días y explorar la ciudad. Valencia resultó ser encantadora, con un clima que me recordaba mucho al de Venezuela. Me preguntaba cómo es que nunca había conocido este lugar antes. Mi hija, por su parte, quedó completamente convencida de que quería mudarse allí una vez terminara la universidad. A mi hijo le gustó también, aunque no le importaba mucho si era en Galicia o en Valencia.

También visitamos Alicante, que nos pareció más dinámica, aunque mi hija seguía sintiéndose más atraída por Valencia. Pasamos dos días en Alicante y los otros tres en Valencia, evaluando precios de apartamentos y zonas para hacer cuentas y planificar con mayor precisión. Sabíamos que la comida era mucho más económica y de mejor calidad que en Estados Unidos, pero aún quedaban otros factores por estudiar.

Regresamos a Galicia ese fin de semana, y el resto del tiempo lo dedicamos a seguir evaluando nuestras opciones con la ayuda de mis hermanos. Aunque un poco tristes porque no queríamos quedarnos en Galicia, se alegraban de saber que al menos estaríamos mucho más cerca que ahora. Así, con esta nueva perspectiva, volvimos a nuestra rutina en Venezuela, con la mente llena de información y opciones para sopesar antes de tomar una decisión definitiva.

Ya teníamos dos opciones evaluadas, pero España, por la facilidad de los papeles y el idioma, era la más atractiva, además de que yo tenía esa nacionalidad y mi familia estaba allá. La otra opción era Estados Unidos, que nos gustaba más y con la que sentíamos más identidad y similitud de vida. Además, muchos conocidos ya se habían ido para allá. Pero teníamos que tramitar una cantidad de papeles para poder estar legalmente allí, y eso requería tiempo y mucho dinero, así que España era la opción más viable y realista.

Evaluábamos y disfrutábamos de ambas opciones cada vez que íbamos, sin decidir nada. Una vez de vuelta en el país y en el día a día, me enfoqué en mantener estable a mi familia y buscar la mejor opción para mis hijos y su futuro.

El sexo siempre ha sido una parte fundamental de mi vida, algo que me gustaba muchísimo. Hacía grandes esfuerzos para resistir las tentaciones diarias. Con el pasar del tiempo, los ciclos de las pruebas se repiten, y más cuando no han sido realmente superados. Entonces, volvió a pasar: conocí a una chica en una de las obras. A primera vista, me deslumbró y me atrajo tanto que hasta me puse nervioso al conocerla. Era una rubia súper bella y muy simpática. Al poco rato de hablar con ella, ya sentía que me había enamorado otra vez. Ella también parecía haberme encontrado atractivo y, como estaba trabajando como arquitecta en la obra, tenía que verla y tratar con ella a diario. Nos

intercambiamos los e-mail (Messenger) y comenzamos a conversar bastante, era la nueva tecnología que había para comunicarse con bastante privacidad y que al mezclarla con el trabajo nos permitió ir conociéndonos poco a poco.

Una tarde, mientras tomábamos un café en la obra, ella me preguntó si tenía novia o estaba casado. No sabía qué responder, pero lo mejor era decir la verdad porque, de alguna forma, ella terminaría enterándose. Así que le dije que era casado y que tenía dos hijos. Ella hizo un gesto de desilusión, y yo uno de lamento, ya que toda la ilusión que me había hecho con ella se diluyó con esa respuesta. Sabía que le había gustado y que, además, le caía bien, pero después de eso creí que nada pasaría.

Al principio, hubo una distancia que ella misma marcó y yo respeté, pero el día a día decidió lo contrario en poco tiempo. La confianza creció y la amistad se volvió más cercana. Una tarde, estando en la obra, que era en una urbanización frente a la playa, nos pusimos a caminar y terminamos acostados en la arena, devorándonos a besos. Me dijo que le gustaba mucho y que desde que me vio quería hacer eso. Yo le dije que sentí lo mismo desde ese día. Caía la tarde y le hice el amor allí mismo, una y otra vez. Siendo ya de noche, nos metimos al mar desnudos y continuamos haciéndolo. Era espectacular, y ella me había gustado como nadie antes. Estaba derretido por ella, y hacerle el amor y sentirla

me habían enganchado aún más. Salimos y nos fuimos cada uno a su casa. En la mía, me inventé una reunión que se había alargado hasta tarde. Entré rápido al baño y tuve mucho cuidado con la arena de playa que tenía pegada al cuerpo. Era la primera vez que me cuidaba tanto de que no me descubrieran. Tenía varios años siendo fiel y lejos de estas situaciones, pero no quería que eso se acabara. No sé por qué se me había metido tan dentro de la cabeza, pero no quería terminarlo.

Al día siguiente, ella y yo hablamos de lo que había pasado. Me confesó que lo disfrutó mucho y que realmente le había gustado. Sentía que se había enamorado de mí. Gratamente sorprendido, le dije que me había pasado lo mismo y que no quería que se terminara, a lo que ella también estuvo de acuerdo. Sin embargo, como yo era casado, me propuso que siguiéramos viéndonos y que, una vez que la pasión disminuyera, evaluáramos qué seguía pasando. No debíamos tomar decisiones precipitadas, sino esperar y ver qué ocurría. Me dijo que no quería ser responsable de acabar con un matrimonio, pero que, si era por amor verdadero, estaría dispuesta a hacerlo, siempre y cuando yo sintiera lo mismo, yo quería seguir saliendo con ella porque lo disfrutaba y era bellísima pero no me estaba planteando en ningún momento dejar mi familia por nadie, su propuesta me gustaba y era sensata y además me permitía seguir estando con ella.

Así quedamos. Nos veíamos cada día y, cada día, hacíamos el amor: en la playa, en el carro y en su casa cuando estaba sola. Ella venía de otra ciudad y compartía un apartamento con una compañera de piso que también trabajaba en la misma empresa para la que yo realizaba las obras. Nadie se enteró de lo nuestro. Cuando ella retornaba a su ciudad, yo me inventaba algo y pasaba unos días con ella en un hotel de su ciudad de origen. Nadie lo sabía, ni su familia ni nuestros amigos. Solo era entre ella y yo.

Pasaron unos meses así hasta que terminó el proyecto y a ella no le renovaron el contrato. Desde entonces, solo podíamos vernos si yo viajaba a la ciudad donde ella vivía, lo cual no era sencillo y requería tomar un avión cada vez que iba. La situación se complicó, y las comunicaciones, que antes eran diarias, se volvieron esporádicas. No sabía si me había enamorado de esa mujer, pero parecía que el destino me volvía a tentar y me lo ponía fácil. Siempre había creído que las cosas debían ser fáciles y, si se complicaban, era por alguna razón. En menos de tres meses desde que terminó el proyecto, dejamos de vernos. Ya no iba ni ella venía. Las conexiones y comunicaciones dejaron de ser esporádicas y se desvanecieron hasta no haber ninguna en mucho tiempo. Todo terminó, y yo seguía con mi esposa y mi familia en casa. Me di cuenta de que, aunque me enamoré, solo fue pasión y deslumbramiento. También me hizo reconocer que mi problema del vacío

y el sexo no los había superado aún. Esta vez, con la cabeza más clara y la experiencia vivida, sé que nunca hubiera destruido lo que tenía en casa, y gracias a Dios lo entendí a tiempo, sin cometer ninguna otra locura.

Había pasado el tiempo, y ya cumplíamos treinta años de casados. Habíamos vivido tantas experiencias juntos, superando situaciones difíciles e inesperadas. Parecía que nada podría romper esa unión.

Durante unas vacaciones en España, tomamos la decisión de comprar una propiedad allí para que, cuando nuestra hija terminara la universidad, pudiera abrirse camino en ese país. La situación en nuestro país no se veía alentadora si no todo lo contrario, los políticos se habían vuelto descaradamente insoportables; hubo en ese tiempo unas manifestaciones con desmedida salvajada de la gente que salió a las calles a saquear los comercios en protesta por el triunfo de un presidente, fueron unos días de pánico y desespero además de una gran cantidad de muertos, a eso le llamaron el Caracazo, algo muy horrible que dejó una marca profunda en las personas de este país.

Nosotros a pesar de tener dinero y una posición privilegiada, no podíamos disfrutarlo debidamente. La inseguridad era espantosa, y nuestros hijos querían salir y disfrutar con sus amigos como cualquier joven de su edad, lo cual nos mantenía en constante preocupación desde que salían hasta que volvían a casa.

Además, las oportunidades de trabajo habían disminuido y no estábamos ganando tanto dinero como antes. Así que les dije a mis hijos que, al terminar mi hija la universidad y mi hijo el bachillerato, nos iríamos a España. Les pedí que trataran de no salir tanto o que me permitieran llevarlos y recogerlos donde quisieran ir. Había mucho peligro, y su madre y yo estábamos con el corazón en la boca hasta que llegaban a casa. No podíamos seguir así.

Afortunadamente, ellos nos supieron entender y aceptaron nuestras preocupaciones por su seguridad. Gracias a Dios, mis hijos siempre me han tenido mucho respeto y han sido muy obedientes. Tenemos una relación muy cercana y empática hasta hoy en día. Para mi hija, yo lo era todo: sus ilusiones, su modelo a seguir. Ella siempre ha sido mi princesita y la niña de mis ojos. Con mi hijo fue un tanto diferente. Para él, desde pequeñito, yo no solo lo era todo, sino que no había nadie más a quien se apegara tanto. Dormía conmigo, se mantenía pegado a mí, y ni siquiera con su madre se dejaba agarrar mucho, solo conmigo. Mi hijo era más dependiente de mí, mientras que mi hija siempre fue muy suelta e independiente. No le gustaba que la cargaran mucho, salvo su madre, yo y sus abuelas. Aun así, cuando era pequeña, hacía lo que fuera por estar junto a mí en la cama por las noches. Su madre la llevaba a su cuarto para dormirla, pero ella dormía a su madre y corría para acurrucarse conmigo. Mi hijo, en cambio,

no había manera de llevarlo a dormir a su cuarto a menos que yo me fuera con él. Si estaba despierto, nada ni nadie lo separaba de mí; daba berrinches y no se dejaba agarrar por nadie más. Disfruté esos momentos con cada uno de ellos. Lo mejor es que cuando mi hija ya estaba educada para dormir en su propio cuarto, mi hijo estaba pegadito a mí desde muy pequeño. Esos años de ser padre estando ellos pequeños fueron los mejores de mi vida. Y, para mayor premio, mis hijos y yo, hoy en día hemos seguido teniendo esa relación tan cercana. Tenemos un lazo muy marcado que nos complace mantener.

Así pues, con los planes hechos y todos de acuerdo en lo que habíamos decidido, continuamos bien sólidos como familia, con objetivos claros de que en unos tres años cambiaríamos de rumbo. Mi hija, muy ilusionada, le puso mucho empeño a su carrera, no perdió tiempo ni se atrasó nunca. Mi hijo, por su parte, no tenía ni ilusión ni desilusión sobre irnos del país. A él le gustaban los Estados Unidos más que España, a diferencia de su hermana. Estábamos un poco divididos cuando escogimos el destino. Mi hijo y yo nos sentíamos atraídos por los Estados Unidos, mientras que mi esposa y mi hija preferían España. Sin embargo, ganó España por la facilidad de los trámites, como mencioné antes. Era muy tedioso y agobiante tener que tramitar papeles en otro país extraño, y en España ya teníamos todo resuelto.

Además, la vida allí era mucho más económica. Con los objetivos claros, seguimos adelante, cada uno cumpliendo con su parte del plan. Mi hija seguía concentrada en sus estudios, motivada por el futuro que la esperaba en España. Mi hijo, aunque prefería los Estados Unidos, aceptó la decisión y continuó su educación sin contratiempos. La familia se mantuvo unida, enfocada en el objetivo común, superando cualquier obstáculo con la vista puesta en un nuevo comienzo en tierras españolas.

Mientras pasaban esos tres años, nosotros seguíamos trabajando y produciendo todo el dinero que podíamos. No salíamos mucho ni gastábamos más que en lo esencial dentro del país. En esos tiempos, hubo un alzamiento militar que dejó al país en un estado de excepción y suspendidas las garantías civiles, además de la inseguridad que ya vivíamos, había una escasez de alimentos, gasolina y productos básicos. Las opciones para gastar eran pocas. Anteriormente, nos tomábamos un mes al año para vacaciones, pero en esos tiempos difíciles decidimos repartir en tres el mes de vacaciones a lo largo del año. Estar encerrados tanto tiempo nos habría vuelto locos. Cuando viajábamos, podíamos disfrutar mucho y comprábamos las cosas que no podíamos adquirir en nuestro país. Esto nos ayudaba a soportar la situación hasta que, además de todo lo que ya pasaba, comenzaron unas huelgas y disputas civiles muy peligrosas: gente contra gente. Muchos, ya locos

por la situación, la escasez y la imposibilidad de salir del país y desconectar como podíamos hacerlo nosotros, recurrieron a estas protestas para hacerse notar. Además, una cantidad de políticos de una supuesta oposición nos manipularon y nos perjudicaron aún más, hundiendo al país en caos y corrupción solo para buscar beneficios particulares. Nosotros nos manteníamos al margen de estas agitaciones, enfocándonos en nuestros planes a largo plazo y tratando de proteger a nuestra familia de la creciente violencia. Ya no reconocía al país al que una vez llegue, nuestras escapadas al extranjero nos permitían recuperar fuerzas y mantener la esperanza, sabiendo que un cambio se avecinaba y que, pronto, podríamos dejar atrás todo ese desorden para comenzar una nueva vida en España.

Todo se veía muy mal y, en verdad, yo no veía salida a la situación. Poco a poco, en el último año de los tres que habíamos pactado, comenzamos a disolver los contratos y trabajos tanto con el gobierno como con particulares, tratando de cobrar todo lo que teníamos pendiente sin tomar más trabajos. Sin decir nada a nadie sobre nuestros planes, fuimos cobrando sin asumir más riesgos. Ese gobierno y las conexiones que teníamos nos aseguraban que los pagos estaban supuestamente garantizados; aun así, temía que todo cambiara cuando se enteraran de que nos íbamos. Así que el silencio nos dio la ventaja, y, gracias a Dios, pudimos cobrar todo lo pendiente tres meses antes de irnos.

Una vez que habíamos cobrado y sacado el dinero del país, le comentamos a la familia nuestros planes y comenzamos a vender algunas cosas, como los carros, mi moto y las herramientas de trabajo. No vendimos la casa porque no nos era necesario, además era un puerto seguro que dejábamos por si las cosas no salían como esperábamos, pero mucha gente vendía todo y se iban del país, anticipaban una catástrofe muy grande. Así que, con la fecha de partida fijada, y mi hijo ya habiendo terminado su bachillerato, solo esperábamos a que mi hija entregara y defendiera su tesis de grado. Una vez aprobada, nos fuimos a España.

Para algunos, salimos huyendo y no entendían por qué nos íbamos si estábamos tan bien. Pero nunca supieron que fue un plan nuestro, que no huíamos, sino que nos íbamos a brindarles un futuro mejor a nuestros hijos. Aunque no lo entendieran ni lo aceptaran, no teníamos que rendir cuentas a nadie. Eso también nos unió más como familia. En un país extraño, con costumbres muy distintas a las nuestras, esa unión sería una gran fortaleza. Nos embarcamos en esta nueva etapa con determinación y esperanza, listos para enfrentar cualquier desafío que se nos presentara en España, sabiendo que, juntos, podríamos superar cualquier obstáculo.

Llegamos a Valencia, una ciudad muy bonita con un clima estupendo. Las playas del Mediterráneo eran hermosas y se parecían mucho a las que frecuentábamos

en Venezuela, con sus más y sus menos, pero todo muy agradable y, sobre todo, estable. Al principio, mientras conocíamos y nos acoplábamos, todo era divertido. Sin embargo, después de un tiempo, y especialmente durante las Navidades, todo se volvió bastante aburrido. No eran las Navidades de allá; aquí eran mucho más apáticas y frías en esos días. No era igual, y el frío tampoco invitaba a salir mucho. Bueno, estábamos en un proceso de adaptación y solo llevábamos seis meses. Había que darle tiempo. Mi hija ya estaba en busca de trabajo y, con mi hijo, buscábamos qué universidad elegiría y qué carrera seguiría, ya que no lo tenía muy claro.

Me dediqué a acompañarlo a varias universidades para ver las opciones que ofrecían. Le dije que se tomara su tiempo, que no había apuro y que eligiera algo que realmente le gustara. Con el inicio del nuevo año, mi hija consiguió formar parte de un proyecto experimental en una empresa con buen sueldo, acorde con su carrera. Mi hijo, por su parte, comenzó en una universidad privada a estudiar Administración y Dirección de Empresas (ADE), una carrera versátil que ofrecía muchas opciones si después decidía cambiar.

Viendo la libertad y la seguridad que nos ofrecía España, y las oportunidades laborales disponibles aquí, insistió en trabajar mientras estudiaba, asegurando que solo lo haría si no interfería con sus estudios. Aunque su madre no estaba muy de acuerdo, yo se lo permití,

sabiendo que era mejor que viviera esa experiencia en lugar de quedarse con las ganas. El trabajo era de repartidor en bicicleta de un comercio local, haciendo entregas por toda la ciudad. Mantenía al día sus estudios y estaba feliz de ganar su propio dinero sin tener que pedirme nada. Yo también estaba feliz de verlo empezar a ser independiente. Su hermana estaba contenta, pero su madre seguía un poco reacia. Le dije que mientras él cumpliera su promesa, yo mantendría la mía, y verlo así me hacía feliz. Sabíamos que no tenía necesidad de trabajar, y eso tenía más valor para mí, ya que quería ganarse lo suyo.

Esto era parte de convertirse en un hombre, y le pedí a su madre que le animara y apoyara lo que él hacía, dejando de lado prejuicios y problemas. Este proceso de adaptación no solo fortaleció a mi hijo, sino que también consolidó su confianza en abrirse a buscar sus propias metas mejorando más nuestra unidad familiar. En Valencia, con sus diferencias y desafíos, empezábamos a encontrar nuestro lugar, construyendo un futuro con bases sólidas y firmes.

Mi esposa, con el tiempo, fue comprendiendo y aceptando la situación. Llevábamos un año en Valencia, con nuestra hija bien encaminada y nuestro hijo también adaptado. Nosotros, por nuestra parte, estábamos viviendo como si fuera un año sabático, sin trabajar ni realizar actividades que produjeran dinero.

Nuestros planes eran estabilizar a nuestros hijos allí y brindarles un futuro mejor, con más oportunidades como las que nosotros habíamos tenido en su tiempo. No teníamos intención de quedarnos para siempre, solo hasta que ellos estuvieran bien encaminados. Por ello, no nos esmerábamos en buscar trabajos y, gracias a Dios, no era algo que nos hiciera falta. Podíamos disfrutar de ese tiempo tranquilos y luego regresar a nuestro país a recomenzar de nuevo.

Sin embargo, evaluábamos posibles oportunidades y estudiábamos bien las opciones viables. Nos tomamos nuestro tiempo para disfrutar de los ahorros ganados con todo lo trabajado en años anteriores. La vida era diferente, y mi relación con mi esposa mejoraba. Además, las mujeres aquí eran muy distintas, y mi relación con ellas era mucho más distante que en Venezuela. No había las mismas tentaciones, un trato más distante con las personas de aquí me brindaba mayor tranquilidad y seguridad, evitando caer en los mismos patrones que había vivido toda mi vida.

Poco a poco, mi esposa y yo nos adaptábamos a esta nueva vida, y nos gustaba. Teníamos un piso propio y los gastos eran bastante bajos. Vivíamos de manera similar a como lo hacíamos en nuestro país, pero sin tener que andar rebuscando las cosas. En España, se podía vivir con lo mismo que se malvivía en Venezuela.

Este nuevo comienzo no solo nos permitió ofrecer a nuestros hijos un futuro prometedor, sino que

también nos dio la oportunidad de redescubrirnos y disfrutar de una vida más estable y tranquila. Aunque sabíamos que no era un destino final, este período en España nos permitió saborear la paz y la estabilidad, preparándonos para cualquier camino que decidiéramos tomar en el futuro.

En este nuevo capítulo de nuestras vidas en España, mi hija conoció a un joven con quien comenzó una relación. Al principio, la noticia me sorprendió un poco; aunque ella ya era toda una mujer hecha y derecha, para mí seguía siendo la niña de mis ojos, y me costó aceptarlo. Sin embargo, el chico resultó ser serio y responsable, y pronto vi en él muchas cualidades que me recordaban a mí mismo. Entendí que era su decisión y, aunque me costó, tuve que respetarla. Su madre aceptó al joven de inmediato, mientras que yo tardé un poco más en integrarlo en nuestra familia, pero finalmente lo aceptamos con gusto. Mientras tanto, evaluábamos la posibilidad de establecernos permanentemente en España y no regresar a Venezuela. La situación allá no mejoraba, todo lo contrario, se deterioraba a un ritmo muy lento pero constante, y sabíamos que se necesitarían años para una verdadera recuperación.

Ya estábamos adaptados a nuestra nueva vida en España y decidimos que lo mejor era echar raíces allí, buscar maneras de producir ingresos y dejar de depender de nuestros ahorros. Así que, al comenzar el nuevo

año, mi esposa se dedicó a buscar empleo en empresas y comercios, mientras que yo me enfocaba en encontrar qué montar y qué empresa formar. Habían pasado treinta años siendo empresario y no me apetecía volver a trabajar para otro; buscaba una nueva oportunidad por mi cuenta. Logré hablar con mi antiguo socio en Venezuela, quien me propuso un negocio interesante: la importación de materia prima para la fabricación de transformadores eléctricos.

En Venezuela, todo el sector productivo relacionado con eso se había extinguido, y ya no se producía nada de eso en el país. Para ese entonces, la moneda oficial que era el Bolívar se estaba devaluado mucho y todo se estaba dolarizando y eso ofrecía una ventaja interesante, el dólar circulaba de manera no oficial por todas partes, la gente pagaba y vendía en dólares, lo cual había pasado a ser una práctica no legal pero común.

Mi esposa consiguió un trabajo en unas oficinas administrativas, mi hija continuaba con su empleo y mi hijo además de estar estudiando también estaba trabajando, por lo que yo tenía la libertad para dedicarme a esta nueva etapa. Decidí regresar solo a Venezuela a mediados de año para dar forma y fortalecer la idea del negocio, así como para familiarizarme mejor con el proyecto. Era un desafío, pero estaba decidido a afrontarlo con todo lo que había aprendido y experimentado a lo largo de los años.

Al regresar a mi país adoptivo después de varios años, noté que todo parecía un poco distinto. La sensación era tangible, como si el aire mismo hubiera cambiado. No sabría describirlo con precisión, pero sentía que la energía de la gente era más tranquila. En el aeropuerto, algo se percibía diferente. Había una calma que antes no existía, un contraste marcado con la rabia y el odio que habían caracterizado los días anteriores a nuestra partida. Ahora era diferente, fue un alivio sentir esa transformación.

Un gran amigo y su esposa, quienes aún vivían en Venezuela, vinieron a recibirme al aeropuerto y me pusieron al tanto de los cambios que había experimentado el país. La situación parecía más serena, ya que las huelgas habían cesado. La emigración que había sido impresionante aminoró su escalada, unos dos millones de personas habíamos salido del país en ese tiempo y no habríamos regresado, según las estadísticas y estimaciones que difundían, aunque en un país tan desordenado y caótico como estaba Venezuela, es difícil saber la verdad exacta. A pesar del caos y la anarquía que solían reinar cuando salimos nosotros, había una atmósfera de esperanza en el aire. Todo se veía tan distinto que dude de si había hecho bien o no, esta nueva tranquilidad y el cambio palpable en el ambiente me ofrecían una sensación de alivio y una dosis de optimismo sobre lo que podía estar por venir, aunque todo era una burbuja de ilusiones a lo que se aferraba la

gente con un cambio político que se vislumbraba en el futuro cercano para un pueblo cansado y hostiando de una corrupción galopante. Pero al menos en ese momento, el país parecía respirar un poco mejor.

Al día siguiente de mi llegada, mi socio me prestó uno de sus vehículos para que pudiera movilizarme, ya que nosotros habíamos vendido los nuestros antes de partir hacia España. Nos reunimos ese mismo día, y él me explicó todos los detalles del negocio. Fuimos a ver algunos posibles clientes que ya había contactado, con el objetivo de estudiar minuciosamente lo que debíamos traer. Una vez que entendí mejor lo que necesitaba, comencé a indagar en Internet sobre proveedores en Estados Unidos. Fue entonces cuando encontré a un representante del producto en Miami. Sin pensarlo dos veces, compré un boleto para ir allí y coordinar la compra y distribución de ese producto para Venezuela. Mi intención era organizar todo de manera que pudiera manejarlo desde España.

Continuamos reuniéndonos y analizando el mercado mientras se acercaba el día de mi vuelo. Pero, como suele suceder con los planes más meticulosos, otra vez la política volvía a poner el país en guerra, dividiéndolo en dos. Todo lo que había percibido hacía unos días al llegar se desvaneció en una sola semana. Ya tenía el boleto y los planes en marcha para concretar el negocio. Mi socio, temeroso, sugirió que esperaríamos a ver cómo se desarrollaba la situación.

Sin embargo, no había venido para quedarme allí; mi objetivo era completar mi misión en un par de meses. Por lo tanto, decidí seguir adelante y no hacer caso a los imprevistos.

Tres días antes de mi vuelo, Hablando con mi esposa, me sugirió que me fuera directamente a España y no regresara a Venezuela, temiendo que la situación empeorara y no pudiera regresar a España posteriormente. Le di la razón y sintiendo también un poco de miedo por si la situación se complicaba aún más y no pudiera salir, decidí no regresar a Venezuela y hacer la conexión a España de una vez, así que cambié el boleto de retorno por el de ida a Madrid España, me encontraba en una encrucijada. Aunque la situación parecía desalentadora, decidí continuar con mis planes. El día del vuelo salimos con normalidad, pero la escala en curazao que debía de ser solo media hora se alargó durante ocho por desperfectos del avión: un vuelo directo de tres horas se convirtió en un trayecto de doce horas, con esa escala en Curazao.

El tiempo, que inicialmente parecía interminable, se volvió sorprendentemente placentero. Durante la escala, conocí a una mujer con quien compartí cada minuto de espera en el aeropuerto. Ella también se dirigía a Miami, y el tiempo juntos hizo que la espera fuera mucho más llevadera. La conexión entre nosotros fue rápida y, al llegar a Miami, decidimos pasar la noche en un hotel, donde ella se quedó conmigo.

Al día siguiente, la llevé a casa de su amiga, donde ella se iba a alojar. Desde el primer instante en que nos conocimos, nuestra conexión fue desenfrenada y alocada. Aunque ya llevaba un tiempo comportándome de manera ejemplar, no podía negar que extrañaba esas emociones intensas. Durante esos diez días en los que estuve en Miami, la pasamos increíblemente bien. Sin preocupaciones ni preguntas, simplemente disfrutamos el momento. Durante el día, me dedicaba a realizar diligencias y coordinar la compra del papel que íbamos a llevar, mientras que, por la noche, la buscaba y nos refugiábamos en mi habitación hasta bien entrada la madrugada, cuando ella regresaba a casa de su amiga y cada uno disfrutaba su propio descanso.

Fueron días apasionantes y emocionantes que me hicieron cuestionar si alguna vez pudiera abandonar este tipo de relaciones. Me encantaban, pero había algo que me decía que no estaba en el camino correcto. Sin embargo, en ese instante, era solo una diversión pasajera, y sabía que no la volvería a ver.

A pesar de las preocupaciones, la situación no terminó tan mal como se temía. La gente fue víctima de un juego cruel por parte de estos supuestos opositores: Habiendo ya concretado el negocio y coordinado todo para el envío de la carga, le pedí a mi socio que dejara de lado el miedo que lo había paralizado, era una tristeza ver cómo el país se hundía aún más en manos de

delincuentes y farsantes que prometían sacar al pueblo de la miseria, pero solo aportaban más sufrimiento.

De vuelta en mi casa y en contacto diario con mi socio, seguía de cerca los avances. Tras treinta días de mi regreso a España, todo estuvo listo para enviar la carga a Venezuela. La calma comenzó a restablecerse, y nos lanzamos al negocio con optimismo. Gracias a Dios, todo fluyó a la perfección: la carga llegó y se vendió en dos meses, generando una ganancia considerable. Lo mejor de todo era que podía manejarlo desde cualquier lugar, siempre que tuviera acceso a internet.

Era el clímax de mi independencia, el trabajo soñado para mí. Solo trabajaba cuando era necesario hacer las compras, coordinar los envíos y buscar siempre nuevos y mejores proveedores, y mi socio se encargaba de las ventas en Venezuela. La confianza entre nosotros era mutua y el respeto era fundamental. Cada uno manejaba una parte del negocio, haciendo que nuestra colaboración fuera perfecta en todos los sentidos. Este nuevo equilibrio me dejó mucho más tranquilo en España.

Mi vida en España era mucho más calmada y estable, con la libertad de viajar por trabajo. Estos viajes se convirtieron en una forma de vacaciones y diversión, manteniéndome dinámico y equilibrado. Miami siempre había sido una ciudad que me atraía, y poder visitarla de vez en cuando revitalizaba mi vida. En España, donde todo parecía más lento y sosegado, esos

momentos de dinamismo y aventura eran la perfecta contraparte que mantenía mi equilibrio personal.

Durante mis viajes a Miami, conocí a una mujer fascinante que, al igual que yo, invertía fuera de Venezuela, pero en el sector de bienes raíces. Me habló de las oportunidades en Colombia, un país que, a diferencia de Venezuela, parecía bastante estable y prometía buenas perspectivas a futuro. La idea de explorar Colombia me atrajo, y coordiné con ella para encontrarnos allí cuando estuviera disponible, y así pudiera mostrarme las oportunidades que ofrecía ese mercado.

Mientras estábamos en Miami, ella mencionó que también iba a pasar por Panamá por tres días antes de regresar a Venezuela, y me propuso acompañarla. Aprovechando que mi vuelo de regreso me permitía hacerlo, decidí ir con ella a Panamá. Esos días en Panamá fueron un auténtico descubrimiento; yo no conocía la ciudad, y explorarla de la mano de ella resultó ser una experiencia completamente nueva y emocionante. Paseamos extensamente y aprovechamos al máximo esos tres días, investigando y evaluando posibles inversiones.

Ella misma me comentó que Panamá era una oportunidad de inversión muy buena también, aunque los precios de los inmuebles eran un poco más altos que en Colombia, había el respaldo de la moneda que valía lo mismo que el dólar y se usaban ambas sin distinción, nos compenetrarnos muchos en esos días

y evalué varias opciones, su recomendación fue que considerara Colombia, y en particular Cali, donde aún había buenas oportunidades. Disfrutamos de esos días juntos en Panamá y, al regresar a Miami, me preparé para volver a España. Dos semanas después de mi regreso, me puse en contacto con ella para coordinar un nuevo encuentro. Ella me informó que estaría en Cali al mes siguiente durante una semana y me invitó a visitarla. Sin dudarlo, me animé a planear el viaje. Como era costumbre en mi vida de ahora, no hubo problemas en casa para irme esos días.

Al día siguiente de llegar a Cali, nos embarcamos en la búsqueda de propiedades. Después de la tercera visita, encontramos una que me pareció sumamente interesante y prometedora. Sin dudar mucho, decidí invertir allí. En la misma semana, logré formalizar la compra y encontrar a alguien que se encargaría de gestionar el alquiler de la propiedad. El viaje fue un éxito rotundo, tanto en términos de negocios como de disfrute personal. La relación con esta mujer fue sorprendentemente fluida. A pesar de que inicialmente había ciertas reservas sobre nuestra situación personal, la relación siguió avanzando de manera abierta. Ella me mencionó que estaba divorciada, con un hijo, y yo, por mi parte, le revelé que estaba casado y tenía dos hijos. Mi estado civil no pareció afectarle mucho, y seguimos disfrutando plenamente de los días que pasamos juntos en Cali.

Me comentó que planeaba mudarse a Cali con su hijo debido a la situación en Venezuela. Ella veía en Cali una oportunidad para establecerse con mayor estabilidad y continuar su trabajo desde allí. Esta idea resonó con mi plan de visitarla de vez en cuando y coordinar nuestros encuentros en Cali o en Miami cuando coincidiera. Así que, para ese entonces, mi vida se había diversificado notablemente. Tenía una vida estable en España, inversiones en propiedades tanto en Colombia como en Venezuela, y una actividad de negocio en Estados Unidos. Todo estaba mejor de lo que había imaginado, y lo más importante, podía seguir disfrutando de mi libertad personal sin afectar mi vida marital.

Un día, mientras regresaba a casa en uno de esos viajes, un recuerdo inesperado afloró en mi mente. Hacía unos diez años había conocido a una mujer durante un breve encuentro. Aunque nuestra relación no fue trascendental, ella me dejó una impresión duradera. Me dijo que algún día viviría lo mismo que estaba haciendo, experimentándolo desde el otro lado, me dijo, vas a estar en los zapatos en que esta tu esposa y a las que como yo nos hicimos ilusiones contigo. pero desde una perspectiva diferente, que jamás podría deshacerme de esa experiencia. «En esta vida, uno recoge lo que siembra», me advirtió, «debes evaluar muy bien lo que has sembrado, porque en algún momento tendrás que cosecharlo». No me lo decía con reproche, sino

con una mezcla de consejo y sabiduría, una especie de don que, según ella, era para mi bien.

En aquel momento, no le presté mucha atención y no me preocupé demasiado. Pero en ese vuelo de regreso, esas palabras volvieron a mi mente con una claridad inquietante. Me puse a meditar en ellas durante todo el trayecto, sin poder deshacerme de la sensación de inquietud que me causaban.

Al llegar a casa, todo parecía normal hasta que abracé a mi hija, al saludarla. Un pensamiento perturbador cruzó mi mente: «¿Y si a ella le hicieran lo mismo que yo le hago a su madre?». Un pánico helado me invadió, y sentí una necesidad urgente de salir al aire libre, ya que esa sensación era demasiado real y abrumadora para soportarla en mi estado. Me sentí atrapado en ese pensamiento, ahogado por la intensidad de la revelación.

Una vez que me calmé, reflexioné sobre lo que estaba haciendo. Me cuestioné qué valor real tenía todo eso en mi vida y si valía la pena continuar en ese camino. Durante varios días, me dediqué a meditar profundamente sobre estas cuestiones. Lo que antes parecía una fuente de satisfacción y placer comenzó a delinirse, dejando al descubierto la falta de paz, ya no de mi matrimonio, sino del futuro y el porvenir de mi hija. El vacío que sentía ya no era el mismo. Me pregunté si merecía la pena continuar con esto, sabiendo que la vida podría devolverme el dolor que estaba causando.

Desde joven, había vivido experiencias similares con mi novia, que con el tiempo se convirtió en mi esposa. Aunque en ese tiempo ella estaba al tanto de lo que hacía y no era algo oculto ni excesivamente frecuente, reflexioné sobre cómo las cosas habían cambiado. Me di cuenta de que había entrado en un espiral peligroso y que el «don» de esa mujer parecía haberse convertido en una especie de maldición para mí.

Decidí tomarme un tiempo. No viajé ni salí de España durante un periodo prolongado. Me dediqué a reflexionar y a buscar respuestas dentro de mí mismo, en un intento de encontrar un camino que me brindara verdadero valor y paz, lejos de la satisfacción efímera que me ofrecían mis decisiones actuales. Además, ya no era un niño, sino un hombre maduro que debía enfrentar las consecuencias de mis decisiones.

La paz que experimentaba en casa con mi familia era infinitamente superior al placer sexual. A veces, me parecía que todo estaba al revés, atrapado en una dualidad que no sabía si era verdaderamente buena o mala. Era algo que siempre había tenido con facilidad, parte de mi esencia y de mi ser. Si cambiaba esto, ¿no me vería a mí mismo como otra persona? La adrenalina me mantenía vivaz, pero, en retrospectiva, me di cuenta de que estaba drogándome con ella sin siquiera notarlo.

Un día, decidí enfrentar la realidad. Me fui con mi esposa a un parque a tomarnos un café y le conté, en parte, lo que me pasaba. Me atreví a confesarle que

había tenido una aventura en Colombia con una mujer. Solo le dije que fue una noche y dejé la verdad a medias. Reconocí mi infidelidad, pero me sorprendió su reacción. Me dijo que, en realidad, ya se lo había imaginado debido a mis frecuentes viajes. La preocupación no era tanto la infidelidad en sí, sino que pudiera significar algo especial para mí. Me explicó que, después de aquella crisis que vivimos en el pasado, ella solo ponía atención como volvía yo a casa, ella solo daba gracias a Dios cuando regresaba siendo el mismo, sin cuestionarse demasiado nada más, y que siempre se sentía aliviada de que lo que hubiera pasado fuera ya parte del pasado.

Me reveló que, sabía de mi atractivo hacia las mujeres y que a ella también la atrajo eso de mí, y que esto había sido parte de nuestra vida juntos, pero lo que realmente la enamoró fue mi sinceridad. Ella nunca percibió maldad en lo que hacía y aún veía la misma falta de maldad en mi comportamiento actual. Me pidió que fuera completamente sincero con ella y que le dijera si esta aventura me había hecho sentir algo especial por otra mujer. Sus palabras me dejaron paralizado, y después de un rato para asimilar la situación, le confesé toda la verdad.

Le expliqué que no había sentido nada especial por nadie, excepto por aquella primera gran crisis que tuvimos hace mucho tiempo. Desde entonces, no había experimentado nada similar. No se trataba de eso,

y le conté cómo las palabras que me dijo aquella mujer hace años y los pensamientos que tuve durante el vuelo habían influido en mi perspectiva. Le relaté la sensación de pánico que experimenté al abrazar a nuestra hija y cómo eso me asustó, temiendo verla en la situación de ser engañada por su marido.

Ella, con una calma que me sorprendió, me preguntó: «¿Qué situación?». Y cuando le expliqué la de ser una mujer engañada, ella me respondió con una claridad que me impactó: «Mi amor, yo no soy una mujer engañada. El único engañado eres tú mismo. Te engañas creyendo que no sé o que no puedo darme cuenta. Ese es tu verdadero engaño».

Sus palabras resonaron en mi mente con una intensidad inesperada. Me di cuenta de que, en realidad, estaba lidiando con mis propios engaños y temores, y que mi esposa había visto a través de ellos de una manera que nunca había imaginado.

Ella haciendo un despliegue de gran sabiduría y dominio propio me dijo. Decidí vivir así y no preocuparme por algo que sé que será difícil para ti cambiar. Además, soy consciente de que hay muchas mujeres que, desafortunadamente, son superficiales y deshonestas, a quienes no les importa nada ni respetan nada. A mí, lo único que me importa es que llegues a casa igual que como te fuiste. Si te divertiste con esas experiencias, es asunto tuyo. Tu preocupación es asegurarte de que yo esté segura, satisfecha y complacida,

porque te amo tal cual eres. Nunca te pondré cadenas ni te limitare en nada; puedes salir y entrar siempre que quieras, y cada vez que eso sucede, doy gracias a Dios. Eres tú quien debe decidir si cambiar o no. Si ya no estás en paz, puede ser que haya llegado el momento de hacer un cambio. Sin embargo, es una decisión que solo tú puedes tomar. Yo ya tomé la mía hace mucho tiempo. Lo que tú hagas y decidas dependerá de lo que realmente desees para tu vida y para nuestras vidas en el futuro.

Nunca nadie me había hablado con tanta claridad y seguridad como lo hizo ella aquel día. Me sentí liberado y liviano, comprendiendo lo pesada que es una carga que se lleva solo por placer. Me sentí tonto e ingenuo, como un niño, pero a la vez muy tranquilo y seguro de que todo estaba bien entre nosotros. Desde ese momento, decidí que iba a comunicarle todo lo que viviera. Quería quitarle a ella el peso de tener que dar gracias cada vez que llegaba a casa siendo el mismo. No se lo merecía, y eso era algo que sí podía y quería cambiar.

Salíamos cada semana, íbamos a un café y hablábamos de muchas cosas, entre ellas, cómo darle un nuevo impulso a nuestra relación, juntos, no cada uno por separado. Le propuse salir más juntos, explorar sitios nocturnos a los que nunca habíamos ido. Ella aceptó la idea con entusiasmo y comenzamos a salir los viernes o sábados a lugares donde se bailaba y se

bebía, rodeados de gente divertida. Poco a poco, nos fueron gustando esos ambientes y encontramos algunos sitios favoritos a los que casi siempre íbamos.

En ese tiempo, tuve que viajar por trabajo, como me tocaba estar fuera un fin de semana, acordamos que saliera ella y me contara, a donde iba y como se sentía al ir sola, y yo la acompañaba con una llamada desde el teléfono. Ya que el cambio horario era de seis horas de diferencia, yo la animaba a disfrutar de esos momentos sola, y mi compañía le daba a ella mayor seguridad. A mí no me gustaba mucho salir ni bailar y menos ahora, así que me limitaba a pasear por centros comerciales para comer antes de regresar al hotel, muy tranquilo.

Las oportunidades con mujeres guapísimas seguían apareciendo, especialmente en Miami, pero evitaba ir a los lugares más picantes y no sentía esa ansiedad de conocer nuevas mujeres. Cuando volvía a casa, todo estaba mejor que antes de irme, y eso empezó a agrardarme mucho. Cada vez la conexión entre ambos se hacía más profunda y significativa.

Hacíamos unos juegos donde ella entraba sola a uno de estos sitios, donde siempre se le acercaban hombres a invitarle algún trago y yo llegaba luego y nos hacíamos pasar por totales desconocidos y delante de esa gente ligábamos los dos y nos besábamos delante de todos para luego salir del bar juntos, veíamos las

caras de los hombres que habían intentado lo mismo con ella y nos partíamos de las risas juntos.

Una vez decidimos hacer un viaje a París, Francia, para disfrutar de una semana de paseo. Durante nuestra estancia, decidimos conocer el famoso Moulin Rouge, un lugar que a mi esposa le fascinaba debido a su afición por los teatros. Una noche, nos dirigimos al emblemático cabaret y pasamos allí bastante tiempo. Vimos los espectáculos y las exhibiciones de las bailarinas. Aunque nos ofrecieron bailes privados, nos dio algo de vergüenza aceptar, siendo la primera vez que estábamos en un lugar así.

Al salir, fuimos a cenar y, mientras disfrutábamos de la comida en el hotel, no podíamos dejar de hablar sobre lo vivido, imaginando con emoción lo que podría suceder si probáramos algo similar. Al día siguiente, durante el desayuno, mi esposa me sorprendió con una propuesta: quería experimentar ese tipo de bailes privados y aprender algo nuevo para ella. Me comento que nunca habíamos hecho algo así, pero estaba interesada en intentarlo. Esa misma noche, regresamos al Moulin Rouge. Después de varios shows, se nos acercó una mujer despampanante, una rubia sueca con una figura espectacular. Decidimos aceptar su invitación para un baile privado y algo más.

La experiencia resultó ser completamente incomparable, súper emocionante para ambos. Lo disfrutamos mucho; ella se encargaba de complacerme

mientras yo notaba lo excitada que estaba mi esposa. En un momento de gran intimidad, mi esposa le pidió a la bailarina que le diera un permiso y se subió sobre mí, mientras la mujer nos hablaba y nos besaba nosotros hacíamos el amor allí mismo. Fue una experiencia increíblemente placentera. Salimos de allí muy satisfechos con lo que habíamos vivido. Durante el resto de nuestra estancia en París, continuamos disfrutando de la ciudad y haciendo el amor con una intensidad renovada, redescubriendo la pasión en cada momento. El vacío y la ansiedad que padecía parecían haberse diluido.

Llevaba una vida que muchos envidiarían, y yo lo sabía. Cada día me acercaba más a una felicidad plena y una paz que nunca antes había experimentado. Había encontrado a la mujer perfecta para mí desde una edad temprana, y ahora, con más de treintaiocho años de matrimonio, agradezco a Dios por la vida que hemos compartido. Tras nuestro viaje a París, toda mi atención, mis deseos y mi pasión se centraron exclusivamente en mi esposa. Ya no había espacio para nada ni nadie fuera de ella; mi mundo giraba en torno a ella y mis hijos, y esto, a su vez, la hacía a ella inmensamente feliz.

A nuestro regreso a España, exploramos nuevas experiencias similares a las que vivimos en París y descubrimos una nueva dimensión de nuestra relación. Nos volvimos un poco adictos a estas diversiones y, en

un club en España, mi esposa tuvo la oportunidad de experimentar algo que yo había probado: el placer de ver a otra persona, un hombre en este caso, darle un espectáculo. A pesar de que no compartíamos intimidad con estas personas, estas experiencias ayudaron a añadir un toque de picante a nuestra vida y a desinhibirnos. Nos unieron aún más, permitiéndonos explorar nuestras fantasías juntos.

Cada fin de semana buscábamos nuevos lugares y nuevas personas, siempre cambiando de escenario para evitar que la frecuencia con alguien creara lazos indeseados. Viajar a diferentes países y conocer a personas distintas se convirtió en nuestra rutina. Los viajes de trabajo se convirtieron en una oportunidad para centrarme en mi esposa, y cuando surgía alguna posibilidad de aventura, la rechazaba.

Me di cuenta de que mi vida era mucho más hermosa y tranquila así, como si me hubiera liberado de una adicción invisible pero poderosa. Ahora, mi único objetivo era complacer a mi esposa en todo lo que se me ocurriera. Durante mis viajes, visitaba tiendas con el propósito de encontrar cosas que le gustaran a ella, no por obligación, sino por puro deseo de hacerla feliz. Aunque estaba inmerso en un éxtasis amoroso, lo vivía de manera genuina y con mi propia esposa, y eso hacía toda la diferencia para mí.

Mi vida como padre había sido siempre la mayor fuente de alegría y propósito en mi existencia. Desde

el nacimiento de mis hijos hasta el presente, ellos habían sido mi razón de ser y mi motor para avanzar. Sin embargo, al verlos ya adultos, con mi hija a punto de casarse y mi hijo en una relación estable que llevaba más de un año, me di cuenta de que había llegado el momento de enfocarnos en nosotros dos. Habíamos cumplido con nuestras responsabilidades como padres y ahora teníamos la oportunidad de vivir para nosotros mismos.

Económicamente, estábamos en una posición sólida. Así que le propuse a mi esposa que considerara retirarse del trabajo para que pudiéramos dedicarnos a viajar y a experimentar nuevas aventuras en esta vida. Aún estábamos en buena forma física y mental, y creía que era el momento perfecto para explorar el mundo juntos, antes de que la vida nos pasara factura. Imaginaba cómo ella podría acompañarme en mis viajes, disfrutando de las experiencias que el mundo nos ofrecía, mientras seguíamos ganándonos la vida. Ella necesitó unos días para reflexionar sobre mi propuesta. Le gustaba lo que hacía y, estando ya en las puertas de la tercera edad, le parecía un poco prematuro tomar el retiro voluntario sin esperar a cumplir la edad correspondiente. Pensaba disfrutar la vida llegado ese momento, pero yo no quería esperar para conocer y disfrutar del mundo. No tenía sentido acumular dinero solo para dejarlo de herencia, cuando nuestros hijos ya estaban bien establecidos y no lo necesitaban.

Tampoco sabíamos si estaríamos vivos o con salud el próximo año para disfrutar de la vida y de esa libertad que nuestra economía nos brindaba.

Nuestros hijos y yo le dijimos que no valía la pena esperar. El momento para vivir era ahora, y el futuro era incierto. Mi hija, con sus planes de boda, pronto se mudaría de casa, y mi hijo estaba listo para independizarse con su novia. Con esta nueva etapa en nuestras vidas, sentí que era el momento de priorizar nuestras propias aventuras y disfrutar de los frutos de nuestro trabajo y sacrificio. Mi hijo, a pesar de tener una relación muy seria, no estaba listo para casarse aún. Querían experimentar un tiempo de convivencia en pareja antes de dar el siguiente paso, lo cual nos pareció muy razonable.

Aprovechamos la ocasión para hacer un plan que habíamos hablado durante un tiempo atrás. Le propuse a mi esposa que, después de la boda de nuestra hija, recorriéramos Europa en una caravana. Era una aventura que siempre habíamos querido emprender, pero que nunca habíamos tenido la oportunidad de realizar. Ella se animó con la idea y la aprobó con muchas expectativas y entusiasmo. Decidimos que después de la boda nos embarcaríamos en un viaje de tres meses por Europa, quedándonos el tiempo que quisiéramos en cada lugar que nos atrajera. Así, dejaríamos la casa a nuestro hijo y su novia, permitiéndoles disfrutar de su tiempo juntos en un entorno ya conocido y tranquilo.

La boda de nuestra hija se organizó con todo el esmero posible. Quería que fuera un evento espectacular para mi princesita, siempre respetando sus deseos y los de su pareja. Todo salió perfecto, y ella se casó con un hombre maravilloso que ya considerábamos parte de la familia. Después de la boda, los recién casados se fueron de luna de miel, mientras que yo me dediqué a buscar una caravana que se ajustara a nuestras necesidades. Opté por comprar una en lugar de alquilarla, ya que el alquiler resultaría más costoso y nos ataría a fechas específicas de regreso. Con la compra, tendríamos la libertad de viajar y volver a nuestro ritmo. Además, al finalizar nuestra aventura, podríamos venderla o dejarla a nuestros hijos para que la disfrutaran o alquilaran si así lo deseaban.

Finalmente, encontré la caravana perfecta y la adquirí. Mi esposa, que ya había comunicado nuestros planes a su jefa, recibió una oferta inesperada. La jefa le sugirió aprovechar un recorte de personal que se iba a realizar en la empresa donde trabajaba, para así poder recibir un mejor finiquito y el subsidio del paro. Ella aceptó la oferta, y con eso ella se sintió más aliviada, ya que esto le permitiría seguir recibiendo ingresos mientras estábamos de vacaciones.

Todo estaba saliendo a pedir de boca, y estábamos listos para comenzar nuestra aventura. Quince días después de la boda, todo estaba preparado para el viaje. Nuestra hija y su esposo ya habían vuelto de su luna

de miel y estaban en su nuevo hogar. Nos despedimos de todos ellos con cariño y muchas ilusiones. Nuestra primera parada estaba clara: Andorra. A solo seis horas de casa, Andorra sería nuestra primera noche en la carretera. Todo estaba listo y cargado en la caravana, incluyendo nuestras bicicletas y el monopatín. Así comenzaba nuestra tan esperada travesía por Europa, con la promesa de descubrir nuevos horizontes y disfrutar de cada momento juntos, sin prisas y con el corazón lleno de ilusión.

Arrancamos nuestra aventura, con mi esposa a cargo del mapa y yo al volante, dispuesto a llevarnos a cada destino que ella eligiera. Teníamos tres meses por delante, sin expectativas rígidas ni plazos, simplemente dejándonos llevar por nuestras ganas de explorar y vivir nuevas experiencias. En el trayecto hacia Andorra, charlamos sobre todo lo que habíamos hecho para llegar a ese punto. Reflexionamos sobre los años maravillosos que habíamos compartido, llenos de desafíos que habíamos superado juntos. Nuestros hijos, ya independientes y bien encaminados, nos habían dado la libertad para disfrutar plenamente de esta etapa de nuestra vida. A medida que avanzábamos, nos sentíamos agradecidos por la oportunidad de viajar sin prisas y con el corazón ligero.

Llegamos a Andorra, un lugar pequeño pero encantador. Nos recordó a La Colonia Tovar, un pintoresco pueblo en Venezuela al que solíamos ir. Andorra,

con su clima fresco de primavera, nos ofreció un agradable contraste con el calor que a veces habíamos experimentado en Valencia. Nos dedicamos a recorrer la ciudad en bicicleta, disfrutando de su belleza y su ambiente acogedor. Después de un par de días explorando, continuamos nuestro viaje hacia Marsella, en Francia, un lugar costero y moderno que nos sorprendió con su estilo y sofisticación.

Mi esposa, con su amor por las compras, estaba emocionada por explorar las tiendas y comercios locales. Decidimos alojarnos en un hotel muy bonito y pintoresco para disfrutar de una buena cena y una ducha reconfortante. Marsella nos ofreció un contraste fascinante con Andorra, y pasamos tres días disfrutando de su ambiente y sus ofertas. Luego, nos dirigimos a Niza y Montecarlo, dos lugares que habíamos esperado con ansias. Montecarlo, con su lujo y glamour desbordante, nos dejó sin aliento. La opulencia y las extravagancias de este pequeño país eran impresionantes. Aunque el costo de vida era elevado, la experiencia valía cada centavo. Aparcamos nuestra caravana en una playa cerca de la frontera de Niza con Montecarlo, donde se permitía el estacionamiento de caravanas. Desde allí, pudimos disfrutar de ambos lugares y explorar todo lo que tenían para ofrecer. Cada parada nos brindaba nuevas sorpresas y descubrimientos. El viaje en caravana no solo nos permitía ver el mundo, sino también fortalecer nuestro vínculo y seguir redescubriéndonos

el uno al otro en un entorno lleno de libertad y aventura. Nunca creí que a esta edad podíamos disfrutar de la vida sintiéndonos como adolescentes, la edad no parecía limitarnos en nada y en nuestros cuerpos sentíamos una renovadora energía que nos llenaba de sueños y aventuras que descubrir.

El viaje en bicicleta en Montecarlo no duró mucho; la geografía desafiante y las restricciones para ciclistas nos obligaron a explorar a pie la mayoría de los sitios. Aunque el esfuerzo valió la pena, las vistas panorámicas del camino hacia Niza y las montañas circundantes fueron memorables. El tiempo en Montecarlo se nos quedó corto, y aunque teníamos todo el tiempo del mundo para seguir allí, tantas subidas y bajadas nos agotaban bastante, y en la caravana era bastante incómodo por lo estrecho de sus calles y que aparcar era casi imposible con tantos coches, pero la experiencia de la carretera hacia Niza, con sus impresionantes paisajes y acantilados panorámicos, nos encantó muchísimo.

Seguimos hacia Génova, en Italia, y nos emocionó conocer la cuna de Cristóbal Colón. La ciudad, con su rica historia y su vibrante ambiente, su gente nos recibió cálidamente en donde comimos y compramos algo que otro souvenir. Después, al siguiente día nos dirigimos a Portofino, un lugar impresionante. Comimos en un restaurante que ofrecía vistas maravillosas de la bahía del Mediterráneo. La comida y el entorno fueron excepcionales, añadiendo un toque especial a

nuestro viaje y nos provocó quedarnos un par de días allí. Luego en Pisa, aunque famosa por su torre inclinada, no capturó nuestro interés por mucho tiempo, así que nos dirigimos rápidamente a Florencia. La ciudad, con su rica herencia artística y cultural, nos maravilló. Pasamos un tiempo explorando sus museos, calles y monumentos antes de seguir nuestro viaje.

En Roma, con su grandiosidad histórica, vivimos una parada destacada. Aparcamos la caravana y nos alojamos en un hotel para disfrutar de la ciudad sin las limitaciones de una caravana. La historia antigua y la arquitectura de Roma nos fascinaron, y pasamos cinco días inmersos en su vibrante cultura. Después de Roma, nos dirigimos hacia el sur, bordeando la costa del Mediterráneo hasta Nápoles. Aunque Nápoles no cumplió nuestras expectativas ni nos atrajo, nos quedamos disfrutando de sus playas un par de días y seguimos adelante, encontramos una tarde más agradable en Amalfi, un puerto que nos recordó a Portofino, pero con un encanto más amplio. La playa tranquila y la sensación de seguridad que se respiraba nos permitieron disfrutar de una tarde y noche relajada en un entorno seguro, nos quedamos en una posada muy coqueta y tranquila, la atendía un matrimonio muy simpático que nos trataron como en casa, ellos como hablaban muy bien el español nos permitió conversar mucho sobre de donde veníamos y que hacíamos, nosotros les contamos mucho de España y Venezuela y ellos de ese

rincón de Italia tan hermoso y de cómo habían echado raíces allí.

Al salir de Amalfi, decidimos tomar una ruta alternativa hacia Suiza, subiendo por la costa italiana frente al mar Egeo. Pasamos por varias ciudades costeras, disfrutando de la comida y el descanso en cada una. En San Marino, decidimos hacer una pausa más larga y pasamos un par de días en esta encantadora república, disfrutando de su ambiente único y su tranquilidad.

Finalmente, nos dirigimos a Venecia, nuestra siguiente parada. La idea de explorar esta ciudad flotante nos tenía muy emocionados. Sabíamos que Venecia sería una experiencia distinta y que merecía su propio tiempo para ser descubierta, así que estábamos listos para sumergirnos en lo que ofrecía esta histórica y mágica ciudad. Sin embargo, Venecia resultó ser una experiencia agri dulce. Aunque la ciudad tenía su encanto con los canales y la arquitectura histórica, los olores desagradables empañaron un poco nuestra experiencia, no sé si era la época o que había demasiado calor, pero ese olor tan desagradable se sentía por todos lados. Decidimos movernos rápidamente a Milán, donde la estadía fue mucho más placentera. Milán nos ofreció un respiro fresco con su vibrante vida urbana y cultural, así que decidimos quedarnos varios días para disfrutar de la ciudad.

Después de unos días allí, partimos hacia Suiza y llegamos a Grindelwald, un pintoresco pueblo alpino.

La belleza natural del lugar y la tranquilidad nos ofrecieron una agradable pausa en el viaje. Aunque la barrera del idioma fue un desafío, la amabilidad de los residentes y la paz del entorno fueron reconfortantes. A medida que el viaje avanzaba, comenzamos a sentir la necesidad de un descanso y de estar con nuestros hijos y el trabajo también me requería. Así que Aprovechando que tenía que viajar a Miami, decidimos viajar juntos y disfrutar de la ciudad, mi esposa se animó con esos planes, así que buscamos un buen sitio donde dejar la caravana y tomar un vuelo desde Suiza a Miami.

Miami, con sus playas turquesas y vibrantes centros comerciales, nos regaló una refrescante dosis de modernidad, diversión y descanso. Era como sumergirse en un oasis dentro de un mundo ultramoderno, una pausa perfecta para recargar el alma. La última vez que ella había estado allí fue con nuestros hijos, y ya habían pasado varios años desde entonces. Pero esta vez, solos, como dos adultos libres de preocupaciones, decidimos recorrer la ciudad bajo el manto de la noche y disfrutar de un ambiente nuevo, emocionante y dinámico.

Durante el día, ella me acompañaba a ver a mis proveedores, y por las tardes, nos aventurábamos a los inmensos centros comerciales. Nos perdíamos entre las tiendas, comprábamos algunos caprichos o simplemente paseábamos, dejándonos envolver

por la atmósfera vibrante de esos espacios infinitos. Comíamos allí y luego, como parte de un ritual secreto, volvíamos al hotel para cambiarnos y salir a descubrir un rincón nocturno diferente cada noche.

Normalmente, solo me tomaría tres días cumplir con mis compromisos de trabajo, pero esta vez, con ella a mi lado, decidimos quedarnos tres semanas. Tres semanas que se convirtieron en un paseo por casi toda Florida, explorando lugares que ninguno de los dos conocía, como si fuéramos dos jóvenes amantes descubriendo el mundo por primera vez. Con amigos y conocidos allí, las noches del sábado se llenaban de risas y compañía, y cada momento se volvía inolvidable.

Esos veinte días de pura alegría pasaron volando, y cuando finalmente regresamos a nuestro punto de partida, Suiza, la nostalgia por nuestra familia comenzó a hacerse más fuerte. El vuelo hacía escala en Madrid, así que decidimos hacer una pausa en casa antes de retornar a Suiza y continuar con nuestro viaje. Ya habían pasado más dos meses desde que emprendimos este viaje, una aventura que nos llenó de mucha energía el corazón, pero que nos hacía añorar a los nuestros.

En España nos esperaba una sorpresa que nunca hubiéramos imaginado. Nuestra hija, nuestra pequeña, estaba esperando su primer hijo. Saber que estaba embarazada fue un momento tan emotivo que las palabras se quedaron cortas. Nos lo habían guardado como una sorpresa para nuestro regreso, pero, en este

reencuentro, nosotros también les dimos una sorpresa al aparecer sin avisar.

Así, entre abrazos, lágrimas de felicidad y risas, el ciclo del amor y la vida se completaba y volvía a empezar, haciendo que este viaje no solo fuera inolvidable, sino mágico en todos los sentidos.

El tiempo que pasamos en España fue una extensión del sueño que habíamos vivido en nuestro viaje, pero esta vez rodeados de la calidez de la familia, de nuestros seres más queridos. Decidimos quedarnos en Valencia, disfrutando de cada momento con nuestros hijos un poco más de lo planeado, saboreando esa nueva etapa de la vida que se abría ante nosotros. Ver a nuestra hija con esa luz especial que solo una futura madre irradia nos llenaba de orgullo y de una felicidad que parecía no tener límites.

Cada día en Valencia era un regalo, una mezcla de pequeños placeres cotidianos que nos conectaban más a nuestra familia. Las tardes se llenaban de charlas familiares mientras paseábamos por las calles soleadas o nos reuníamos alrededor de la mesa, compartiendo historias, recuerdos y sueños por venir. Pero también, en silencio, ambos sentíamos cómo se renovaba algo más profundo: nuestro amor. Un amor que, con los años, no solo había crecido, sino que se había vuelto más fuerte, más sereno, como un río que fluye sin prisa, pero con la certeza de su curso, sabíamos que lo habíamos hecho bien y eso nos llenaba de paz y felicidad.

Las noches, entre risas y miradas cómplices, nos traían esa sensación de juventud que nunca habíamos perdido, como si estuviéramos viviendo una segunda luna de miel, pero más consciente, más llena de pequeños detalles que hacen que la vida sea realmente hermosa.

La espera del primer nieto nos hacía pensar en los ciclos de la vida, en cómo el tiempo pasa y, al mismo tiempo, se detiene en ciertos momentos. Como si, al ver crecer a nuestros hijos, el amor se multiplicara con cada nueva generación. Recordábamos cuando éramos nosotros quienes esperábamos su llegada, jóvenes, llenos de ilusiones, sin imaginar que algún día serían ellos quienes nos sorprenderían a nosotros de esa manera.

Sin embargo, como todo sueño, llegó el momento de volver a la realidad. Suiza nos esperaba; además, agosto en Valencia el calor y la humedad eran sofocante, nuestros hijos también tenían sus planes de vacaciones ya programados así que era un buen momento para regresar a buscar la caravana y dejar que el calor intenso de esos días se aplacara un poco. El vuelo de regreso fue tranquilo, lleno de silencios compartidos, pero esta vez con una paz especial en el corazón, sabiendo que la vida nos había regalado más de lo que habíamos pedido. A veces, nos mirábamos y una sonrisa se dibujaba en nuestros labios, como si, sin palabras, ambos supiéramos lo afortunados que éramos.

Al llegar, ya habíamos cambiado, porque los viajes no solo nos llevan a otros lugares, sino que nos transforman. Y este viaje, en particular, nos había unido aún más, llenando nuestras almas de recuerdos inolvidables, de promesas para el futuro, y de la certeza de que el amor, cuando es verdadero, solo se enriquece con el paso del tiempo.

Ahora, mientras caminamos juntos por las calles de cada ciudad a la que llegábamos, sentimos que llevamos con nosotros un pedazo de cada lugar que visitamos, de cada momento compartido y, sobre todo, de cada sonrisa que nuestras almas intercambiaron con algunas hermosas personas a las que conocimos a lo largo de este viaje. Un viaje que nos recordó lo maravillosa que es la vida cuando la vives al lado de la persona que amas.

La experiencia de viajar nos había aportado mucho, pero también nos hizo apreciar la rutina y el tiempo con nuestra familia. Finalmente, emprendimos un lento regreso a España. El viaje en caravana había sido una aventura inolvidable, pero la idea de estar de nuevo en casa y cerca de nuestros seres queridos nos llenaba de alegría, solo pensábamos en compartir con ellos estos momentos del transcurso del embarazo. Nos preparábamos para disfrutar de los momentos importantes que estaban por venir, como la llegada de nuestro primer nieto, y reflexionábamos sobre todo lo que

habíamos vivido y aprendido durante esta extensa y enriquecedora aventura.

El nacimiento de nuestro nieto marcó un momento profundamente emocionante y transformador para toda la familia. La llegada de un nuevo miembro a la familia siempre trae consigo una ola de felicidad y expectativas, y para nosotros no fue diferente. El pequeño, nació en un día fresco de primavera, simbolizaba un nuevo comienzo y la continuación del legado familiar. El hecho de que pudiéramos estar allí para el nacimiento, compartiendo ese momento especial con nuestra hija y su esposo, fue sin duda un regalo invaluable. A medida que la vida se reorganizaba en torno al nuevo bebé, la emoción y el orgullo de ser abuelos se sumaban a las tareas y preparativos que conlleva su llegada. La preparación de los cuartos, tanto en la casa de los padres como en la nuestra, demostró el amor y la dedicación que tenemos hacia nuestra familia.

Ver crecer a nuestro nieto y poder compartir esos primeros momentos con él y con sus padres fortalecía aún más los lazos familiares. La llegada de un nieto cambia la dinámica familiar, brindando nuevas alegrías y desafíos, y sabíamos que estábamos listos para asumir nuestro nuevo rol con entusiasmo y cariño. Además, con los planes de independencia de mi hijo y el nuevo miembro de la familia, estábamos en un momento de gran transformación y celebración.

Estos eventos no solo enriquecen la vida familiar, sino que también ofrecen una perspectiva renovada sobre el pasado y el futuro. La satisfacción de ver a nuestros hijos formar sus propias familias y continuar con sus vidas, mientras disfrutamos del papel de abuelos, fue increíblemente gratificante. El viaje en caravana quedó en pausa; la vida cotidiana y los nuevos eventos familiares ofrecieron su propio tipo de aventura y felicidad. La combinación de las experiencias pasadas con la emoción del presente creó un equilibrio perfecto en el día a día de nuestras vidas.

Pero la vida siempre caprichosa en sus designios nos tenía otra sorpresa guardada, se repetía algo que nosotros vivimos también en nuestra juventud. En un control médico de rutina a mi hijo le dieron la noticia de que su novia estaba embarazada. Sin duda, esto complicó un poco la situación, pero nuestra actitud comprensiva y proactiva marcó una gran diferencia en cómo se manejaron las cosas.

Pese a las dificultades, nuestro apoyo a la pareja, y a mi hijo en especial, que siempre tuvo la disposición para asumir su responsabilidad, reflejó un compromiso firme con su novia, con su felicidad y bienestar. Tuvo que enfrentar la desaprobación de la madre de la novia, tal como había tenido que hacer yo en su momento, y no fue fácil, pero con esa experiencia pudimos ayudarle a que se enfocara en la empatía y en el apoyo incondicional que tenía, y no en el problema, para que

la pudiera ayudar a aliviar el estrés que ella, su novia, estaba experimentando. La urgencia de adelantar una planificación de una boda y el deseo de que el evento fuera especial a pesar de las circunstancias, se convirtió en el principal desafío. La planificación acelerada de la boda para septiembre, demostró que la experiencia vivida es un tesoro invaluable en momentos así. Nuestra capacidad para adaptarnos a los cambios y hacer todo lo posible para que el día fuera memorable fue crucial. A pesar de las complicaciones, la fortaleza de una familia unida y su apoyo a la pareja en este momento fue vital para garantizar que todo saliera bien.

Cada evento trajo consigo nuevas experiencias y oportunidades para fortalecer los lazos familiares y construir recuerdos que durarían toda la vida. Finalmente, el amor y el apoyo incondicional que les brindamos a la pareja, a pesar de los desafíos, fueron una muestra del valor de la familia y del poder de la solidaridad en tiempos difíciles. La llegada de un nuevo miembro a la familia, junto con el matrimonio de nuestro hijo, marcó el inicio de una nueva etapa llena de promesas, retos y oportunidades. Nuestro papel en todo esto fue fundamental para hacer que todo saliera lo mejor posible.

El enfrentamiento con la madre de la novia fue un momento muy cargado de emociones. Mis sentimientos hacia ella llegaron a un punto crítico. La protección y el apoyo hacia mi hijo eran sólidos e infranqueables.

Sé que son reacciones naturales, y podía entender la frustración y la rabia de la madre de ella, pero no su actitud ante la situación, cuando ya llevaban de novios y conviviendo juntos más de un año. La actitud y el enfado de la madre de la novia eran muy palpables. Le dije lo que pensaba de su actitud; el hecho de desahogarme y expresar lo que llevaba dentro, sin ofender directamente a nadie, pero sí de manera contundente, probablemente fue un momento liberador para mí. Aunque el manejo de las emociones puede ser complicado, mis palabras ayudaron a que la madre de la novia reconsiderara su postura y cambiara su actitud.

El consejo de mi esposa sobre manejar la rabia con más tacto fue valioso. A veces, las emociones intensas pueden nublar el juicio y afectar la forma en que nos comunicamos. Cedí un poco mi disposición y reconocí que el enfoque que le daba mi esposa tenía razón. Ella siempre fue más políticamente sensata en el manejo de su carácter, que es muy distinto al mío. Teníamos el compromiso de mantener la armonía en la familia, a pesar de los conflictos.

La evolución fue positiva en la relación con la madre de la novia después de ese incidente. Vi un indicativo de que mis palabras en el enfrentamiento, aunque duras, fueron efectivas en hacerle ver la realidad desde una perspectiva diferente. A veces, enfrentar problemas de manera directa puede llevar a cambios significativos. La situación también resaltó la importancia

de la diplomacia y la comunicación en las relaciones familiares. Aunque la resolución de conflictos puede ser difícil, el hecho de que haya mantenido una actitud abierta hacia mejorar la relación con la madre de la novia y que mi esposa haya actuado con empatía y comprensión muestra un esfuerzo conjunto para superar las dificultades.

Finalmente, la tranquilidad que logramos alcanzar y el respeto mutuo renovado entre las partes involucradas ayudaron a que la boda se llevara a cabo sin más problemas significativos, y la felicidad de nuestro hijo y su novia se convirtió en el enfoque principal.

A medida que mi hijo y su esposa se preparaban para independizarse, afloró dentro de mí una mezcla de emociones, especialmente cuando hay un profundo vínculo afectivo como el que tenemos él y yo. El apoyo que le brindé durante la búsqueda de su nuevo hogar le dio a mi hijo más seguridad y confianza en ese paso que iba a dar, reflejando mi compromiso con su felicidad y bienestar. Es un paso importante y valiente aceptar que ellos también deben seguir adelante con sus vidas, pese al apego emocional que podía sentir. Ese año que pasé con ellos antes de su mudanza fue una oportunidad para fortalecer los lazos familiares con ambos y crear recuerdos que todos atesoraremos. La preparación para la llegada del otro nieto, la colaboración en la búsqueda de un nuevo hogar para mi hijo

y el apoyo continuo a mi nuera reflejaban el amor y el compromiso que tenemos como familia.

El equilibrio entre mantener una conexión cercana con nuestros hijos y permitirles que sigan su propio camino es fundamental para fortalecer las relaciones familiares. Nuestra capacidad para adaptarnos y apoyar a la familia en cada paso del camino seguramente contribuyó a todo este apoyo y amor que hoy disfrutamos. Ahora, nos preparamos para nuevas etapas en nuestras vidas. Ambos ya solos y como abuelos de dos nietos, explorando el mundo con mi esposa y disfrutando de la familia, parecía que habíamos encontrado un equilibrio satisfactorio y enriquecedor. La vida tiene muchas sorpresas y oportunidades; un enfoque positivo y amoroso hacia nuestra familia hacía la vida feliz en general, y seguramente nos llevaría a momentos aún más felices en el futuro.

Teníamos dos nietos a quienes ayudamos a cuidar con gran dedicación. Estuvimos presentes en cada uno de sus primeros pasos, en sus primeras palabras y en el momento en que comenzaron su andanza escolar, llevándolos junto con sus padres a su primer día de colegio. Estos años estuvieron colmados de una felicidad compartida que nos devolvía en el tiempo a aquellos días en que todo comenzaba para nosotros. Ahora, era el turno de nuestros hijos. El niño ya tenía ocho años y la niña seis; se llevaban menos de dos años.

Mi hijo y su esposa habían estado en su piso nuevo durante varios años, al igual que mi hija y su marido. Las visitas a la casa de los abuelos eran menos frecuentes, aunque los niños venían algunas tardes o nos los dejaban para que los lleváramos a sus actividades deportivas. Nos reuníamos algunos fines de semana, pero no con la frecuencia de antes. La falta de esos encuentros constantes comenzó a afectarnos profundamente. Mi esposa y yo no queríamos que nuestros hijos notaran nuestra tristeza, así que decidimos retomar el viaje que habíamos pospuesto, concluyendo la aventura europea que habíamos comenzado. La idea de reanudar nuestro viaje nos ayudó a despejar nuestras mentes. Aunque nuestro corazón seguía anclado a nuestros nietos, sabíamos que era necesario soltar un poco y volver a centrarnos en nosotros mismos. Nos llevó tiempo hacernos a la idea.

Un día, mi esposa me dijo que estaba lista para retomar nuestro viaje. Me sorprendió que ella estuviera preparada antes que yo, pero comprendí que era el momento adecuado. Mi deseo siempre fue hacerla feliz, y también sabía que era sano para nosotros distanciarnos un poco de la rutina que nos había absorbido. Los niños estaban creciendo, se volvían más independientes, y ellos, aún jóvenes, ya se hallaban inmersos en su propio mundo, rodeados de amigos y responsabilidades distintas a las nuestras.

La verdad es que, cuando los hijos se van y construyen su propio camino, uno siente una gran ilusión y orgullo al verlos formar una familia. Aunque hay un dolor leve en el desprendimiento y la distancia, es completamente diferente cuando los nietos se alejan y crecen. Su independencia resalta nuestra dependencia, y ese dolor es mucho más intenso. (Duele hacerse viejo). Aceptar que era necesario desprendernos un poco de ese amor tan profundo por nuestros nietos era sano y todo un desafío, pero sabíamos que era lo mejor. Por eso, aceptamos con el corazón en la mano retomar el viaje, buscando un equilibrio entre el amor que sentimos por nuestra familia y la necesidad de reconectar con nuestras propias aspiraciones.

Una vez que nuestros nietos habían cumplido once y nueve años, decidimos retomar nuestro viaje. Como ya había vendido la caravana, esta vez decidí alquilar una. Nuestros hijos, aunque preocupados por nuestra edad, sabían que aún nos valíamos por nosotros mismos. No padecíamos de problemas de salud, y ni siquiera tomábamos pastillas para la tensión; estábamos en buena forma, sobre todo en mente y espíritu.

Con el camper de nuevo en condiciones y todo listo para partir, nos despedimos de ellos y de nuestros pequeños nietos, conteniendo las lágrimas con gran esfuerzo. Sin embargo, los abrazos de esos pequeños nos conmovieron profundamente, y nos convertimos

en un mar de lágrimas. A pesar de la tristeza, logramos decir adiós y prometimos traerles regalos del viaje.

Pronto, la risa y la emoción nos envolvieron y salimos en dirección a nuestro destino. Una vez en el camino, la tristeza nos invadió a mi esposa y a mí, y lloramos juntos durante gran parte del trayecto. Hicimos nuestra primera parada para comer algo y ubicarnos en el mapa, coordinando la ruta hacia Suiza. Decidimos tomar un camino diferente al que habíamos recorrido la primera vez, con la esperanza de descubrir nuevas regiones y enriquecer nuestra travesía con nuevas experiencias.

Regresamos a Berna, pues aún nos quedaba mucho por explorar. Sin embargo, al llegar, nos dimos cuenta de que nada era como antes. Aunque estábamos allí, parecía que no podíamos disfrutar de la ciudad como lo habíamos hecho en el pasado. Una tristeza extraña nos envolvía, un vacío que no podíamos explicar. Pasamos unos días intentando divertirnos como antes, y aunque durante el día encontrábamos momentos de alegría, por las noches, la tristeza regresaba, dejándonos en un estado de melancolía profunda. Nos abrazábamos y, en ocasiones, llorábamos juntos hasta quedarnos dormidos.

Un día, desperté con mucha energía y una firme determinación de cambiar nuestro estado de ánimo. Le propuse a mi esposa que pasáramos nuestro último día en Berna y, al día siguiente, partiéramos hacia París.

Queríamos regresar al club nocturno que habíamos visitado hacía ya varios años y ver si podíamos dejar atrás la nostalgia y disfrutar de nuevo. Ella se animó con la idea, y ese último día en Berna fue diferente; nos divertimos y, al irnos a la cama, teníamos la esperanza de un cambio en la mañana.

Partimos hacia París. Al llegar, nos alojamos en el mismo hotel de antes y, por la noche, nos dirigimos al club nocturno. Aunque el lugar había cambiado un poco, había pasado mucho tiempo, pero la atmósfera seguía siendo vibrante. Pasamos un rato allí intentando conectar con alguna de las personas presentes, pero sin éxito. La última vez, ella había sido quien eligió a la chica que nos hizo compañía, y aunque yo estaba ansioso, esta vez no sentí la misma conexión. Lo intentaba más por ella que por mí, buscando distraerla y tomar un nuevo impulso en la vida, pero nada parecía funcionar.

Probamos en otros lugares durante varias noches, pero no encontrábamos la chispa que buscábamos, ni en chicas ni en chicos. Un día, ella se despertó llena de energía y me sugirió regresar a Italia, al encantador pueblito de Amalfi que tanto nos había gustado. Me alegró la idea, ya que yo también había quedado encantado con ese sitio y su gente. Así que dejamos París y emprendimos el viaje de regreso a Italia. Fueron tres días de carretera, pero al llegar a Amalfi, sentimos una vibración distinta y una paz que no habíamos logrado encontrar en el resto del viaje.

Fuimos al mismo hostel en el que nos habíamos quedado la vez anterior, la primera vez que vinimos y decidimos conocerlo, estaban las mismas personas de ese entonces y al vernos nos recordaron con mucho cariño, decidimos instalarnos allí, permaneciendo hasta que nos sintiéramos listos para regresar a España. Para nosotros, el viaje había llegado a su fin. Así que nos quedamos allí varias semanas, disfrutando cada rincón y conociendo a fondo el lugar. Las playas eran divinas y la gente, extraordinariamente amable. Hicimos algunos amigos allí: el dueño de la cafetería que estaba en la esquina del hostel y a la que íbamos cada tarde a ver la puesta del sol mientras nos tomábamos un café ya nos conocía bien y nos trataba como a viejos amigos, al igual que una chica del supermercado y el personal del hostel, quienes nos recibieron como parte de su familia. Incluso nos invitaron a la boda de una de sus hijas y a la primera comunión de una nieta. La tristeza se había esfumado, y nos sentíamos increíblemente bien.

Mantuvimos contacto constante con nuestros hijos y nietos; siempre estaban al tanto de nuestro paradero y nuestras andanzas. Después de todo ese tiempo allí, nos sentimos mucho mejor y aunque nos habíamos distraído bastante y la tristeza parecía haberse ido, nos hacía mucha falta el amor y la cercanía con nuestra familia, los nietos, con sus voces dulces mezcladas con ansiedad y nostalgia nos pedían que regresáramos cada vez que hablábamos con ellos y nuestros hijos,

aunque felices de que estuviéramos bien no dejaban de preocuparse por tanto tiempo lejos de ellos. Una tarde sentados en la cafetería y conversando con los dueños entendimos que en esta etapa de la vida las amistades son muy importantes y sobre todo cuando también son contemporáneas con nosotros, poder compartir experiencias en el tiempo, ver y saber cómo las vivimos nos volvía a sumergir en nuestras vivencias y recuerdos que nos hacían valorar aún mas todo, nos sentíamos bien porque estábamos con personas afines y de nuestra edad, lamentablemente esto fue algo que perdimos al emigrar, todos nuestros verdaderos amigos se habían quedado en Venezuela o emigrado a otras partes del mundo y nosotros al estar solos nos dedicamos a nuestra familia y a nosotros como pareja, en ese entonces las amistades no formaron parte importante de nuestra vida hasta ahora que lo podemos notar, pero no lo puedes tener todo en la vida, aunque estamos contentos y felices de que lo que escogimos fue lo mejor, nunca es tarde para comenzar a cultivar esas amistades, lo bonito de esta vida es que siempre estas aprendiendo, ella te coloca en situaciones que te hacen crecer como persona y ser humano, sé que existen situaciones en que es difícil ver el lado bueno y aprender de ello, pero es en el dolor y la frustración donde se crece, los momentos buenos y felices solo son los premios de la vida una vez superados esos aprendizajes, ya lo habíamos entendido y habíamos podido hacerlo allí en tan

poco tiempo, así que podíamos hacerlo también cerca de nuestra familia, con esas ideas claras y convencidos que lograríamos hacerlo nos decidimos regresar sin previo aviso para darles la sorpresa. Nos tomamos dos días para recoger y despedirnos de toda esa gente que nos había tratado tan bien. Uno de ellos, el dueño de la cafetería, nos organizó una fiesta de despedida en su casa, que estaba cerca del pueblo. Reunió a casi todas las personas que habíamos conocido durante nuestra estancia. Fue un gesto maravilloso, y así pudimos decir adiós a todos al mismo tiempo y celebrarlo.

Esa tarde, fuimos a su casa con nuestra caravana y disfrutamos tanto que la noche nos sorprendió allí. Así que decidimos regresar al hostel, y como los propietarios también estaban en la fiesta, nos volvimos con ellos, cada quien en su coche, pero juntos en el trayecto. La carretera era estrecha y carecía de iluminación, por lo que la presencia de ambos coches nos ofrecía una sensación de seguridad. Aunque no me sentía borracho ni mareado, sabía que había consumido una cantidad significativa de alcohol. Antes de partir le propuse a mi esposa que lo mejor sería quedarnos en la caravana en casa de este señor o acompañar a los dueños del hostel en su coche y regresar por la caravana al día siguiente. Ella, sin embargo, prefería dormir en el hostel para descansar y volver a casa al día siguiente. Me dijo que, si no me sentía bien, deberíamos hacer lo que yo sugiriera, pero que si íbamos despacio no pasaría

nada, ya que confiaba en mi habilidad como conductor. Así, al día siguiente estaríamos listos y descansados para regresar.

Decidimos seguir adelante, y aunque el viaje de regreso fue un poco tenso, lo hicimos con cuidado. Al final, estábamos contentos de haber vivido esa experiencia y emocionados de regresar a casa para compartirla con nuestros seres queridos. La quise complacer y le dije que sí, que haríamos lo que ella deseaba. Junto con la otra pareja, en su coche, partimos de la reunión con rumbo al hostel. Apenas nos pusimos en marcha, ella no aguantó dos curvas y se quedó dormida. La dejé tranquila y me concentré en la carretera, siguiendo al otro coche. Era solo media hora de camino, pero algo inesperado ocurrió. De repente, el coche de delante frenó bruscamente. Yo, distraído mientras luchaba contra un bostezo, no tuve tiempo de frenar la caravana. Tuve que desviarme para evitar colisionar directamente con el coche de adelante, pero al hacerlo nos salimos de la vía y caímos por una pendiente algo pronunciada.

La caravana se estrelló contra un árbol que detuvo nuestra caída. Lo siguiente que supe fue cuando desperté en un hospital del pueblo, con dolores, moretones y un brazo fracturado. Al despertar, pregunté desesperadamente por mi esposa, y fue entonces cuando me informaron de lo peor. Varias personas con las que habíamos hecho amistad estaban allí, y me enteré de

que ella no llevaba el cinturón de seguridad y salió despedida del vehículo. Había muerto.

Un dolor inmenso y un desespero me invadieron. No me permitieron verla, y además me tenían detenido por conducir en estado de ebriedad, con niveles de alcohol muy elevados. Llamaron a mis hijos a casa para informarles del accidente y pedirles que vinieran a asistirnos. No les dijeron nada sobre el fallecimiento de mi esposa, solo que estábamos en un hospital y necesitaban la presencia de algún familiar.

Mi hija y mi hijo tomaron un vuelo inmediatamente y llegaron al hospital, donde se enteraron de la tragedia. Fue devastador y extremadamente doloroso para ellos, pero se abocaron a consolarme en lugar de desahogar su propio dolor. Mi yerno, preocupado por mi situación y arresto, dejó al niño con la esposa de mi hijo y viajó a nuestro lado para ayudarnos a resolver lo que pasaba en un país extranjero.

A pesar de que había testigos que confirmaron que fue un accidente y que todos los que nos conocían abogaron por nosotros, no hubo manera de evitar la detención. Solo pudieron conseguir que, aunque en arresto y con vigilancia policial, pudiera asistir al funeral de mi esposa y despedirme de ella.

Todo fue organizado por las personas del pueblo, quienes nos brindaron un apoyo inmenso y compartieron mi dolor. Fue un momento muy emotivo y conmovedor. La gente con la que apenas hacía un par de

días nos estábamos divirtiendo, ahora estaban llorando desconsoladamente junto a mí. Otros, que no nos conocían personalmente pero sabían de nosotros a través de otros, también asistieron.

La ceremonia estuvo llena de flores, y era hermoso ver tanta gente y tanta belleza en su despedida, algo que ella siempre había apreciado. A pesar de la belleza del evento, yo estaba destrozado y sin ánimos de nada. La idea de ir a prisión o de ser condenado no me preocupaba; sentía que mi vida había terminado con ella. Mis hijos estaban muy tristes al ver mi profunda depresión, algo que nunca habían visto en mí y que les preocupaba profundamente.

Una vez terminado el funeral y la cremación de mi esposa, me llevaron detenido a la comisaría del pueblo, a la espera de que se decidiera mi destino. Mis nietos llegaron para intentar levantar mi ánimo y sacarme de ese estado de desesperación en el que me encontraba. Aunque me sentía feliz al verlos, mi tristeza era tan profunda que solo deseaba respuestas. No entendía por qué ella se había ido sin mí, cuando nos habíamos prometido irnos juntos de esta vida.

La rabia, la impotencia y la ignorancia me ahogaban en un mar de dolor. Estuve una semana en la comisaría antes de enfrentar un juicio que determinaría si debía permanecer recluido en una prisión local hasta que se realizara el juicio. Durante este tiempo, tendría que defenderme ante un jurado que decidiría si debía

cumplir una condena. No se me concedió libertad condicional debido a que no residía en Italia.

En ese momento, ya no me importaba nada. No respondía ni me defendía, sumido en un estado de apatía y desesperanza. Mis hijos y los amigos del pueblo se esforzaron por defenderme y abogar por mí, pero yo no sentía nada; mi mente estaba ocupada solo con la pregunta interminable: ¿por qué? Fui trasladado a una prisión estatal pequeña y solitaria, casi vacía de presos. El lugar servía como medida preventiva hasta realizar el juicio. Me acusaban de homicidio imprudente por conducir bajo los efectos del alcohol.

Mis hijos, profundamente tristes y devastados, eran mi mayor preocupación en esos momentos oscuros, mucho más que mi propia situación. Cuando vinieron a visitarme, los abracé con toda la fuerza que me quedaba y les pedí que volvieran a casa, que siguieran con sus vidas, que no se preocuparan por mí, que estaría bien. Les aseguré que no hacía falta que se quedaran allí, que su vida debía continuar mientras yo enfrentaba mi destino.

Les pedí que solo regresaran para el juicio, pero no hicieron caso a mis súplicas. Cada uno se turnaba para pasar una semana conmigo, esforzándose por no dejarme solo. La posibilidad de teletrabajar desde allí les facilitaba la tarea, y aunque sabía que no podría convencerlos de lo contrario, acepté su decisión. Mi

propio ánimo se había desvanecido, y la resignación era mi única compañera.

Nos informaron que el juicio se llevaría a cabo en dos meses, mientras me conseguían un abogado y se preparaba todo el proceso. Fueron días duros para todos ellos. Me debatía entre el deseo de aliviar su sufrimiento y la idea de escapar de este mundo, incluso considerando el suicidio en momentos de desesperación. Sin embargo, sabía que no podía hacerles eso; no podía partir despreciando la vida que aún me quedaba. Así que, resignado, esperé el día en que el juicio se celebraría.

Fue en ese período de espera, en la fría soledad de mi celda, donde te conocí a ti. Te vi llegar tan triste, con una mirada que transmitía una rabia contenida dentro de un joven lleno de vida, eso llamo mucho mi atención y me animó a preguntarte que te había pasado. Me contaste tu historia y a qué te dedicabas, me compartiste tu vida, lo que hacías y lo que te había pasado para estar allí conmigo. Al oírte sentí que debía ayudarte, creo que el padre que hay dentro de mí te vio tan frágil que sentí el deseo y creo que la responsabilidad de ayudar a alguien con mi propia experiencia de la vida, en ese interés por ayudarte a ti también me ayudaba a mí. Fue en ese momento cuando empecé a comprender el *«para qué»* estaba allí. Conocerle no era una casualidad; era un faro de esperanza en la tormenta, un nuevo e

importante propósito emergía de dentro de mi devastado corazón.

Al proponerte mi deseo de escribir mi historia y tu ofrecerte para ayudarme, me llené de energía y esperanzas. Al ver tu interés y disposición, comprendí que escribir mi historia no solo era una necesidad personal, sino también una forma de dejar un legado a mis hijos y nietos. Nunca supe cómo empezar, pero tu presencia me dio el aliento que necesitaba para finalmente plasmar en papel todo lo que había vivido.

Te ofreciste para guiarme y ayudarme a empezar y acepté de inmediato tu oferta de ayuda. Juntos planeamos los pasos a seguir, discutimos por dónde empezar y lo que necesitaríamos para llevar a cabo esta tarea. No sería fácil, pero el deseo de dejar algo más a mis seres queridos, algo que les hablara de la vida que vivimos y del amor que compartimos, me daba una nueva razón para seguir adelante.

Con mi apoyo, James se sintió renovado, con la esperanza de que, al escribir su historia, podría hacer que su vida y la de su esposa perduraran más allá de estos tristes momentos. Así, comenzamos a esbozar los recuerdos, las emociones y las experiencias que definieron su existencia en este mundo, sabiendo que, en cada palabra, en cada página, dejarían un pedazo de ellos mismos para las generaciones futuras.

Su experiencia resonaba con una intensidad que no había previsto, y al escuchar su historia, descubrí

que no solo era un reflejo de mi propia búsqueda de significado, sino también una oportunidad para encontrar respuestas y entender mi propio «¿para qué?».

Su relato, cargado de nostalgia y desesperación, me abrió los ojos a una vida que, a pesar de sus giros trágicos, había tenido un profundo sentido de propósito. No me imaginaba que su vida hubiera sido tan distinta a la mía, tan rica en experiencias, y ese descubrimiento me conmovió profundamente. La transformación en su semblante cuando hablaba de su historia era palpable: la tristeza y el vacío que lo habían acompañado se desvanecían ante la alegría y la ilusión de compartir su vida con alguien dispuesto a escuchar y entender.

Me permití también la posibilidad de descubrir si para mí podía ser igual. Al ver cómo su perspectiva cambió y cómo encontraba en la narración de su vida una fuente de esperanza, me pregunté si yo podría experimentar una transformación similar. En mi propio viaje, sentía una frustración y rabia inmensa, similares a las que él había experimentado. Sentía que estaba siendo castigado por intentar hacer lo correcto, por intentar ayudar a un niño. La vida parecía jugarme una mala pasada, y mi propia autocondena me mantenía atrapado en un círculo de rabia y desesperanza.

El hecho de que James, al llegar a un lugar tan oscuro como el mío, hubiera encontrado un propósito en su vida a través de su historia, me ofreció una nueva perspectiva. Quería experimentar lo mismo, entender

qué había ocurrido en él y buscar una forma de encontrar mi propio propósito. Su pedido de que le ayudara a narrar su vida se convirtió en una forma de explorar no solo su existencia, sino también la mía, y de encontrar respuestas en medio de la adversidad.

Así que me embarqué en la tarea de contar su historia, no solo para cumplir su deseo, sino también para explorar mi propia búsqueda y significado. En cada palabra, en cada recuerdo, trataba de entender el propósito que podía haber en nuestras vidas, incluso en los momentos más oscuros. Su historia se convirtió en un espejo donde reflejar mi propia travesía, y en la búsqueda de su verdad, encontré una manera de enfrentar mis propias preguntas y esperanzas.

Esta es la historia de James William, un hombre que conocí en una prisión, donde llegó después de ser acusado de homicidio imprudente por la muerte de su esposa en un accidente de tráfico. Yo me encontraba en la misma situación, pero en mi caso, era un maestro que había intervenido en la vida de un niño sometido a maltratos físicos y psicológicos por su padre. A pesar de las denuncias a las autoridades, la madre y el niño siempre encontraban excusas para proteger a su agresor.

Una tarde, mi frustración llegó al límite y, cegado por la rabia, confronté al padre con violencia. En la pelea, accidentalmente el hombre resbalo y cayó por unas escaleras, lo que le ocasiono la muerte al rompersele el

cuello. La madre y el niño estaban presentes y vieron todo, pero cuando llegó la policía, se mantuvieron en silencio por miedo. Aunque el niño estaba claramente golpeado, la madre no dijo una palabra. Así terminé en la celda, donde conocí a James, que había llegado una semana antes de mí, y coincidimos en la misma celda.

Desde el primer momento, su rostro reflejaba un dolor profundo y una desesperanza total. No hablaba ni siquiera para comer. Me dio mucha pena verlo así, y poco a poco intenté ofrecerle mi ayuda. Le conté mi historia, y él, al escucharme, me miró con comprensión y dijo que él, en mi lugar, habría hecho lo mismo. Luego se echó a llorar, y le animé a desahogarse, asegurándole que cualquier problema tendría una solución.

Fue entonces cuando me habló de su situación. Me explicó que, en su caso, no había solución, ya que la pérdida era definitiva. Hablaba de la muerte de su otra mitad, la mujer con la que había compartido 46 años de su vida. Sus lágrimas eran inconsolables, y me dolía profundamente verlo en ese estado de desesperanza y duelo. Solo trataba de escucharle, ofreciéndole un oído atento para que pudiera desahogarse. Era impresionante ver cómo, cuando sus hijos venían a visitarle, lograba cambiar de semblante y adoptar una actitud más positiva, escondiendo su dolor bajo una capa de fortaleza.

Pasaron los días, y nuestra amistad se fue fortaleciendo. Le conté sobre mi trabajo como profesor y

mi esfuerzo por escribir un libro acerca de los maltratos, los abusos, el alcoholismo, la homosexualidad y las drogas en menores de edad, tanto en familias desechas como en otras aparentemente normales y adineradas. Mi rabia y frustración con la vida se reflejaban en mi relato.

Entonces, él me explicó que su vida había sido lo opuesto a todo lo que yo había visto y experimentado. Había vivido una existencia plena y feliz hasta el trágico día en que perdió a su esposa. Ahora, en la cárcel, se cuestionaba el *«por qué»* de su situación y cómo había llegado allí. Me dijo que, en realidad, estaba entendiendo que no se trataba de un *«por qué»*, sino de un *«para qué»*. Me pidió que le ayudara a escribir su historia, ya que sentía que solo así podría encontrar sentido a su dolor y pérdida.

En un principio, no entendía bien el propósito de su petición, pero sentí una profunda curiosidad por conocer su historia. Durante las visitas de sus hijos, él les pidió que le llevaran unos cuadernos y lápices, y así lo hicieron. Pasamos los siguientes dos meses de encierro, en los que yo escuchaba su apasionada narración. Desde el principio, me cautivó profundamente. No podía dejar de escribir, mientras él relataba su vida con tal emoción que parecía vivir cada momento nuevamente. Sonreía y se agitaba de emoción con cada parte de su historia.

Él me contaba su vida con tanta pasión y detalle que yo me sentía profundamente conmovido. Aunque nunca quiso revelar los nombres de las personas involucradas, me decía: «Soy un caballero, y esta historia es para que perdure escrita con mis hijos. Ellos sabían quiénes eran la mayoría de las personas que describo aquí, y las que no conocen tampoco deben hacerlo. Eso se queda conmigo. Además, invadiría la privacidad de cada una de ellas, y eso no lo haré. Si es necesario poner nombres, que sean inventados por ti.» Así, mientras él narraba su vida con una intensidad contagiosa, yo encontraba un nuevo propósito en este inesperado encuentro, con la esperanza de dar sentido a su dolor y dejar un legado a través de sus palabras.

Le aseguré que no tenía intención de inventar nada y que su historia era tan fascinante que eso ni siquiera era importante. A medida que pasaba el tiempo, nos fuimos encariñando mucho. Logramos terminar su biografía sumergidos en su vida y sus recuerdos, ni siquiera notábamos que seguíamos encerrados en una celda en un país extranjero para ambos. Fueron dos meses y medio de libertad en ese encierro, una especie de liberación interior que hizo que, si me hubieran dejado salir antes de terminar de escuchar y escribir su historia, probablemente habría preferido quedarme allí hasta completar el trabajo.

Una vez finalizado el manuscrito, le pregunté: «Al principio dijiste que ya entendías el ‘para qué’ estabas aquí. ¿Cómo supiste eso?»

Él me respondió: «Eres escritor y profesor, y tanto mi esposa como yo deseábamos escribir la historia de nuestras vidas. Sin embargo, nunca logramos hacerlo, no sabíamos cómo comenzar ni como trasladar al papel nuestras vivencias. Al conocerte y escuchar las cosas que me contaste, algo dentro de mí me impulsó a querer ayudarte y compartir mi historia contigo. Quería mostrarte que la vida no es solo una sucesión de desastres, sino que también tiene cosas maravillosas. Viví muchas de esas cosas buenas y quise compartirlas contigo, para que tú, siendo joven, pudieras creer que también puedes lograrlo. Nunca es tarde mientras tengas vida y salud. Así entendí que Dios me puso aquí contigo para poder completar mi misión y poder dejar mi vida escrita y narrada por mí. Era lo que nos faltaba hacer, y ya está hecho. Ya no le pido más a la vida; estoy listo para partir cuando Dios lo disponga.»

Su rostro y su aspecto habían cambiado completamente desde su llegada. Ahora irradiaba paz y alegría, y yo no podía evitar sentir una mezcla de admiración y envidia. ¿Cómo podía estar tan feliz en un lugar como aquel? Solo estuvo dos meses y medio en la cárcel, y sus hijos lograron sacarlo de allí. Me dejó su dirección en España y me pidió que, al salir de allí, por favor lo visitara. Nos despedimos con una mezcla de alegría

y tristeza, pero yo tenía una misión y sabía que debía cumplir con su deseo.

Poco tiempo después, salí libre de los cargos gracias a la valentía de mi alumno, quien convenció a su madre de contar toda la verdad. Mi sentencia se dio por terminada con el tiempo que ya había pasado en prisión. Así que, tres meses después de haber salido, y con una historia ya escrita en papel, mi primer impulso fue ir a España y visitar a mi amigo James.

Cuando llegué a su casa, me recibió un aire de tristeza profunda y resignación. Sus hijos, con lágrimas aún en los ojos, pero un brillo de paz en la mirada, me contaron que su padre había fallecido la semana pasada. Me dijeron que, en sus últimos días, pudo despedirse de cada uno de ellos con una serenidad y una felicidad que los sorprendió. Parecía como si hubiera logrado lo que tanto anhelaba: reunirse con su esposa, su otra mitad, en el reino eterno.

Aunque el dolor de la pérdida era inmenso, había una calma en sus corazones, un consuelo en saber que, por fin, estaban juntos otra vez. El dolor que sentí al escuchar la noticia era un reflejo del vacío que él mismo había sentido en su partida. Me inundó una tristeza desconsolada, pero ellos, con una fortaleza admirable, me animaron a encontrar consuelo en la idea de que su padre había logrado su último deseo. A pesar de la tristeza, había en sus rostros una especie de paz, una

aceptación profunda de que su vida había tenido un significado pleno y que su legado vivía en ellos.

Me tomaron de la mano y, entre sollozas palabras y sonrisas nostálgicas, me agradecieron por haber sido su amigo en la cárcel, por haber compartido y escrito la historia de su padre. Mientras les narraba los detalles de cómo había vivido y revivido su vida a través de sus relatos, un sentimiento de impotencia y gratitud me embargaba.

A través de esas palabras, sentía que el encierro se desvanecía, y la vida de su padre se manifestaba en cada rincón de la celda, como una bruma etérea que envolvía todo a su alrededor. Les dije que su padre me había encomendado la misión de escribir su historia y que estaba decidido a cumplir ese deseo. Ellos ya sabían de mi misión, pues su padre me había mencionado con cariño y esperanza. Me aseguraron que, aunque él ya no estaba con nosotros, su legado perduraría. Además, también dejó escrito los agradecimientos que él quería se incluyeran en la obra, sus hijos me entregaron una carta que hizo para mí y les indico que en algún momento yo aparecería por allí, e indico que me hicieran saber que eso era importante y debía agregarlo, despidiéndose de mi en esa última carta con mucho cariño y gratitud. Sus hijos se comprometieron a colaborar conmigo en todo lo que hiciera falta para la publicación del libro y a mantener viva la memoria de su padre, tal como él había soñado.

Durante el proceso de publicación, me integré en la vida de su familia, que se convirtió en una segunda familia para mí. Compartimos no solo el dolor de la pérdida, sino también el consuelo de recordar y celebrar una vida bien vivida. La tristeza de su partida se mezclaba con la alegría de haber conocido a un hombre cuya vida había dejado una huella imborrable en todos nosotros.

A través de la historia que compartimos, el legado de su padre vivía en cada momento que pasábamos juntos, en cada sonrisa nostálgica y en cada lágrima de gratitud. El título que elegí para esta historia surge de una reflexión profunda sobre las vidas entrelazadas de dos hombres que, aunque compartíamos el mismo planeta, vivieron realidades diametralmente opuestas.

Mi vida, marcada por el conflicto, la desesperanza y la frustración, contrastaba con la existencia plena y armoniosa del hombre al que conocí en prisión. Mientras yo me preguntaba «¿*por qué?*» enfrentaba mi sufrimiento, él me enseñó a cambiar mi perspectiva y a preguntarme «¿*para qué?*».

Recuerdo vívidamente sus palabras: «No preguntes el porqué, pregúntate siempre el '*para qué*'. Esa sencilla pero poderosa transformación en mi forma de pensar abrió una nueva dimensión en mi vida. A través de su relato, comprendí que el universo no está limitado a una sola narrativa. Si bien yo vivía en el caos y la desolación, él había experimentado una vida colmada

de aprendizajes, amor, unión y felicidad. La diferencia no estaba en el destino, sino en la manera de enfrentar la vida y en cómo decidimos interpretar nuestras circunstancias.

Biografía de James Willians

Nació en un país sumergido en la devastación de una guerra mundial que los afectó mucho indirectamente, creció en el seno de una familia humilde de campesinos, con principios y valores sólidos. A sus dieciséis años emigro a un país maravilloso lleno de luz, paz y muchas oportunidades para él, las cuales pudo aprovechar, allí logro sacar su primer título de bachiller y también una carrera universitaria que logro abrirle las puertas a la grandeza que buscaba.

Fue en ese maravilloso país donde conoció el amor de su vida y logro tener la familia que soñó alguna vez, junto a ella creció y maduro, se hizo padre de dos hermosos hijos y abuelo de otros dos. Su esposa fue su apoyo cuando dio el paso para ser empresario y vivir una vida que, aunque con sus dilemas y dificultades fue maravillosa, lejos de la escasez y la devastación de la guerra. Al final logro cumplir todos

sus sueños y vivir una vida que pudo quedar escrita.

Aprendió que la vida no la definen los **«Por qué»** de las cosas, sino por los **«Para qué»**, es en el dolor que crecemos. Desde entonces, viví con una perspectiva más plena, reconociendo en cada experiencia un propósito que fue enriqueciendo mi camino.

Comentario del Escritor José Rodríguez

Epílogo: El Legado de una Vida Bien Vivida

Este relato es una hermosa crónica de una vida plena y rica en experiencias. La manera en que me describió su vida, desde sus sueños siendo solo un niño, su elección de la compañera indicada hasta la crianza de sus hijos y el disfrute de sus nietos, es un testimonio de amor, dedicación y felicidad compartida.

Las conversaciones que tuvo con su esposa reflejan la profunda conexión que existió entre ellos y un entendimiento compartido sobre el valor de lo vivido y el miedo natural a la pérdida. Es un recordatorio de la fragilidad de la vida y de lo importante que es apreciar y valorar cada momento.

La idea de escribir la historia de su vida es un hermoso legado. Capturar todos esos momentos de alegría, desafíos y logros en palabras puede ofrecer a sus hijos y nietos una ventana a la riqueza de sus

experiencias y al amor que han compartido. Además, es un testimonio de una vida vivida plenamente y con propósito.

— Me dijo mientras sigas disfrutando de tu tiempo en esta tierra lucha por mantener tu familia, reflexionando sobre todo lo que has vivido, sigue apreciando esos pequeños momentos de felicidad cotidiana. Ellos son los que realmente hacen que la vida sea valiosa y significativa, No permitas que el éxito y la vana gloria de la vida te roben esos momentos.

La historia de su vida es una fuente de inspiración y un hermoso testimonio de superación, del amor y la dedicación que invirtió en su familia. Escribir su historia me permitió ver que nuestra realidad es, en gran medida, una proyección de lo que decidimos enfocar, lo que elegimos valorar y en qué nos detenemos a reflexionar. A menudo estamos atrapados en una visión estrecha, en un túnel que parece no tener salida. Sin embargo, hay una vida paralela, una vida de orden, de paz y de plenitud, esperando ser descubierta, solo a una decisión de distancia. La capacidad de cambiar nuestra realidad no solo reside en las circunstancias externas, sino en nuestra actitud, en cómo decidimos reaccionar ante ellas, en la forma en que decidimos dirigir nuestra atención y nuestras energías.

Este libro es un testimonio de que, a pesar de las dificultades y el sufrimiento, siempre hay un *«para qué»* detrás de cada experiencia. Es un recordatorio de que

nuestra vida puede ser transformada por nuestra decisión de enfocarnos en lo positivo, en el amor y en lo que realmente importa.

Al aprender a alinear nuestras acciones y pensamientos con estos principios, podemos descubrir una vida rica y significativa, tal como lo hizo mi amigo James, encontrando en su final una paz y una realización que trascienden el sufrimiento. Este es el mensaje que quiero compartir con el mundo: la vida, en su esencia, es una serie de elecciones. Podemos elegir cómo interpretar nuestras experiencias, cómo responder a los desafíos y cómo construir una existencia que refleje lo mejor de nosotros mismos. Así, con amor y valentía, podemos transformar nuestra realidad y encontrar la felicidad que tanto anhelamos.

Fin.

Descubre tu próxima lectura

Si quieres formar parte de nuestra comunidad,
regístrate en **www.avanteditorial.com**
y recibirás recomendaciones personalizadas.

avant
editorial

